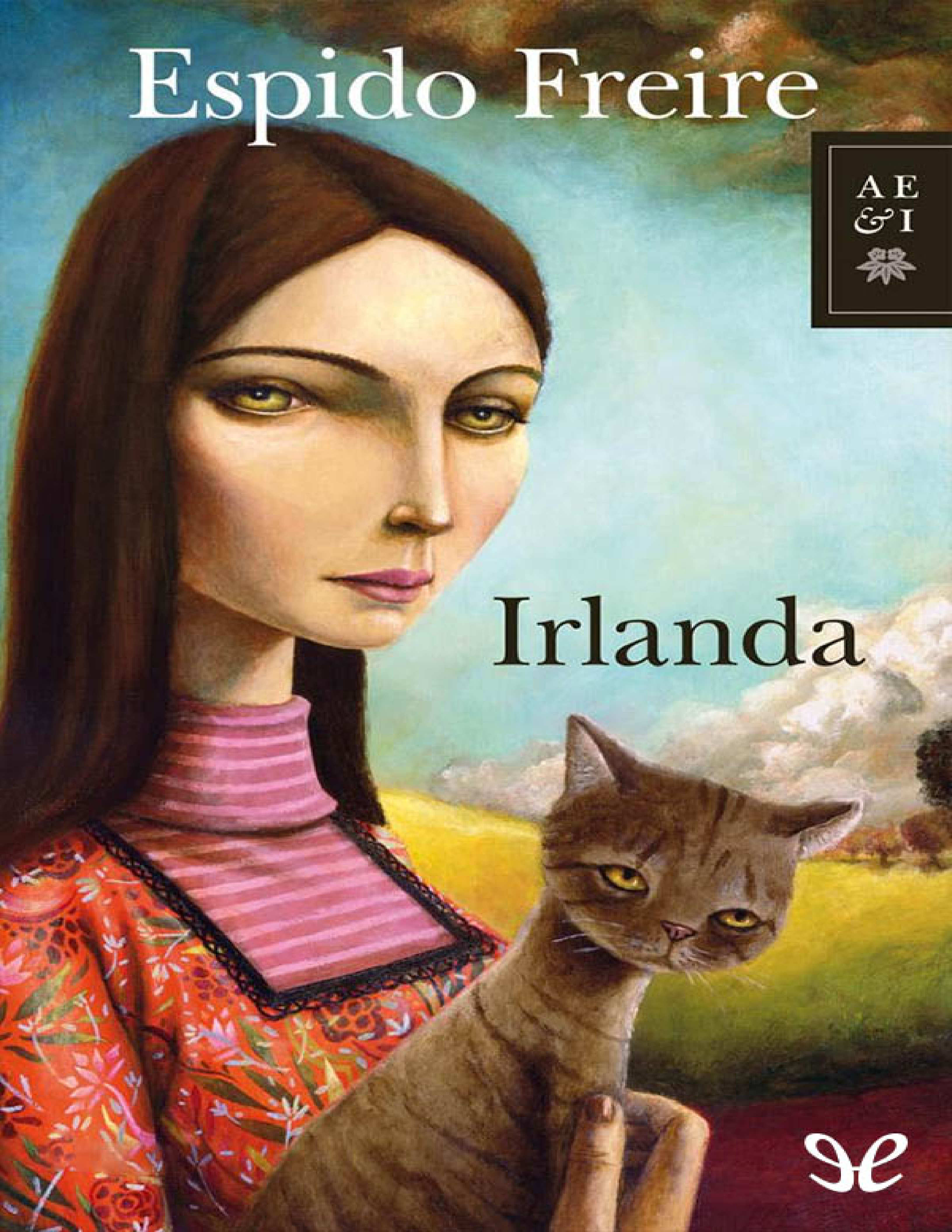


Espido Freire
AE
&I
Irlanda

Desde que Sagrario ha muerto, las cosas son distintas para Natalia, su hermana, y para sus padres, que en un intento por protegerla de la tristeza la envían al campo a pasar el verano. Allí, en la vieja casona familiar, se reúne con sus primos, Irlanda y Roberto, que con la ayuda de unos amigos se han propuesto adecentar la casa para venderla.

Así comienza ese verano en que Natalia, una joven tímida que apenas ha salido de su entorno familiar, vivirá envuelta en flores secas, vestidos antiguos, conjuros mágicos, sueños y pesadillas. Y en ese mundo frágil, que resurge con la oscuridad y en el que nada es como parece ser, se pone de manifiesto la insalvable distancia que separa a Natalia de sus primos, especialmente de la encantadora y dulcísima Irlanda.

Haciendo gala de una maestría narrativa que mezcla con prodigioso equilibrio tradiciones del mundo celta con el descaro provocativo de una Françoise Sagan, Espido Freire nos ofrece una primera novela en la que la belleza, la crueldad y los presentimientos recrean una atmósfera inquietante e irresistible.



Espido Freire

Irlanda

ePub r1.0
Titivillus 01.10.16

Título original: *Irlanda*
Espido Freire, 1998

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



¿Cómo empezaría a evocarte a ti, que estás muerta,
tú, con gusto, apasionadamente muerta?
¿Te alivió eso tanto como creías, o acaso estaba el
dejar de vivir todavía lejos del estar muerto?

RAINER MARÍA RILKE

1

Sagrario murió en mayo, después de tantos sufrimientos, y tuvo un entierro en el que la iglesia se abarrotó. Hubo muchas flores sobre su tumba en la primera semana, y luego nada ya. Todos los días la pequeña y yo acudíamos al cementerio para evitar que las coronas se echasen a perder. La pequeña espantaba a los gatos que se colaban bajo la verja de la entrada, recogía las palmas y flores de los ramos, y me preguntaba si alguna de ellas era venenosa. Las arracimábamos con cuidado para secarlas en mi prensa. Mi madre quería componer un álbum con esas flores, las cintas y la trenza de pelo que le había cortado a mi hermana.

Las cosas volvían a ser lo que siempre habían sido, aunque viéramos cómo mis padres caminaban por la casa sin rumbo, como con demasiadas cosas por hacer. Yo ocupaba de nuevo la habitación que había compartido con Sagrario, y evitaba dormirme de cara a la cama vacía. Tratábamos a la pequeña como si fuera ella la siguiente que pudiera romperse y en adelante no se le permitió jugar en la calle, porque temíamos a los secuestradores y a los coches.

Cuando regresábamos del colegio encontrábamos a mi madre sentada en mi habitación frente a la cama vacía, en el taburete que no había abandonado en los dos últimos meses. Rezaba, un poco ausente, o leía alguna carta que le enviaba su hermana. Levantaba la vista hacia la pequeña y hacia mí.

—Debería enviaros fuera de aquí —decía, y yo me asustaba, porque estaba segura de que cuando se sentaba allí también ella veía a Sagrario, y aquello no era justo por parte de Sagrario.

Pero entonces mi madre se secaba las lágrimas y yo respiraba tranquila, porque ella no sabía nada de las visitas nocturnas que mi hermana me hacía y sus bailes en corro; sólo recordaba su propio sufrimiento y quería arrancarnos de él.

Los escaparates de los grandes almacenes se llenaron de ropa de colores alegres y de artículos de playa y campo. Las flores funerarias se secaron en mi prensa y mi madre finalizó el álbum con las fotos de Sagrario en el cuaderno en que mi hermana anotaba las cosas que veía y pensaba. La pequeña sacaba las flores de la prensa con mucho cuidado y las miraba al trasluz.

—Éstas eran del ramo de la portera. Y estas peonías encarnadas las mandaron las monjas del colegio. Las peonías no son venenosas, ¿verdad?

—No —le decía yo—. No son venenosas.

Las cartas de mi tía continuaban llegando, y mi madre nos miraba y movía la cabeza. Otras veces, cuando la pequeña ya se había acostado, me llamaba y leía en alto un fragmento del cuaderno de Sagrario. Yo sabía que a mi hermana no le gustaba que fisgonearan entre las cosas con las que mataba el tiempo, pero el cuaderno, con las flores, y las cintas, y las fotos, se había convertido ya tanto en el álbum de mi madre como en el de ella, y además mi madre encontraba un melancólico placer en descifrar la letra enrevesada de Sagrario, de modo que cuando la niña estaba ya en cama me sentaba junto a ella y la escuchaba, mientras ella me acariciaba el pelo.

—Escucha esto, Natalia:

> Es este incesante vaivén de mi mente lo que me destroza y me impide mostrarme animada con mi familia. A menudo pienso en cómo serán los lugares que dejo cuando yo no esté. Si solamente pudiera abandonar la cama y caminar de nuevo, entonces desaparecería esta sensación de que el día pasa convirtiéndome a cada minuto en una persona distinta. Pero nada está claro, salvo este cambio constante en mi interior y la calma, la inmovilidad en todo lo que me rodea.

Mi madre interrumpía la lectura, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pobre hija mía.

En muy poco tiempo conocíamos de memoria las frases secretas de mi hermana, las iniciales que utilizaba para designarnos y que desaparecían para concentrarse únicamente en ella a medida que su paso hacia la muerte

se hacía más firme y seguro. Yo abría el álbum siempre por la misma página, una hojita escrita a medias que me atraía como campanas lejanas.

> Leo los poemas del libro que me regalaron y el amor está en todos ellos, rodeado de espuma, sueño, polvo, estrellas. Todo tan bonito; pero no creo que sea nada de eso. El amor podría aparecer en un día claro en el que me siento en un banco a leer apaciblemente, y veo cómo las palomas buscan migas entre la hierba. Y entonces él toma asiento a mi lado con otro libro, y a mí se me conmueve el corazón. Deja de latir, o late con tal fuerza que no puedo seguir leyendo. Le miro. Él también me mira y se lleva mi mano a sus labios. La besa. El amor es eso.

Yo deseaba que Sagrario hubiese encontrado el amor que describía ahora que su corazón había dejado definitivamente de latir. De ese modo no se encontraría sola en la danza de la muerte, seguida por su tortuga, y no atraería a las almas malvadas que saltaban y daban vueltas cediendo al negro placer del baile. Mi madre me quitaba el libro de las manos y continuaba su lectura, y yo escuchaba, obediente.

Cuando comenzó junio acabaron las clases, y yo esperé a mi hermanita en la puerta del colegio. La pequeña llevaba en la mano un hato de dibujos con colores sobrios y caligrafía enorme, y yo un boletín rosa con buenas calificaciones y un sobre con una carta para mis padres. Sonreímos al conductor del autobús, que tardó en respondernos, sorprendido, y le permití a la pequeña que cruzara una calle con el semáforo en rojo, huyendo de los coches que frenaban en seco, aterrados.

Éramos casi felices por no tener que movernos ya de casa en todo el día. Daríamos largos paseos por el campo en busca de plantas para mi herbario, y quizás lográramos que la casa se animase un poco, por un momento. Las noches se acortarían, y mis pesadillas también, y yo tendría menos tiempo para soñar con aquella tortuga que me atormentaba desde que era una niña, y con el último rostro exangüe de Sagrario entre las almohadas.

—¿Iremos al jardín del ayuntamiento? —me preguntaba la nena.

—Está prohibido arrancar plantas allí.

—Entonces, ¿por qué plantan las flores?

—A menudo, los mayores hacen cosas inútiles.

Mi madre estaba sentada en mi habitación, con dos montones de ropa doblada sobre la cama. Yo le hablé desde la puerta.

—¿Vas a dar la ropa de Sagrario?

Ella negó con la cabeza. Peinó con los dedos el pelo de la pequeña.

—Mi hermana no ha dejado de escribirme un solo día para suplicarme que os envíe el verano allí. La niña podría quedarse con ellos y tú estarías con los primos en la casa del campo. Id a comer. Lávate las manos antes —ordenó, cogiendo a la nena de la muñeca—. ¿No ves que las tienes sucias?

—Ya no vive nadie en la casa del campo —dije yo, mientras me sentaba a la mesa.

—Tus primos y varios amigos suyos están allí. El tío ha puesto a la venta las tierras y la casa, y planean algunos arreglos. Te gustará. No os puedo retener aquí por más tiempo —dijo, moviendo la cabeza—. No es un ambiente sano para vosotras. Para ninguna de las dos.

Mi padre compartía la misma opinión. Cortaba con parsimonia la carne en pedacitos para la pequeña. No le permitían que usara cuchillos.

—Tus tíos desean que os reunáis con ellos. Cuando vendan la casa os quedarán pocas ocasiones de disfrutar de un verano así.

Después de la comida, mientras fregábamos, mi padre abrió el sobre que acompañaba las notas. Terminó de leerlo con la frente fruncida y lo arrojó sobre la mesa.

—¿Has leído lo que dicen las monjas?

—No —dije yo.

—Dicen que te distraes con facilidad, que no trabajas bien en grupo, y que eres poco sociable. Y que tal vez podrías poner un poco más de interés en las matemáticas. ¿Qué opinas tú de esto?

—Tendría que prestar más atención a las matemáticas —confesé, con la cabeza baja.

—No tienen delicadeza ni corazón. Se extrañan de que te distraigas. Yo ni siquiera esperaba que sacases el curso adelante. —Me cogió de las manos y me abrazó—. Ven aquí. Eres una buena alumna, una buena hija.

Sentía su voz llena de lágrimas y me mantuve un momento más apretada junto a él. Luego me escabullí hacia la sala, y la pequeña se acercó a mí.

—¿Qué tíos son esos?

—La hermana de mamá. ¿Te acuerdas? Nos visitaron por el santo de Sagrario. Ella era una señora muy guapa. Te tuvo en brazos. Te regaló el payasito azul.

—¿No vinieron al entierro?

—No.

—Ah —musitó, y perdió rápidamente el interés.

No dijo nada más y pasó la tarde jugando distraída y tranquila. Sonó el teléfono y ella se precipitó a cogerlo, como siempre, y también como siempre mi madre se le adelantó. No le permitían que jugara con el teléfono.

—Era la tía —dijo mi madre—. Os espera a las dos mañana.

La nena no le dio importancia, pero según avanzaba el tiempo comenzó a hacer pucheros y a entristecerse. Esa noche estalló en lágrimas, y se abrazaba a las rodillas de mi madre mientras le suplicaba que no la obligasen a marcharse. Mi madre también lloró.

—Es demasiado pequeña aún para que la enviemos todo un verano lejos de sus padres —decidió—. Pero tú irás, ¿verdad, hija? No permitas que quede mal con mi hermana. Ya no tienen animales en la casa. La tía me lo ha asegurado. Te haré la maleta. ¿No entiendes que si continúas aquí todo el verano será como si nada hubiera cambiado, y yo no podré mostrarme fuerte ni entera? Sabes que nos hace mucha falta.

Acepté al fin, porque no concilié el sueño en toda la noche y la tortuga me persiguió de nuevo. Y también porque quería complacer a mi madre. Ella sonrió con alivio y me instó a preparar el equipaje para ese mismo día. Recogí mi ropa y encendí la plancha. Era la única tarea de la casa que me gustaba. Planchar y cuidar de mis hermanas. La pequeña se había tumbado en el suelo a mi lado y dibujaba.

—Ya recuerdo a los tíos. Mandaron una corona blanca con lirios y calas como trompetas. ¿Los lirios son venenosos?

—No —dije yo, casi por hábito—. Pero no debes comer las calas.

Se apoyó sobre un codo y me tendió el dibujo.

—Mira.

—¿Qué es? —pregunté. Mi madre caminaba por el pasillo y yo elevé la voz, con la esperanza de engañarla—. Ya veo. ¿Otra princesa dormida en su

ataúd? Ahora esperará que llegue el príncipe y la bese.

—No —dijo ella—. Es Sagrario. Para ti.

Dejé el dibujo a un lado y miré a la niña. Le apreté la punta de la nariz con el dedo, para hacerla sonreír, y continué planchando. Ella se tumbó de nuevo.

—Natalia…

—Ahora estoy ocupada.

—Cuéntame la historia de cuando yo nací.

—Te la he contado mil veces.

—Hace mucho que no me la cuentas. Yo comenzaré y tú continúas —añadió, como una enorme concesión—. Papá os dijo que movería la cama de Sagrario a tu habitación porque iba a llegar un hermano. Y ella te dijo que sería mejor que ese hermano no naciera.

Yo suspiré, resignada.

—Yo tenía diez años, y Sagrario uno menos. Entonces papá nos dijo a Sagrario y a mí: «Esta tarde cambiaremos la cama de Sagrario a tu habitación». Sagrario dijo: «¿Por qué? A mí me gusta mi habitación». Y papá contestó: «Porque pronto tendréis un hermanito y necesitará mucho espacio». Se marchó, muy contento. Sagrario me miró y dijo: «Sería mejor que ese hermano no naciera». Jugábamos con unas muñecas muy bonitas que nos había regalado la tía, con el pelo de verdad. Sagrario aún podía andar, pero muy poco. Y yo pregunté: «¿Por qué?». Ella contestó: «Porque si él muriera yo me curaría». «¿Cómo es que crees eso?», pregunté yo. Y ella me dijo: «Porque es así. Todo el mundo dice que es muy difícil que nazcan dos hermanos enfermos en la misma familia. De modo que si él enfermara, yo me curaría». Y yo dije: «Entonces yo también espero que muera». Pero naciste tú, y naciste sana, y nos cogías a todos el dedo con tus manitas. Y Sagrario dijo: «Ahora yo me moriré». «No te morirás —le dije—, porque yo estoy siempre contigo y no dejaré que los fantasmas vengan a por ti». «Me moriré una noche sola, sin que nadie lo sepa, y tú no podrás hacer nada», dijo ella. «Sí podré —le prometí yo—. Estaré contigo cuando te mueras y les diré que me lleven a mí a cambio». Y ella dijo: «No lo harás».

—Y no estuviste —dijo la pequeña—. Sagrario se murió sola.

—Sí —contesté yo—. La encontramos sola por la mañana. Cuando prometí que permitiría que los espectros me llevaran en su lugar comencé con mis pesadillas. Las almas oscuras me rodeaban y no me atrevía a dormir. Lloraba tanto que papá obligó a Sagrario a que confesara. Ella le contó la verdad y él nos castigó muchísimo. Entonces, esa noche, antes de dormirnos, Sagrario habló conmigo: «No hace falta que te lleven en mi lugar —dijo—. No es necesario».

Mi madre entró en la habitación. Me había arreglado tres vestidos de Sagrario y los dobló cuidadosamente.

—¿De qué habláis? —preguntó.

La pequeña echó a correr por el pasillo.

—De nada —gritó mientras se alejaba.

Mi madre movió la cabeza.

—No quiero que le cuentes más de la muerte, ni de Sagrario, ni de los fantasmas de las sombras. Le interesa demasiado y eso no es normal en una niña tan pequeña. Este verano invitaré a alguna de sus amiguitas para que alboroten la casa. Debería tramar travesuras y en lugar de… —Tras una pausa continuó—: Creo que deberías llevarte tu herbario. La casa del campo no te ofrece lo mismo que una en la ciudad. El pueblo queda lejos y creo que, por si acaso, te convendría distraerte con algo. Es el sitio adecuado para que trabajes en él.

—Pero estorba muchísimo —protesté yo—. No les gustará que me lleve juguetes.

—No estorba tanto. Fue la tía quien te regaló tu primera prensa.

Apiló más ropa en la maleta.

—Esa casa era tuya también, ¿verdad? —pregunté de pronto.

—Sí. Se la vendí con todo lo demás.

—¿Por qué le vendiste tu parte de herencia?

Mi madre no contestó de inmediato. Cuando lo hizo, su voz había cambiado.

—Porque necesitábamos dinero. —Entonces miró hacia otro lado—: Natalia, esta noche te oí quejarte. ¿Han vuelto las pesadillas?

—Sí —dije yo.

—¿Con la tortuga?

—Sí.

—Ya no hay animales. No verás ningún animal. Allí no tendrás pesadillas.

Asentí con la cabeza y regresé a mi habitación. Me arrojé de espalda sobre la cama de Sagrario. Resultaba extraño tenderme allí, sobre su cama que ahora era la mía, después de haber compartido cuarto con la pequeña durante el último año. Mi vida se componía de una incesante mudanza de habitaciones.

Encontré algunos cambios; algunas cajas de medicinas que mi madre no había retirado, dos o tres revistas para adolescentes, atrasadas, y dos grandes botellas blancas y negras con oxígeno, que flanqueaban la cama como columnas de un dosel, y de las que aún no nos habíamos deshecho.

Me levanté. Nos aguardaba un día realmente caluroso. Abrí la ventana del balcón. Era la única habitación alejada de la calle y del ruido del tráfico, y por eso la ocupaba Sagrario. Daba a un parque que habían construido cinco años antes, un parque con bancos verdes, y palomas, y un estanque con una fuente. Los abuelos se sentaban allí y daban la merienda a sus nietos. A Sagrario le gustaba mirar hacia el parque y se inventaba la vida de los abuelos.

Entonces apareció un muchacho poco mayor que yo. Llevaba una carpeta azul bajo el brazo y un libro. Se sentó en un banco, frente a la ventana, y abrió el libro. Yo le observé con interés. Leyó durante media hora. Luego se levantó, se estiró los pantalones y se marchó. Me asomé al balcón para verle caminar hasta que desapareció detrás de la esquina, tragado por los coches. «El amor —pensé—. El amor de Sagrario». Todas las mañanas ella le había esperado y le había observado sin que él supiera nada, sin que ni siquiera dirigiera la mirada hacia el balcón. La existencia era en verdad un extraño lugar. Me tumbé de nuevo en la cama. «Ahora es mío», pensé, extrañada por los insólitos bienes que me había dejado mi hermana en herencia.

Preparé mi equipaje, envolví mis útiles de herbario como si fueran tesoros, y escuché los consejos de mis padres. La nena me regaló otro dibujo para el camino: un campo sembrado de flores y cruces entre las flores. Lo oculté para que mi madre no lo viera.

—Ten cuidado con las plantas venenosas —me advirtió, mientras me abrazaba con tanta fuerza que se le marcaban los nudillos en las manitas regordetas.

—No te preocupes.

—¿Irá Sagrario contigo?

—Sí —dije yo, y le coloqué el índice en la punta de la nariz—. Como siempre. Yo me llevo a Sagrario.

Era un día abrasador, con un sol húmedo pegado a la piel. Fue el preludio de un verano templado y acariciante, que yo no imaginaba cuando dejé mi casa esa mañana. Recordaba paso a paso el camino que había envejecido con los años, y reconocía a cada poco los recuerdos que habíamos dejado sembrados detrás de nosotros.

Existía una casa en medio del campo, rodeada de flores, de agua, de árboles oscuros, y de niños que corrían, y una abuela con collares de amatista y camafeos de coral, y un abuelo con bastón de plata. Una casita de cuento donde las niñas que crecían se vestían de largo y aumentaban sus gargantillas con una perla cada año. Y organizaban bailes en los que se deslizaban sobre el suelo de mármol con sus vestidos crujientes y entre abanicos de plumas.

Así lo aseguraban los mayores que contaban aquellas historias con los ojos entrecerrados; y así lo relataba mi madre, trayéndonos del olvido lo que le habían transmitido sus abuelos, y los padres de sus abuelos, mucho después de que los vestidos, y las plumas, y las risas tras los abanicos se hubieran desvanecido, porque ninguna de nosotras, ni siquiera mi madre o mi tía, había vivido los días de esplendor de la familia, y ya era imposible que rescatáramos qué había ocurrido en la realidad y qué había nacido con cada narración de esas historias.

Dejé el pueblo a mi espalda al atardecer, solitario y lúgubre como un cortejo funerario. Las farolas terminaban a un kilómetro escaso del pueblo, y unas luces amarillas incrustadas en las paredes viejas iluminaban la carretera. Aun después del día de sol, a un lado y otro del camino corrían arroyos de agua, y supuse que habría llovido. Unas cuantas ovejas desperdigadas buscaban refugio bajo los árboles negros, y balaban desconsoladas. Allí comenzaba a espesarse el bosque, y de niña imaginaba

que las ramas que se recortaban contra el cielo eran brazos de trasgos y muertos que trataban de atraparme. Cerré los ojos y pensé en Sagrario. En algún lado de esa tierra se alzaban sus brazos débiles, petrificados en un roble.

Era la primera vez que iba sola a la casa del campo, pero no me di cuenta de ello hasta mucho tiempo después. Mientras pegaba la frente al cristal frío de la ventanilla me percaté de que yo ya había vivido aquello; durante gran parte del trayecto sentí todos mis movimientos por anticipado, como si una visión extraña me permitiera saber qué llegaría con el tiempo. Ocurría en los sueños que preceden a una pesadilla, y tuve miedo de que todo aquello constituyera una argucia de la tortuga para atraparme mientras dormía. Dije mi nombre siete veces, y la sensación anormal se disipó. Abrí los ojos de nuevo y me encontré en el camino de la casa.

Cuando yo llegué mis primos llevaban ya días allí. Me esperaban fuera de la casa, bajo el emparrado de rosales que trepaban sobre la puerta. Se habían cumplido tres años desde la última vez que nos caía encima, sólo vi que Roberto me sacaba dos cabezas y que la sonrisa de Irlanda, con los últimos rayos de la tarde, era preciosa.

De pronto el tiempo hace tonterías, se empeña en correr o en detenerse. Hubo una época en la que yo tenía una confianza ciega en el reloj. Las horas transcurrían a su debido tiempo, más veloces en mi casa, con mayor calma cuando me encontraba en el colegio, pero era una caída de arena incesante, que me hacía crecer y se medía con las dos agujillas.

El tiempo comenzó a defraudarme cuando los minutos de bienvenidas y besos con mis primos se eternizaron, cuando la lenta mirada de reojo de Irlanda pareció inmovilizarse en el aire, o cuando mis manos, que nunca habían sido torpes, no encontraron las de Roberto. Sospeché entonces que el tiempo, como las agujas del reloj, camina en círculos, y que el mío tendría que girar una y otra vez, como una historia que siempre se repite, en torno a aquella casa y a sus campos verdeantes.

2

Sagrario debía de ser el gran roble que crecía en el límite del jardín junto a la casa. Ella había amado aquella casa más que cualquiera de nosotros, y en el cuaderno en el que anotaba la vida recordaba con frecuencia los veranos pasados en el jardín y en la cabañita que habíamos construido.

> A veces, cuando noto el corazón como una piedra hueca en el pecho, pienso en aquellos días despreocupados de hace seis o siete años, cuando N. y yo nos escapábamos al prado en las horas de la siesta y nos escondíamos de la abuela hasta que comenzaba a oscurecer y de pronto nos volvía la cordura. La madera del suelo estaba mal colocada, y la hierba se nos pudrió debajo, y hubo que arrancarla y colocar las tablas de nuevo. Ahora me parece mentira que yo fuera capaz de caminar hasta el prado, o trepar alguna vez a un árbol. Estoy llorando, pero vuelvo a sentir el corazón.

La imaginé enterrada bajo el roble, con la hierba crecida sobre ella, muy lejos de la frialdad del cementerio en que las flores se agostaban con el primer sol. Nos habíamos equivocado al no llevarla allí. Pero aquella casa ya no era nuestra, y a mi hermana no le hubiera gustado vivir para siempre en tierra ajena.

Cuando éramos muy niñas, en el tiempo de las historias, sabíamos que la casa había sido el orgullo de la zona a principios del siglo pasado, y que debíamos mostrarnos altivas y con la espalda muy recta ante la envidia del pueblo, del mismo modo que la propia casa mantenía su arrogancia pese a su ancianidad decrépita.

Todo se había fijado de antemano: los sitios en la mesa, los regalos para los nietos, la ropa sucia y la ropa limpia. La abuela comenzaba a comer en primer lugar y nosotros la seguíamos. No se nos permitía que abandonáramos la mesa, ni que cuchicheáramos, ni que dejáramos restos en

los platos. No se nos permitía que habláramos en alto, ni que corriéramos por la casa, o tocar lo que luego no devolviéramos a su lugar. La abuela nos controlaba con sus ojos inquisitivos, y se enfurecía si manchábamos algo. Antes de acostarse daba vueltas por toda la casa con un paño con el que limpiaba todo lo que pudiera haberse ensuciado; las manillas de las puertas, los vasos de licor o las peras de las luces de noche, que colgaban junto a la cama como extraños huevos negros.

Cuando abandonábamos la casa, Sagrario ocupaba en el coche el asiento central, el más alejado de los cristales, porque, como supe más tarde, la abuela habría hecho lo imposible para que en las visitas al pueblo nadie pudiera sospechar que las nietas de la familia se morían como las paredes comidas de liquen. La gente del pueblo siempre nos había odiado.

—No sabré por qué nos odian —había dicho Sagrario, envuelta en el olor a medicinas de su habitación mal ventilada, en los últimos días de mayo.

Yo había dejado de leer en alto para ella, que ya no dormía, y ella se incorporó sobre las almohadas.

—No podré bailar jamás, no sabré si es el vacío lo que se abre tras mi ventana o en esta ciudad casi olvidada, no despertaré ya jamás, no imaginaré que duermo. —Lloró en voz muy baja, con lagrimones lentos—. Quiero irme ya. Quiero terminar de una vez. Ahora estaría preparada para morirme. Debería morirme ahora que dejo el único camino en el que he estado, el único que me han permitido conocer. Y avanzo tan sola…

La miré durante mucho tiempo y sentí el silencio en que nos dejaba con su muerte. Entonces coloqué suavemente su cansada cabeza en la almohada y la dejé dormir hasta el día siguiente. Por la mañana la encontramos muerta, tan lejos en la senda que apenas nos decía adiós con la mano.

Pero lo cierto era que nos odiaban, y las bodas de las hijas, que decepcionaron profundamente a la abuela, no nos habían liberado de esa rabia callada. Flotaban todavía las historias de Hibernia la Bella, de un antepasado que curaba dolores con las manos y de su hijo, un libertino de mirada ardiente que seducía a las niñas del pueblo y las llevaba al monte con falsas promesas. Los del pueblo habrían pagado lo que fuera porque la casa del campo quedara por fin vacía.

Era un edificio alargado, macizo. A un lado se alzaban los establos, y al otro el granero. Sin embargo, en conjunto, la figura rectangular transmitía una impresión de esbeltez casi liviana debido a las galerías de altas ojivas y a la torre que despuntaba sobre el resto de la casa y que rozaba con los cables de la luz. Había sido concebida como una residencia de verano, y la galería de cristal formaba la pared más larga del salón principal. Otras dos galerías menores bordeaban las habitaciones que se abrían al sur y al este. Los cristales permanecían intactos, pero la capilla y la torre, con aspiraciones medievales, se caían de podredumbre, ahora que las alimañas menudeaban por los alrededores.

—Vigila de cerca a mamá —me había dicho Sagrario—, porque venderá su herencia trozo a trozo, como ya ha hecho, y el resto de la familia se aprovechará, como sanguijuelas que son. Lo que han hecho con ella, que no lo hagan contigo. Nos quedaremos sin nada y se acabará la familia. —Continuó con los ojos cerrados—: No pienses que me refiero a cómo se han portado con nosotros los tíos. Ya no les guardo rencor. Lo digo por vosotras, por la pequeña y por ti, porque yo duraré poco más.

Mi tío, un hombre flaco que no envejecía y que se había criado en la ciudad, arrendaba las tierras a la misma gente parda y desconfiada que vivía en el pueblo. Cuando yo llegué terminaba la reunión en el granero con los posibles compradores de las tierras. No habían acordado nada, porque el precio que pedía les parecía demasiado elevado. Pero él sabía que cederían.

—Querían esta casa, pero no la tendrán. Vale más de lo que podrían pagar. Y si quieren las fincas, que paguen lo que deben. «No todo en la vida es dinero», me ha dicho uno. Y yo le he contestado: «¿Qué más hay? También yo tengo que vivir, y el oro no crece en los árboles».

Yo imaginé a los del pueblo saqueando la casa; romperían los vitrales de la galería y cegarían el pozo con piedras, hasta que la casa se convirtiera en una ruina fantasmagórica que acumulase oscuridad en las noches sin luna. Los niños se escaparían para visitarla y se dirían los unos a los otros que estaba habitada por seres infernales.

—La venta está casi ultimada. Faltan los detalles, y que yo vea el dinero. Sin eso, no hay trato.

Con golpes como esos se había enriquecido. Hacía veinte años había montado un pequeño taller de reparaciones. Compró casas, tierras, solares abandonados, a familias que aceptaban el dinero que él fijaba; esperó años, con paciencia, el momento de revenderlos y, luego saltó a ventas cada vez más brillantes, sin que sus ojos se desviaran nunca de las anteriores, de los detalles, de lo menudo.

Mis padres evitaban referirse a él. En las reuniones familiares, mi padre permanecía aparte, tímido y silencioso frente a la voz del tío. Él era delineante, no un hombre de negocios. El otro se movía mucho, hablaba alto y mostraba la astucia que le faltaba a mi familia, que nunca había sabido hacer dinero. Sus regalos siempre eran novedosos y sorprendentes, envueltos en unas cajas de cartón que nos parecían demasiado lujosas para guardar los juguetes y que utilizábamos luego para nuestros propios regalos.

Cuando regresábamos a casa mi padre se recluía en el rincón entre las ventanas con el tablero de dibujo, y perdía el tiempo sobre los dibujos con más frecuencia de la habitual.

Mi tía me abrazó, me presentó a todos, y luego me preguntó por los de casa, con un fervor algo exagerado.

—¿Y la niña? ¿Por qué no la has traído?

Yo cambié de tema. Se acercaba el tramo de silencio que precedía a Sagrario. Mi tía no cayó en la costumbre de preguntarme por ella. Reaccionó de inmediato; me entregó sábanas y un repelente de insectos.

—Irlanda te ha limpiado la habitación que da sobre el pozo. Ella duerme con sus amigas en la de la galería, pero como no os conocéis pensé que, al menos al principio, te sentirías violenta. Cuando os hagáis amigas puedes irte con ellas, o cambiarte a la que más te guste.

—Estaría encantada de que durmieras conmigo —dijo Irlanda—, pero si alguien más viene a mi habitación tendremos que dormir por turnos.

Hacía muchos años, Irlanda nos robó a Sagrario y a mí dos manzanas rojas, recubiertas de caramelo, que la abuela había comprado un domingo en el pueblo; una para cada nieto. Irlanda se comió la suya en el coche, y nosotras las guardamos en un plato en la alacena. A la hora de cenar habían desaparecido, pero yo vi que la chaqueta de mi prima estaba manchada de

caramelo. No se lo contamos a nadie, pero desde entonces Sagrario le guardaba un rencor mal disimulado.

—Podríais dormir las cuatro en colchones en el suelo —dijo mi primo —, pero eres una vaga, y por no moverte serías capaz de lo que fuera.

—Dice eso porque duermo la siesta y aprovecho el sueño para reponer fuerzas, mientras que él sale a esconder trampas para los pobres animales y se agota corriendo por el monte como un salvaje —me explicó ella.

—Irlanda se levanta tarde; luego se acuesta un par de horas, y como por la noche no tiene sueño, no hay prisa para acostarse. Y por supuesto, tampoco muestra prisa para levantarse. Ahora se lo permitimos porque está de vacaciones —dijo mi tía, estrechando a Irlanda contra ella—, y porque, pese a todo, le llegan las horas para cumplir con sus obligaciones.

—¿Y tus maletas, Natalia? —preguntó mi tío—. ¿Qué quieres que hagamos con ellas?

Salí con él al pasillo y aparté mi ropa y los pequeños regalos que les traía.

—En esta bolsa traigo las planchas y las láminas para mi herbario —dije—. Necesito para ellas algún sitio fresco y sin humedad.

—De momento las dejaré en el granero. —Las cogió a peso y silbó—. ¿De qué son? ¿De plomo? Entra en la cocina. Ha refrescado.

Las hojas se volvían por el viento, y mostraban un vientre claro, como vergonzoso, detrás de las ventanas. En el aire flotaba una impresión de verano estancado, mucho más avanzado de lo que le correspondía a junio. Yo abría y cerraba las manos y notaba las líneas de la vida húmedas.

—Bien —dijo mi tía—. De modo que en casa todos siguen bien.

—Sí —contesté yo, distraída. Con cada nuevo golpe de viento las hojas se retorcían un poco más, y palidecían llenas de miedo.

—Vamos, no te quedes en mitad de la cocina, parada y tímida. Siéntate con ellos y diles que te preparen algo de comer. Me decepcionáis, chicas. ¿Es ésta la bienvenida que preparabais para Natalia?

Los amigos de mis primos se habían quedado un poco aparte; sonreían sin cesar, y mi tía se dirigía a ellos como si se tratara de sus propios hijos. Jugaban al ajedrez. Entonces recordé algo, de pronto, y me levanté para darles los regalos de mi madre. Un pañuelo de gasa para la tía, zapatillas

para el tío, una navaja de monte para Roberto y un frasco de colonia para Irlanda.

—Es precioso —dijo la tía, y se envolvió la garganta con el fular—. Siempre tan detallista. No sé cómo todavía tiene humor para regalos.

Irlanda permitía que sus amigas oliesen la colonia. Yo respiré más tranquila. No habían reconocido las cajas de cartón de los peluches de hacía tres años. Mi madre mostraba poca cautela, y con mis tíos yo nunca sentía una seguridad absoluta. Los imaginé en su casa, con una habitación destinada para las cajas y los regalos que hacían, y entre ellos, los nuestros, olvidados. Mi tío regresó al cabo de un momento.

—El granero estaba cerrado, y las he subido a la torre. Cuando las necesites ten cuidado; pídele a Roberto que te acompañe. No te pasará nada si eres cuidadosa, nada, pero si bajas las escaleras cargada puedes resbalar. ¿A quién he dejado la llave del granero? Si perdéis alguna de las llaves os desollaré vivos.

—Yo nunca pierdo nada —dijo Irlanda—. ¿Vais a quedaros a cenar?

—No, hija. Si no salimos ahora, imagínate a qué hora llegaremos a casa. ¿Os falta algo? ¿Tenéis comida y dinero suficiente?

—¿Qué les va a faltar? Tienen agua y tienen luz —dijo mi tío.

—Y nada más —dijo Roberto.

—Con eso os sobra. El agua del pozo brota más limpia que la del grifo. No os cuesta nada sacar un par de cubos al día. Os convendrá olvidaros algún tiempo de los lujos. Dentro de poco exigiréis que respiren por vosotros.

—Es un cascarrabias —me dijo mi tía, con su voz de falsas confidencias—, pero no engaña a nadie. ¿Necesitáis dinero?

—¿Para qué? —preguntó Irlanda, exasperada—. ¿Adónde quieres que vayamos a comprar? Marchaos de una vez.

Mi tío impartió otras instrucciones a Roberto y a su amigo; planeaban cómo limpiar la maleza que rodeaba la casa. La carretera general atravesaría pronto una de las fincas, y el tío pensaba en conservarla hasta entonces, cuando le pagaran más. Luego les advirtieron que fueran responsables y sensatos, y que cuidaran de nosotras. Se despidieron cuando ya era noche cerrada.

—Me acercaré mañana por aquí para ver qué tal os las arregláis —dijo mi tía, besando a Irlanda—. Sed formales.

Los oímos marchar. Un momento más tarde regresaron, porque se habían llevado consigo la comida para el gato de Irlanda, un gato formidable de pelo largo y azulado que dormitaba en el salón.

—Un gato buenísimo —me aseguró mi tía, mientras colocaba las latas de carne y de delicias de pescado una sobre otra—. Lo llevaríamos a casa con nosotros, pero tu tío y yo saldremos un par de semanas, de vacaciones, y el pobre animal se vería obligado a quedarse aquí de todas maneras. Además, Irlanda está muy encariñada con él.

Acarició el lomo del gato. *Vigílalos de cerca porque venderán la herencia, como ya han hecho, y nos quedaremos sin nada, y ya no duraremos más*. Mi tía me miró, sonrió, dijo adiós por última vez, y nos dejó definitivamente. Observé al gato por un momento. Apretaba los párpados a intervalos, lleno de calma. «No —pensé—, no tiene nada que ver con una tortuga».

Mientras me sentaba por segunda vez a la mesa se me coló un sentimiento nuevo, una punta inquietante que aparté con todas mis fuerzas. Un nudo corredizo en el estómago me traía una sensación extraña y conmovedora, la sensación de que la vida no era antes así, de que había algo que debía recuperar, algo que se me escapaba sin sentirlo, a un ritmo desesperantemente lento. Entonces volví la cabeza y me encontré, tras el tablero de ajedrez, con mis primos y sus amigos. Así comenzó el verano.

3

Irlanda era más hermosa de lo que yo recordaba. Ya de niña su rostro angelical sólo acusaba dos defectos; su pelo, escaso y muy fino, y los ojos casi siempre huidizos. Pero ahora se peinaba muy bien, y había aprendido a mirar por debajo de las pestañas.

Hasta tres años antes pasábamos mucho tiempo juntas; entonces la mandaron a un colegio internacional, mucho más exclusivo que el nuestro. A mis hermanas y a mí siempre nos la ponían de ejemplo. Incluso cuando jugábamos en la hierba se mantenía limpia y pulcra, y eso hacía que la abuela la mirara complacida. Dominaba la capacidad para que fluyeran las palabras precisas en el momento adecuado, y empleaba con maestría el arte de conseguir cualquier cosa de los mayores con sonrisas. Irlanda era magnífica y esbelta. Nunca parecimos primas.

Respecto a Roberto, demasiado mayor para mí y aún más para mis hermanas, apenas le conocía; sus amigos, un chico y dos chicas, pertenecían al mismo colegio que ellos. Una amiga era morena y la otra rubia, de un rubio escandalosamente claro; el único varón tenía una exquisita mirada lejana. Se mostraron amables y distantes, sin duda advertidos de la delicada situación conmigo.

La chica rubia ya no jugaba al ajedrez y seguía a Irlanda por la cocina; se pasaban los platos y las servilletas para cenar. De vez en cuando enlazaba con su brazo la cintura de Irlanda y se comportaba como si no hubiera nadie más en la habitación. Yo nunca había tenido amigas. No las necesitaba. Una vez, en la playa, jugué con una niña que me prestó su cubo y su pala, y saltamos juntas sobre las olas, pero no volví a verla más.

En casa y en la escuela estaba Sagrario, y cuando Sagrario dejó el colegio, la pequeña y yo regresábamos a casa escapando entre los coches, sin entretenernos, para hacerle compañía y contarle lo que pasaba en el mundo. Eso era lo que nuestros padres nos pedían, y mis padres nunca se equivocaban.

Yo había sido una niña revoltosa y de imaginación ardiente, siempre la culpable de que castigaran a Sagrario, que me seguía con lealtad inquebrantable, aunque ella, más reflexiva y pausada, me alertara de los desastres.

—Nos castigarán —decía. Luego, en un gesto de impotencia ante la fatalidad, se encogía de hombros y añadía—: En fin. Tú eres la mayor.

Las muchachitas que me rodeaban se preocupaban sólo de sus estudios o de sus padres, o de sus estudios y de sus padres, y ninguna compartía una afición conmigo. Ninguna había descubierto el placer de la obediencia a los mayores y la satisfacción del trabajo bien hecho. Todas se enamoraban de cantantes y actores y forraban los libros con sus fotos, y leían las instrucciones de las revistas de adolescentes que indicaban cómo pintarse los labios y que el color permaneciera por horas. No podían compararse con mi hermanita cariñosa y despierta, o con Sagrario.

Ahora Sagrario ya no estaba, y yo añoraba a alguien de mi edad. Cuando la nena no jugaba cerca me encontraba tan sola que a veces hablaba en alto para sentir una voz viva a mi alrededor. Irlanda me preguntó si había cenado ya, y puso ante mí un cuenco con fruta y un jarroncito con rosas blancas.

—¿Continúan gustándote las flores?

Yo sonreí.

—He traído mi herbario conmigo.

—Has hecho bien. Aquí no hay nada. Ni televisión, ni gente, ni apenas libros. Si te aburres fácilmente, te vuelves loca.

—No me aburro fácilmente —aseguré yo.

—No dejaremos que te aburras —dijo el amigo de Roberto, hablando por primera vez.

—No —dijo él—. No falta animación. Como cuando en mitad de la noche, escuchas un chillido histérico, y cuando te dispones a enfrentarte a

un monstruo, no es más que una rata que ha entrado en la habitación.

Las chicas protestaron.

—O chinches —continuó él—. Chinches que sólo notas cuando ya estás invadido por ellas.

—¡Qué infantil eres! —dijo su hermana—. No le hagas caso, Natalia. Por cierto, Roberto, ¿recuerdas a aquella compañera mía, la morenita de la nariz respingona, a la que perseguiste durante todo el baile y que tuvo el buen juicio de rechazarte?

—Sí.

—Este año no la verás por el colegio.

La amiga rubia abrió la boca más de lo necesario.

—¡No! ¿Qué ha pasado?

—La detuvieron un domingo de madrugada con tres gramos de cocaína en el bolsillo. Había pasado la noche con un chico, en un hotel. Ella dijo que la droga pertenecía al amigo, y parece que resultó cierto, pero no volverá al colegio en otoño.

—¿La han expulsado?

—No —dijo Irlanda—. Yo no he dicho eso. La han cambiado de colegio. No creo que nadie se arriesgara a volver al nuestro tal y como estaban las cosas.

—A estas alturas de la vida, no escandaliza a nadie que se viera con un chico. Y quien más o quien menos ha tonteado con algo parecido algún fin de semana.

—Todos los rumores sobre ello. Imagina los cotilleos del colegio encima, a partir de ahora; y nadie hablaría con ella —explicó la rubia, con un ligero tono de envidia—. Yo, por lo menos, ni le dirigiría la palabra.

—Para moverse entre la gente decente hay que cumplir ciertas normas de conducta. Si quieres diversión y aventuras, al menos compórtate con discreción.

—Alguien la ha denunciado de seguro —dijo el amigo—. Los directores del colegio no siguen a las alumnas en verano. Esto suena a alguna envidia y a revancha.

—Tú la viste ese mismo día, ¿verdad, Irlanda?

—Sí. Esa misma tarde la encontré en la calle, muy cerca. La saludé, y ella me volvió la cara. Nunca nos habíamos llevado especialmente bien, ni teníamos un trato cercano, pero eso no le daba motivos para negarme el saludo. En el fondo, merecía algo así. Pero mirad, estamos escandalizando a mi prima.

—Yo no entiendo nada de esas cosas…

Hablamos poco más. Estaba muy cansada, pero si en mi cama encontraba una rata o una araña, gritaría hasta romperme la garganta, y me aterraba el ridículo frente a los amigos de colegio caro de mis primos.

—Si continúo aquí creo que me dormiré sobre la mesa —dije, con voz vivaz y decidida, aunque la sonrisa no era del todo sincera—. Me estoy divirtiendo mucho, pero será mejor que os vea mañana.

Irlanda me acompañó por las escaleras, y cerró las contraventanas.

—No prestes atención a Roberto. Sólo quería incordiarnos. No hay ratas ni nada parecido. Pusimos trampas y veneno hace más de un mes, y ya no queda ninguna.

—No importa —dije yo—. Y en último caso, tenemos al gato.

—¿El gato? Está demasiado acostumbrado a su hígado de buey y a los caprichitos que le damos. Ni se fijaría en ellas. Y con todo este repelente que fumigamos, tampoco quedan bichos. —Estiramos las sábanas hacia arriba—. Ya sabes dónde estamos. Roberto duerme donde siempre, y Gabriel en el otro cuarto. La habitación roja también está limpia, pero imaginé que no querrías quedarte allí.

Sagrario y yo dormíamos siempre en la habitación roja, las dos juntas en la misma cama, con las sábanas tan tirantes que no nos permitían que moviéramos los brazos. *¿No sientes frío? Debo de ser yo. Siempre me encuentro los pies helados. No te muevas. Así… ahora vamos a fingir que dormimos. ¿Estas dormida, Natalia? ¿Estás dormida?* Negué con la cabeza. Irlanda alisó los pliegues de la colcha.

—Contaba con los dedos los días que faltaban para que llegases —dijo —. La casa no parecía completa sin ti. Es curioso este regreso a los sitios del pasado una vez que se ha crecido. ¿No crees? ¿No añoras a la abuelita? Me parece que oigo su voz a cada poco. Le hubiera encantado vernos tan mayores y tan sensatas —suspiró—. Hay un momento en el que se piensa

que nunca se crecerá y que los mayores siempre tendrán razón. Y luego nos hacemos mayores sin darnos cuenta, y todas las habitaciones que antes nos parecían enormes han empequeñecido.

Yo pensaba que los mayores siempre tendrían razón, y que resultaba terrible, lento y doloroso crecer, pero Irlanda se inclinaba sobre la cama con tanta gracia que resultaba evidente que había crecido con gusto. Y me dolía la sensación de que, de algún modo, eso me obligaba a crecer también a mí.

—Yo preferiría no crecer —musité.

—No seas tonta. Al convertirte en adulta todas las cosas te están permitidas.

—Pero es a los niños a los que se les disculpan los errores.

Irlanda me miró, un poco extrañada.

—¿Te acuerdas de esta habitación? La abuela pasaba horas y horas aquí; le traía el café y rezaba por toda la familia, los vivos y los muertos. Cuando se hizo muy mayor trajeron la cama aquí, y ya apenas salía, la pobrecita. Claro que es posible que no lo recuerdes. Has pasado menos tiempo aquí que yo.

Irlanda se sentaba durante tardes enteras junto a la abuela, que se la llevaba con ella a devolver las visitas, vestida con falditas y lazos en el pelo ahuecado. En la noche las escuchábamos regresar, ella casi vencida por el sueño, la abuela orgullosa y también cansada. Nosotras le dábamos un beso antes de acostarnos, con cuidado antes de habernos lavado bien las manos y la cara, porque detectaba de inmediato, con sus ojos claros, si no lo habíamos hecho.

—Me alegro mucho de que estés aquí —repitió, antes de marchar. Yo volví la cabeza hacia la pared, sin saber qué contestar—. Que pases una buena noche.

Tardé mucho en dormirme. La cama se hundía en el centro, blanda hasta la repugnancia, y el olor del insecticida me hacía estornudar. Procuré pensar un momento en el amor que había conocido esa mañana, el libro, el banco, el parque sobre su cabeza, pero me distraje en seguida. Escuché cómo los demás se acostaban; subían de uno en uno, con pasos que apaciguaran los crujidos de la madera. Cuando se cerró la última puerta, la calma cayó sobre la casa, y Sagrario, atraída por el vaho a química, apareció en otra cama, en

mi habitación, en los últimos días, en los que las medicinas habían invadido el aire y el viento muy fresco de mayo apenas nos permitía abrir la ventana.

Yo estaba sentada junto a ella y leía en alto para distraerla. Había relevado a mi madre, porque la noche sería larga y ya por entonces Sagrario apenas dormía. Entonces ella se incorporó sobre las almohadas.

—¡Qué horrible que tengamos sólo una vida y que ésta haya sido la mía! —dijo, con la voz ronca—. ¡Qué horrible que me apague de este modo, sin que los recuerdos me sirvan para nada y sintiendo que los segundos vuelan y no puedo hacer nada. Controlo el reloj y no para, y mi tiempo se parará con la muerte! ¡Qué horrible no poder bailar, no haber bailado nunca!

Callaba de vez en cuando y luego se quejaba de nuevo.

—No visitaré otras tierras, no sabré si es el vacío lo que se abre tras las esquinas del parque o una ciudad casi olvidada, no sentiré más besos que los que he tenido, no conoceré otras gentes, no escucharé lo que contéis de mí, no veré crecer a la nena, no me despertaré otra vez, no sentiré que me duermo. —Lloró bajito, con unos goterones como granizo—. Ahora estaría preparada para morir. Quiero irme de aquí. Quiero que mi tiempo se acabe de una vez, libre de tanta melancolía y sin apenas miedo a la noche en el otro lado. Debería morirme ahora que veo el inicio de la senda y estoy en ella sin temor. Un camino en el que avanzo tan sola…

La miré durante mucho tiempo y sentí el silencio en que nos dejaba con su muerte. Entonces coloqué las almohadas bajo su cabeza y la dejé dormir y adentrarse con sosiego en su nuevo mundo. La encontramos muerta en la mañana, con el corazón bloqueado y la boca entreabierta.

El viento comenzó sus golpes contra las ventanas, y a colarse bajo las puertas, y yo me encontré en la habitación del pozo, sola de nuevo, sin saber ya si soñaba o si el tiempo se enroscaba de manera extraña y debía repetir de nuevo la misma vida desde el entierro de Sagrario y llegar a la casa del campo y acostarme en la habitación del pozo y recordar a Sagrario moribunda y vivir el entierro, como esos espejos que reflejan espejos hasta el mareo. Pero permanecí inmóvil. Poco a poco recordé que había cosas nuevas, cosas que aún no había vivido, y que por tanto el tiempo caminaba como era debido.

Escondí la cabeza bajo las sábanas y escuché, con el pecho palpitante. El viento se deslizaba entre los dedos de los muertos, y me traía sus voces; y yo no quería escucharlos. Si alguna vez entendiera lo que decían en susurros, me unirían a su cortejo y quedaría cautiva para siempre, presa entre los dos mundos.

Esos eran los momentos en los que la noche se abría y mostraba el camino que unía los dos lados. Si pudiera levantarme y trazaba un círculo alrededor de la habitación me encontraría a salvo, pero ya era muy de noche, la luna habría salido y los espíritus podrían atraparme si abandonaba mi segura envoltura de mantas. Cerré los ojos y traté de no pensar en la tortuga. No era la primera vez que me seguía hasta la casa del campo, y rogué que Sagrario la hubiera retenido en el baile, en la ronda de los espíritus nuevos.

Me despertó la angustia de encontrarme en un lugar distinto. Ya había amanecido. Abrí las contraventanas, y contemplé la vista del oeste en las primeras horas de la mañana. La luz llegaba mucho más tarde que al resto de la casa, y las sombras se reducían con su carga de miedos. El sol avanzaba rápidamente sobre el campo. El cubo del pozo, que aún se utilizaba, había rodado sobre la hierba.

Allí, en años anteriores, crecía un huertito cultivado, pero ahora sólo quedaban de él unas hileras de tierra roja, endurecidas entre las ortigas, la abigarrada confusión de plantas salvajes y zarzas, y, mucho más allá, un pequeño bosque de castaños y laureles oscuros. No nos daban permiso para alejarnos hasta allí, y el laurel que añadíamos a la comida lo arrancábamos de los arbolillos que crecían pegados a la pared de la casa. Una formidable col lombarda había sobrevivido en el viejo huerto, con el corazón rosado y sangrante, junto a las matas de manzanilla cabezuda y las piedras minadas del muro.

A la luz del día las cosas recuperaban su ser, y quedaba poco espacio para otra cosa que no fuera la sospecha. El sueño perdía el polvillo de las alas, y sólo los que vivían entre tierra y telarañas continuaban su descanso. *¿Estás dormida, Natalia? ¿Duermes?*

Me encaré a mi habitación. Nunca me había entusiasmado, porque permitía poca luz y la habían recargado de objetos menudos y viejos que la

abuela no nos permitía tocar, pero ahora sólo quedaba una cama muy ancha, un armario con un espejo brumoso y un crucifijo colgado sobre la cabecera. Muebles exagerados que parecían perdidos en el espacio. En las paredes desnudas veía marcas oscuras de otros muebles y de al menos otras dos cruces colgadas. Yo recordaba unas sillas de respaldo alto de esparto entretejido, y una mesita de té contra la que nos golpeábamos las rodillas.

«No corras por los pasillos, Natalia. No juegues con las figuritas. No toquetees la mesa. ¿No ves que la estás ensuciando? ¿Por qué no te sientas formal y lees un cuento, como tu hermana?

»Ven, Natalia. Leeremos juntas algún cuento y luego jugaremos a ser princesas. Nos haremos coronas de papel de plata y mataremos a los dragones y a las madrastras».

Ya era totalmente de día, y me vestí sin ruido, al fin contenta por mi decisión de alejarme de mis padres. También Sagrario se sentiría feliz si bailaba entre las hierbas altas, y allí olvidaría la cama, la almohada y la tristeza de no distinguir ya jamás entre el sueño y el despertar. El día se desplegaba espléndido, el verano se extendía ante nosotros y los fantasmas habían quedado atrás.

4

Irlanda dormía aún, pero Roberto ya había despertado, y me aconsejó que desayunara fuerte. Se había propuesto estudiar ingeniería, pero a menudo aseguraba que tenía alma de campesino. Le gustaba hundir las manos en la tierra, medir y marcar, y siempre se entretenía con pequeños apaños. Desde que era muy pequeño su padre le había llevado con él al taller para que apreciara el trabajo manual y no se enorgulleciera nunca de estar ocioso. En la mano mostraba la herida de una astilla que no había sabido evitar. Fumaba el segundo cigarrillo del día, y yo alejé el humo con una mano. Me amenazó, sonriendo, con que la labor que nos esperaba era dura.

—Las chicas pensaban que un día les sobraría para la limpieza de la casa, pero el polvo se asienta cada hora, un polvo rojo como la tierra del campo, que lo mancha todo, y que no hay quien quite.

Se marchó; silbaba, y mordía una manzana tan verde que daba escalofríos. El gato de Irlanda se tendió al sol, con los ojos entrecerrados, y yo di un rodeo para no pisarlo. Levantó la cabeza, siguió mi sombra con aire somnoliento y achicó los ojos de nuevo. Mis pasos resonaron en el salón. Una urraca se posó en un árbol y gritó. Luego voló hasta el tendido eléctrico y se alineó con otros tres pájaros negros. El mediodía secaría la hierba, pero el rocío aún enfriaba los tobillos. Roberto esperaba a su amigo en la verja. Al cabo de un momento, otra figura apareció en la colina y los dos desaparecieron de mi vista.

Irlanda me dio ropa vieja y repartió la tarea. Roberto tenía razón. Mi prima, sus amigas y yo nos llenamos de polvo el pelo y las batas mientras limpiábamos el salón. Todas las habitaciones estaban tapizadas con tela, y debíamos frotar las paredes poco a poco, apenas mojadas con la espuma. La

luz de la galería había descolorido el tono rojo vino, casi violáceo, del salón. Era un trabajo lento, eterno, y que propiciaba los recuerdos. Las voces que se velaban tras los abanicos continuaban retenidas en los tapices, y se mezclaban con los sonidos nuevos.

Las amigas de mi prima charlaban sin pausa; a veces me incluían en la conversación; hablaban de gente que yo no conocía y de lugares en los que no había estado pero resultaba agradable escucharlas. Era tan alegre el sol de la mañana, con su hilera de polvo en suspensión bajo la luz, y parecía tan sencillo ser joven en una casa antigua y participar en una charla superficial y esmaltada de risa que respiraba hondo y el pecho se me llenaba a cada poco de aire nuevo, de esos nombres desconocidos que ellas espiaban.

En la primavera pasada se había celebrado el baile de su colegio; se habían vestido de largo, una orquesta tocó piezas lentas y los chicos les habían pedido como antiguos caballeros el favor de un baile. Algunos chicos merecían la pena, y otros no. Mencionaban en especial a un tal Armando que las hacía suspirar, y que había llevado un prendido con una rosa blanca; ya estaban resignadas, sin embargo, a que sólo prestase atención a Irlanda. Y luego, en otra dimensión, tan lejanos de ellas como las estrellas, se movían los chicos mayores como Roberto y sus amigos. Los hombres.

En mi colegio organizábamos festivales en Navidad y cuando se aproximaba el fin del curso, en los que los alumnos recitábamos poemas y representábamos obritas de teatro. Los padres aplaudían entusiasmados y fotografiaban a sus hijos cuando recibían un trofeo de purpurina y un diploma.

La morena permanecía silenciosa, y se adelantaba a los deseos de Irlanda. Parecía sometida a ella en cuerpo y alma. La chica rubia se mostraba obsequiosa, casi servil. Acariciaba al gato y le hacía monerías, y hablaba con gestos exagerados, copiados quién sabe a quién. Mi prima fingía no escucharlas. Su cabeza de retrato se inclinaba hacia el suelo tan grácilmente que nadie podría encontrarle nada en común con sus amigas, también bonitas, pero uniformes, vulgares. Apilaba libros en el suelo, y luego los extendía al sol en los bancos de piedra del jardín. Los libros se enroscaban al poco tiempo, como si se quejasen del trato recibido.

—Hay algunos muy antiguos —dijo—. Y dos ediciones alemanas interesantes.

—A Irlanda le apasionan las antigüedades. Yo creo que debería ser artista —me dijo la rubia, en voz baja, pero no tanto como para que Irlanda no la escuchase—. ¿Ves esos misales? Con pan de oro y goma laca hace maravillas.

Cuando visitábamos aquella casa, el abuelo se llevaba siempre a Sagrario a la biblioteca del ático; a mí me sacaba al jardín y me decía el nombre de las plantas, y a Irlanda la dejaba, con toda confianza, en el salón, con la merienda de los mayores. Irlanda había crecido, lo que indicaba que yo también estaba creciendo, y Sagrario se había quedado callada y niña en su lápida. Cepillé con fuerza un tapiz viejo y procuré pensar en otra cosa.

Ellas continuaron con las habladurías de su mundo.

—Después del baile, me extrañó que tu hermano no invitara a Armando a estas vacaciones con nosotras. Se le veía absolutamente loco por ti.

Irlanda sonrió.

—¿Creías que yo permitiría que un chico así viviera tres meses conmigo en una casa sin personas mayores?

—¿Un chico así? ¿Cómo? ¿Qué tiene de malo? Irlanda, Armando es ideal.

—Eso es lo malo —dijo ella, y me guiñó un ojo. Yo le devolví la sonrisa —. Mis padres no están ciegos.

—¿Cuándo seremos lo suficientemente mayores como para no depender de los padres? Algún día me iré de vacaciones con quien me venga en gana, y haré todo lo que me parezca. En todo caso, siempre nos divertiríamos más que con Gabriel —dijo la rubia—. Es tan reservado…

—A mí me parecía difícil que un chico mayor quisiera encerrarse aquí, donde no hay más que campo y cielo, y me alegré de que aceptara. Pero, por favor —continuó Irlanda, con un gesto desdeñoso—, Gabriel no podría ser más estúpido. Cuando abre la boca y dice su nombre ya ha dicho todo lo que sabe.

La rubia obsequiosa rió.

—Tienes toda la razón. Pero proviene de una familia con muchísimo dinero. Y es muy guapo. No como tu hermano, desde luego, pero no es

nada feo.

—Cierto —dijo Irlanda—. Tiene un rostro agradable y bonitos ojos.

—Ojos de demente —dije yo.

Comimos sentadas en la hierba, porque la mesa del salón apestaba a barniz, y el día se había calmado tanto, el cielo estaba tan blando y azul que daba lástima escapar de la luz. Irlanda se ató el pelo con una cinta blanca y se sentó a mi lado.

—¿Estás contenta aquí?

Yo asentí. Lucía tan adorable con su sonrisa de ángel y su cinta blanca que sentí no verla en uno de esos bailes, rodeada de galanes. Hubiera deseado que sus amigas nos dejaran solas, para hablar con ella y preguntarle si recordaba las otras veces que habíamos comido en el jardín, bajo el mismo manzano, o las veces que nos escapábamos al prado con Sagrario para jugar en la cabañita. Aquello no encajaba con las fiestas de gala y con aquel Armando de la rosa blanca.

—Muy contenta.

—Quiero que sigamos así siempre, tan felices como ahora.

Irlanda me apretó la mano. Se hacía cargo de nuestra comida y de la casa con la misma gracia reposada con la que colocaba láminas delicadas de pan de oro en los breviarios viejos, o limpiaba con una pluma empapada las volutas de una talla enrevesada. Tenía el don de que todo pareciera fácil.

Mi tía vino a vernos esa tarde, y se irritó con nosotras al supervisar cómo lavábamos unas cortinas.

—Cómo se nota que a las niñas de ahora no os han educado para la vida. Esto no se limpia con espumas y *sprays*, sino con agua, jabón y fuerza en los brazos —dijo, y nos mandó fuera mientras continuaba ella con la labor y el gato, que merodeaba por allí, nos miraba con mala cara.

Irlanda torció el gesto en un mohín encantador, y llevó una colcha vieja a la hierba, que extendió concienzudamente. Se quedó dormida bajo el manzano, con el antebrazo ante su cara, envuelta entre los pliegues de tacto sedoso, y yo me senté a su lado, su cabeza en mi regazo, para cuidarla mientras dormía y que nada interrumpiese su sueño. Las hojas del árbol mostraban su vientre claro, y me propuse secar algunas de las ramas.

Se escuchaban golpes lejanos que la tarde absorbía como una esponja y yo levanté la cabeza. No quería dormirme sin haber trazado antes un círculo a nuestro alrededor, pero sólo encontraba hierba y hierba al alcance de mi mano. Las amigas de Irlanda se habían unido a nosotras en la sombra del árbol y dormitaban. Deposité con cuidado la cabeza de Irlanda sobre la colcha y le acaricié el pelo.

Caminé hasta la vieja capilla y arranqué una varita de los arbustos. Pisé algunos cristales coloreados que se habían desprendido de las vidrieras. Hacía años unos ángeles rechonchos y saludables pintados en las cornisas vigilaban desde lo alto. Me puse de puntillas y atisbé por el hueco de un cristal roto. Aún se conservaban varios reclinatorios desmantelados y una talla en una hornacina. Roberto continuaba fuera de la casa; había recorrido la torreta y apuntalado algunas zonas con Gabriel. Rodeé la capilla y me aproximé a la torre. Me acerqué hasta las escaleras donde los chicos trabajaban. Yo vi que martilleaban y trabajaban con el taladro, acalorados, y me acerqué a ellos.

—¿Queréis que os traiga algo? —pregunté—. Ahora no tengo nada que hacer.

—Agua, Natalia, por favor —dijo Roberto—. Me muero de sed.

Bajé hasta el pozo y llené una botella que subí a la torre. Los chicos hicieron un alto, se limpiaron la frente y bebieron con avidez.

—¿Te molesta la herida? —pregunté, y señalé su mano.

—No. No es nada.

—Tu padre ha dejado ahí mis cosas del herbario —dije—. ¿Os estorban?

—No.

Coloqué bien las planchas y las encajé en la prensa. Entonces Irlanda vino a buscarme.

—¿Qué haces aquí arriba?

Me sobresalté al oír su voz, pero mi prima sonreía, como siempre.

—Preparo mi prensa —dije—. Aún no he montado las planchas del herbario.

—Eso ya lo harán los chicos. Vamos. No debemos estar aquí.

Vi su silueta al trasluz, recortada contra la claridad y pensé que éste era precisamente el sitio en el que deberíamos estar, en un lugar indeterminado entre el cielo y la tierra, como los ángeles. «Y como los demonios», me dije de pronto, y bajé las escaleras con docilidad. Sus amigas mostraban las mejillas muy encarnadas por el sol, y me miraban con reproche porque había dejado de velar el sueño de Irlanda. Me sentí obligada a hablarles de mi prensa.

—¿Tenías que hacerlo ahora? —preguntó la rubia.

No contesté, y nadie dijo nada. Continuaron adormiladas en la colcha, pero la magia se había disipado. Mi tía nos explicó cómo colgar las cortinas y a qué habitaciones pertenecía cada una, y me llevó aparte.

—¿Te estás divirtiendo?

—Sí.

—Me alegro. Te veía muy callada con las amigas de Irlanda. No seas tímida. —Luego bajó un poco la voz y la volvió confidencial—: Escucha, muéstrate simpática con ellas. Son buenas chicas, de buena familia, y de las que puedes aprender mucho. Hazme caso. Sabes que te quiero bien. Llega la hora de que comiences a tratarte con la gente que debes. Y si Irlanda se pone impertinente, no le prestes atención. Le gusta dominar. Dile que es sólo tu prima y no le dejes adquirir poder sobre ti.

Prometí mostrarme amistosa y que nadie me avasallaría, y nos despedimos de ella desde el camino. Esa noche me quedé con las chicas en la cocina hasta muy tarde. Las dos amigas formaron equipo contra Irlanda al ajedrez, y apenas me hablaron. Tuve tiempo para pensar, y llegué a la conclusión de que me ignoraban porque creían una osadía el modo en que yo había subido a la torre mientras los chicos trabajaban allí.

Irlanda entró en mi habitación antes de que yo me acostara.

—Mis amigas se han comportado como idiotas —dijo—. Primero, con la gala y luego con su tonito confidencial. La verdad es que me parecen tan bobas… Entre el soso de Gabriel y sus tonterías te han debido de amargar la cena. Pero ya sabes. Si tratas con la gente, ése es el problema; que te encuentras con gente.

—Son muy simpáticas —mentí—. Al fin y al cabo, no todo el mundo tiene la oportunidad de asistir a un baile de gala.

—Hablan de ello como si fuera su puesta de largo. En realidad, organizaron algo muy simple. Y ni siquiera es tradición nuestra, sino una costumbre de mi estúpido colegio, con sus celebraciones de fin de curso y sus reinas del baile… Un montón de frivolidades —dijo, con indiferencia —. Las noto un poco celosas de ti; pero la verdad es que se muestran un poco celosas de todo el mundo. Les pasa siempre que hay chicos cerca. Están desesperadas por salir con un chico.

—Yo no tengo ningún interés por los chicos. Y además, si uno de ellos es mi primo… ¿Cómo iba a imaginar que les molestaría? —Miré a Irlanda con toda franqueza y abandoné las mentirijillas—. Esa rubia desagradable me ha atravesado con la mirada y con sus labios recogidos toda la noche, como si quisiera abofetearme.

—Esa rubia desagradable es la hija de la mejor amiga de mi madre, y una de las niñas más mimadas que conozco. Pero me vi en la obligación de invitarla porque mamá la adora. Además, le gusta Roberto, y a Roberto ella no le parece mal del todo. No es mala persona. Es simplemente estúpida. —Me miró y me apretó el brazo—. Anímate. No se quedarán todo el verano. Cuando se vayan, nos encontraremos a nuestras anchas. Y si vuelven a meterse contigo, dímelo. Harán lo que yo diga. Siempre hacen lo que yo digo. Eso es lo bueno de la gente estúpida. Y al fin y al cabo, tú y yo somos primas.

A mí se me llenó la garganta de algo salado que recordaba a las lágrimas.

—Nunca pensé que fueras así, Irlanda —le dije—. A veces, de pequeñas, te portabas tan mal conmigo que rezaba para que desaparecieras.

Rezaba para que terminaran sus visitas, o las nuestras, y sobre todo, rezaba para que muriera, estrangulada por uno de los lazos que lucía como diadema. Irlanda rió.

—De eso hace mucho tiempo. Me he educado algo desde entonces.

—Sí —reconocí yo—. Ahora eres una dama.

—Preferiría ser algo más animado. Banquero, o corredor de Bolsa —dijo ella, y frunció la nariz—. Al menos manejan poder y dinero. No creo que me entusiasmase esperar a los reyes en la ventana de mi torre. Desengáñate, Natalia. No hay nada mayor en el mundo que el poder.

—Irlanda —pregunté de pronto—. ¿Recuerdas que la abuela nos compró una vez, cuando éramos pequeñas, unas manzanas de caramelo?

—En el puesto de los barquillos, sí.

—¿Cogiste tú las nuestras? Dos manzanas que estaban en la alacena.

—No —dijo ella, ya en la puerta—. Por supuesto que no.

Esa noche, antes de dormirme, advertí de pronto que Sagrario no había aparecido en todo el día. Fingí alegrarme por ella, porque la imaginé entretenida en el prado, quizás jugando con la tortuga. Pero no logré engañarme. Sabía que aguardaba en algún lugar, empapada y fría bajo el rocío de la noche, perdida en el bosque, o que era Irlanda, con su ropa blanca y su luz, la que la mantenía alejada. Por segunda noche consecutiva ningún espectro me visitó en sueños, y me desperté culpable y feliz.

Pese a la promesa de mi prima, sus amigas no se mostraron en absoluto más sociables conmigo. No se separaban de Irlanda, y formaban una extraña corte aduladora y servil. A partir de entonces, cuando no soportaba los cuchicheos de la casa y no podía ya respirar por el polvo acumulado en la nariz, salía a los campos y no regresaba hasta que refrescaba, con un brazado de hierbas y flores para mi herbario. El trigo se alternaba con florecillas, y en las cunetas del camino crecía brezo y achicoria, y mi herbario creció con rapidez. Casi todos los días me sentaba junto al pozo para escribir cartas a casa en un forzado tono alegre.

Contaba las cosas cotidianas, y describía a las amigas de mi prima. También hablaba de Irlanda y de mi tía, porque sabía que a mi madre le gustaría saber de ellas. Mi hermanita me enviaba dibujos, y una de las veces me escribió una carta de seis líneas con su letra redonda y gigantesca.

> querida Natalia como estas tengo muchas cosas que decirte hace sol y voi todos los dias al cementerio otras veces voi a la playa con Silvia y hace sol cojemos peces la tortuga de Silvia se murió, te quiere mucho tu Hermana.

La tortuga de Silvia no me preocupaba, porque no guardaba relación conmigo, y en el peor de los casos, para cuando hubiera llegado hasta la casa de campo, el verano habría finalizado y yo ya volaría lejos. En la siguiente carta incluí una nota para ella, también en letra grande y sencilla, para que pudiera leerla.

> Es una pena que no hayas querido venir, porque es una casa preciosa. Tú nunca has estado aquí, y yo creo que te gustaría mucho. Hay un jardín muy bonito, y una torre que tiene encerrada a una princesa. La prima Irlanda es muy guapa, y el primo Roberto también, y no hacen más que preguntarme cosas sobre ti. Pero en fin, como no quisiste venir te lo estás perdiendo. Me lo estoy pasando muy bien, y Sagrario se divierte mucho en las raíces de todos los árboles.

Medité un momento y luego taché la última frase. Mis padres le leerían la carta y no les gustaría que contara a la pequeña lo que hacía Sagrario.

> Me lo estoy pasando muy bien, y tengo muchas ganas de verte. Pórtate muy bien y obedece mucho a los mayores.

Echaba a la nena de menos, pero era una añoranza ligera, dulce al tacto, que aparecía algunas noches mientras me amodorraba cuando veía jugar a los otros al ajedrez. Entonces miraba la noche a través de la ventana que me reflejaba como un espejo, y me preguntaba por lo que estaría haciendo en ese momento la pequeña.

La casa prosperaba y se estiraba de día en día. Me encariñé con mi habitación. Había colocado dos tapices en las paredes, y unas cortinas de tul que no me robaban la claridad del oeste, que luego quité. El sol se ponía tras la ventana, y la tierra y los campos verdes enloquecían con el color. Las sombras se agigantaban, las urracas desaparecían aterradas; el viento silbaba entre los cables y los ruidos cesaban mientras el sol se hundía en el horizonte.

Entonces la noche lo engullía todo, los fantasmas de los robles y los castaños agitaban sus garras en su intento por atrapar a Sagrario y la tortuga se encaminaba con paso lento hacia mi habitación. La tortuga me seguía, y yo corría sin mirar hacia atrás, mientras evitaba por todos los medios que me alcanzara, a ciegas, sin saber si aún continuaba a mi espalda o no, o si había vivido esa pesadilla o por el contrario, era el primer sueño y debía despertar y vivir todo de nuevo hasta el infinito. Algún día me cansaría de correr y la tortuga me alcanzaría.

Me despertaba con opresión en los pulmones, y escondía la cabeza bajo la almohada hasta que el día siguiente llamaba a los cristales, y la claridad

traía la dulzura de Irlanda, la solicitud amable de mi primo y las miradas insidiosas de las amigas.

Así se escapaba una jornada más. Hacia el atardecer, cuando el trabajo terminaba, yo me adentraba en el jardín. La tierra reventaba de rojo, y hacia la colina el sol tomaba el mismo color. Por un momento me estremecía y pensaba en la lucha que se avecinaba entre la luz y las tinieblas, y quería levantarme y correr hacia la casa, para que la noche no me tomara desprevenida y me agarrase el orillo de la falda y me arrastrase con ella para forzarme a bailar en el corro que forman los espíritus con los fantasmas nuevos. Pero entonces, cuando yo percibía a las sombras al acecho, Irlanda me llamaba y me hacía señales desde la ventana, porque ya había preparado la cena.

5

Irlanda se quedó sola a finales de mes. Sus amigas se marcharon, reclamadas por sus padres. Desgranarían el resto de las horas de verano en un pueblo blanco junto al mar, cada vez más bronceadas al sol, con el cuchicheo incesante de las olas y el recuerdo de la casa de campo cada vez más intenso en la distancia, como los hechizos de amor.

Por un momento las imaginé saltando las olas, junto a la niña que se hizo mi amiga aquella vez, hacía tanto tiempo, pero ellas eran mucho mayores, y, todo lo más, se quejarían porque las salpicaba mientras tomaban el sol. Entonces mi amiguita creció de pronto hasta nuestra edad, y yo parpadeé para alejar esa idea, que no me agradaba.

Las dos abandonaron la casa entre llantos, apenas consoladas con la idea de que se verían en otoño. La rubia obsequiosa se colgó del cuello de Irlanda, en un abrazo histriónico.

—Escríbeme, y si te diseñas un vestido nuevo para la gala de setiembre, llámame para contarme cómo es. Irlanda, escríbeme todas las semanas, ¿te acordarás?

La amiga morena, silenciosa y grave, como era habitual en ella, esperaba en un rincón con su equipaje. Cuando Roberto cerró el maletero y se pusieron en marcha, su espalda se enderezó con un movimiento seco, como si dejara atrás una carga muy pesada, una obligación de la que se liberara. Habían implorado que Roberto y sólo Roberto condujera el coche con ellas, con la esperanza, imaginé yo, de que la ocasión permitiera a la rubia una oportunidad para mostrarse tierna.

En un último gesto de buena voluntad yo había recogido flores la noche anterior para que pudieran llevarse dos ramilletes de recuerdo. Se

sorprendieron sin disimulo, y se despidieron de mí con más calor del que yo hubiera imaginado.

—Pero escríbeme. ¿Lo harás?

Irlanda no parecía muy afectada. Las vio alejarse sin aspavientos, y no mencionó nada sobre el pueblo marino al cual quizás ella hubiera deseado ir. Yo me alegré en secreto. Esos días esperé alguna indicación suya para que compartiéramos su habitación, pero ella retiró los colchones que ocupaban sus amigas sin una palabra, y yo continué en la estancia sobre el pozo. Sufrí una decepción. Unos días más tarde le insinué, con timidez, el cambio a su habitación.

—Creí que te gustaba tu cuarto —dijo ella, extrañada.

—Me gusta. Me gusta mucho —me apresuré a responder yo, y era casi verdad—. Pero me parecería más divertido que durmiéramos juntas.

Mi prima me miró de aquella manera suya que parecía una caricia.

—La verdad es que había pensado en arreglar la habitación a mi aire. Me parece imposible que metamos una cama de este tamaño por la puerta, y antes, con los colchones tirados en el suelo, apenas podíamos movernos. Creo que construyeron los cabeceros al mismo tiempo que la casa. Y yo no puedo permitir que duermas todo el verano en un colchón en el suelo.

Me vi obligada a darle la razón.

—Ya no somos niñas pequeñas —añadió ella, con una sonrisa—, como para contarnos los secretos de cama a cama.

Sagrario y yo siempre compartíamos confidencias por las noches, e incluso la pequeña me hablaba hasta quedarse dormida. Supuse que Irlanda se aburría conmigo. Intentó enseñarme a jugar al ajedrez, porque yo les observaba admirada cuando movían las figuras sobre el tablero, sin vacilaciones, sin dudas en el movimiento que cada una de ellas seguían.

Me sentó a la mesa y me enumeró el nombre de las figuritas, y los senderos que recorrían. Comenzó con una apertura tradicional, pero yo le prestaba poca atención. Me gustaba coger al rey y a la reina negros y fingir que caminaban a la par por los escaques.

—Viven un romance —traté de explicarle a mi prima—. Míralos, en su paseo por el jardín de palacio.

—Es un juego de estrategia, Natalia. Representa un campo de batalla, y las argucias de guerra.

—Pero no es justo que un soldado mate a una reina.

Irlanda se desesperó.

—¿Qué tiene que ver eso con el ajedrez? Mira. El movimiento es éste. Blancas ganan. Si no quieres aprender, no aprendas.

Callé y me imaginé las historias que ocultaban las figuritas, y las razones que albergaban los resentidos alfiles para traicionar a sus antiguos reyes. Irlanda no intentó sentarse conmigo una segunda vez y yo me arrepentí de no haberle prestado más atención.

Eramos demasiado distintas, y pese a todos mis intentos por crecer, ella me llevaba ventaja. Y me asustaba enfadarla, porque no creía que entonces su presencia fuera capaz de mantener a la tortuga alejada de mis pesadillas.

Sus padres se acercaban por la casa cada cuatro o cinco días, y nos traían el correo, y, muchas veces, la comida preparada en grandes pucheros. El tío se mostraba entusiasmado por nuestro trabajo, y mencionaba con frecuencia que merecíamos una recompensa.

—Pocos obreros hubieran trabajado tan motivados y con estos resultados en el tiempo que lleváis vosotros aquí.

—Entonces, páganos —decía Roberto.

—¿Quieres más sueldo que vivir todo el verano aquí sin alquiler y con la comida pagada? ¿Quieres más sueldo?

Roberto entrecerraba los ojos, no del todo satisfecho.

—Es muy fácil que hables de los resultados cuando es otro quien trabaja. Hemos limpiado todo el monte hasta la carretera —mascullaba.

—Cállate, Roberto. Ya te han dejado el coche. ¿Qué más quieres? —decía Irlanda, siempre más razonable, siempre de parte de los mayores.

—La satisfacción del trabajo debería bastarte como premio. No sé cómo no te avergüenza esta escena delante de tu prima.

—Seguramente mi prima no ha reñido nunca con sus padres.

Yo levanté la cabeza, sorprendida al verme incluida. Mis hermanas y yo vivíamos envueltas en la protección de los mayores, sin saber lo que costaban las cosas o lo que debían costar. La nena y yo peinábamos a Sagrario sentadas en la cama y cuidábamos de que nada le pasara. Los

mayores sonreían al vernos, con aire cansado si las cosas no iban bien, o con un poco más de entusiasmo si mejoraban. Controlaba el registro de las medicinas, y me mandaban a comprarlas cuando se terminaban.

En eso consistía nuestro trabajo, y nunca se me había ocurrido que nada pudiera cambiar. La obediencia era sencilla, y permitía una libertad casi sin límites.

—Aprende de las chicas, Roberto. Callan, trabajan y no protestan.

Era cierto. Nosotras no protestábamos, tal y como le gustaba a mi tío, y quizás por eso de alguna manera tuvimos una recompensa. Mi tía nos señaló un día distintos arcones diseminados por el piso alto, cinco arcas como enormes ataúdes tallados y apolillados que contenían ropa vieja. Uno de ellos se conservaba en mi habitación, y parte de la tela de la pared se le había adherido. Irlanda se impresionó con las tallas de la madera del más bonito de ellos.

—Mira éste. Bien lijado y barnizado de nuevo, ¿no quedaría bien en mi habitación? Es del color de mi cama. No me extrañaría que perteneciera a mi habitación en un principio.

Su madre levantó la mano.

—Esto no pertenece a nuestra herencia, Irlanda. Eran de mi hermana y míos. Nos lo dejó mi madre. Guardaba recuerdos de la abuela, de su juventud, pero no creo que ella los hubiera abierto nunca después de cerrarlos, o al menos, no en muchos años. No le gustaba lo antiguo, ni disfrutaba con la nostalgia. Mi hermana y yo los echamos a suertes. Nuestros son el del pasillo, y el pequeño de pino. Mi hermana dejó aquí los otros, pero no los compré con la casa. Si llegas a un acuerdo con Natalia quizás puedas disponer de ellos.

Irlanda hizo un mohín.

—Podemos repartirlos de nuevo.

—Ya se repartieron en su momento —dijo la tía.

—Podríamos comprárselos.

—Si te los quieren vender.

—Pero yo era la favorita de la abuela.

Yo me apresuré a asegurar que si Irlanda quería el arcón no habría problemas en que fuera suyo.

—No le des alas, Natalia. Irlanda debe aprender que no puede salirse siempre con la suya, y que no siempre obtendrá todo lo que quiera.

Irlanda refunfuñó por lo bajo.

—Ya veremos —dijo.

Mi tía no le prestó atención.

—Os doy permiso para abrirlos, siempre que los limpiéis y no los estropeéis demasiado. De todos modos —añadió—, no creo que encontremos dentro nada de valor.

No me acordé de los arcones hasta días después, en una tarde perezosa en que ya no encontrábamos nada que hacer; ella jugaba con el gato, y yo pegaba plantas de lino prensadas en las láminas de mi herbario. En los días anteriores había probado a deshacer las fibras de lino de las plantas de flores azules, pero se me habían podrido al sumergirlas en el riachuelo, y me fue imposible mazarlas, y había renunciado a convertirlas en fibra y el jabón natural, pese a que ya había recogido un cubo de cenizas para blanquearlas; añadí las flores al herbario con un punto de desesperación y continué usando el detergente azul de las cajas compradas.

Entonces Irlanda se deshizo del gato, y se puso en pie, mientras se sacudía los pelos de la ropa.

—Esos arcones… ¿No te intrigan? —me preguntó.

—¿Los arcones? No en especial —dije, distraída—. ¿Qué puede haber en ellos?

—Ropa vieja y polvo, por supuesto. Pero ¿y las amatistas? ¿Y los broches de esmeraldas de los que hablaba la abuela? ¿Y las ristras de perlas que lucían en otros siglos? ¿Qué sería de ellas?

—Irlanda, todo eso debió de venderse hace años —dije, y luego callé, un poco vacilante.

Imaginé las joyas envueltas en terciopelo oscuro, latiendo en silencio entre las ropas, a la espera de un despertar sobre la garganta y los brazos de Irlanda. Entonces yo extendería la mano para tocarlas y se desharían en polvo. Así huirían al otro lado, y Sagrario podría enjoyarse con las piedras fantasmales.

—Pero podríamos encontrar una lámpara con un genio dentro al que pedírselas. Como en los cuentos.

Irlanda amagó un gesto de desesperación.

—Nunca he encontrado a alguien a quien le interesen tanto las historias de los cuentos. A veces eres tan infantil…

Yo pensé con cariño en los personajes de los cuentos, y traté de compensarles por la frialdad que mostraba mi prima. «No os enfadéis —pensé—. Es posible que no os conozca, o que su padre le haya contado corriendo y de prisa los cuentos antes de acostarla y sólo haya pensado en vosotros como en los avisos de la noche. Es mi prima —dije—, y tengo muy poquito de ella. No os la llevéis con vosotros». Imaginé de pronto el resto del verano en aquella casa, con otro fantasma y sin la presencia luminosa de Irlanda para que alejara el mundo oscuro. Irlanda me miraba de hito en hito.

—Natalia, estás en las nubes. ¿Por qué no intentamos abrirlos? —dijo—. No he dejado de pensar en ellos en todos estos días.

—¿Ahora?

—Nos estamos aburriendo como viejas haciendo calceta.

Yo no me aburría, pero recogí las plantas y la seguí. Buscamos las llaves de los arcones entre el manojo de llaves desconocidas y oxidadas que colgaban tras la puerta y que se balanceaban entre chirridos cuando soplaba el viento. Las encajamos una a una en las cerraduras, pero las llaves se doblaban al girarlas, y las auténticas debían haberse extraviado muchos años antes. Entonces nos sentamos en el suelo, agotadas y entre risas, con la espalda contra las maderas y las manos ásperas de óxido.

—Ahora sabemos por qué la abuela no abrió nunca los arcones.

Irlanda se estiró como un gato, y llamamos a Roberto y a Gabriel. Ellos observaron con detenimiento los cierres, y probaron de nuevo todas las llaves, mientras mi prima y yo nos desesperábamos de impaciencia. Roberto forcejeaba con la cerradura; hurgaba en ella con parsimonia con la navaja que le regalé, y luego buscó en una caja de herramientas y extrajo de allí otro manojo de llaves.

—No perdamos más tiempo —dijo Irlanda—. Fuérzalos. No merecen tantos miramientos. De todos modos, nadie va a usarlos.

Por un momento pensé que aquellos arcones eran míos y que quizás yo quisiera utilizarlos algún día. Pero también me podía la curiosidad de la

lámpara maravillosa, y no dije nada, y además las cortinas ondulaban por la ventana abierta, y tuve miedo de que Sagrario saliese de su árbol y asomase su cabeza torturada, curioseando entre los cristales y las maderas tronzadas de la casa moribunda.

Los chicos introdujeron unas cuñas que dejaron muescas en el borde de la madera, y yo temí la reacción de mi tía. Las tapas de los arcones cedieron y los chicos los abrieron con cuidado. Los dos eran ágiles y altos, y pensé que podrían despedazarme, que Roberto hubiera podido en ese momento volverse y abofetearme, y que Gabriel poseía fuerza suficiente como para hundirme la cabeza con el mazo y nadie lo hubiera impedido. Me imaginé fina y acabada como Sagrario bajo la almohada, y con sus manos masculinas de fibras blancas en torno a mi cuello, empujada hacia el camino abierto en los sueños. Vi los nervios de sus brazos en tensión, y casi olvidé los arcones.

Los dos primeros supusieron una decepción. Las ropas aparecían roídas, y en el fondo del segundo encontramos un nido de ratones con los ojos aún cerrados. El gato azulado erizó las orejas. Nos cupo más suerte con los siguientes. La madera era dura, y con herrajes de metal. La tapa saltó en un golpe seco, y las telas se abombaron, como si hubieran estado retenidas más tiempo del que se les destinaba y se ahuecaran con almidón. Parecían cuerpos que regresaran con sus fantasmas adheridos y el mismo aire que habían respirado muchos años atrás. La ropa aún conservaba, junto con el olor a cerrado, hojas de menta seca y bolitas de naftalina.

Allí fue donde encontramos el álbum de la abuela, tan similar a los que aún confeccionaba mi madre, lleno de notas de los días señalados, flores prensadas y pedacitos de encaje como señales de lectura. Irlanda reía, como si tuviera las manos llenas de dulces. Entre las hojas del álbum, la risa aún permanece detenida, como se mantenían las voces en las paredes enteladas, las sonrisas en las perlas sin oriente y la muerte que flotaba sobre la niebla de la noche. El gato se había comido a los ratones y ni nos habíamos dado cuenta de ello.

6

Irlanda y yo mantuvimos nuestra primera discusión al día siguiente, ante los vestidos de fiesta del cuarto arcón. Cuando los descubrimos, las dos habíamos gritado y reído, entusiasmadas. Rebuscamos con furia en el batiburrillo de telas de colores, y los habíamos colgado en las contraventanas, mientras imaginábamos que éramos protagonistas de cuento.

Las amatistas de nuestros recuerdos habían roto su hilera; quedaban dos o tres, desperdigadas por el fondo del arcón, y nos sumergimos en él como buscadoras de perlas, contándolas muchas veces y equivocándonos cada vez. Desplegamos los abanicos, y agitamos el aire con las plumas de pavo. En cada una de ellas nos miraba un ojo azul, y yo volví la cabeza para que no me observaran los párpados inmóviles de los trasgos del abanico. Y encontramos velos de novia, y vestidos con el bordado tenue como una tela de araña deshilachada, y una espada, y una daga con turquesas incrustadas en el mango oxidado.

Mi tía acudió ese día a la casa, y esbozó una sonrisa ante nuestro alboroto.

—Qué bonitos son, ¿verdad? No creí que se hubieran conservado tan bien. Ni siquiera huelen a naftalina. ¿En qué baúl los encontrasteis?

Irlanda estiró el vuelo de uno de los vestidos. Parecía absorta en él.

—¿Qué importa eso? Uno de los baúles apareció lleno de ratones. Será mejor que los dividamos a medias.

—Os dije que prestarais atención a dónde estaban. ¿En qué pensabas, Irlanda? Lo que había en los tuyos te pertenece, y el resto le corresponde a Natalia. Porque espero que no te hayas comportado así con lo que hay en el

resto de la casa. Imagino que lo que habéis encontrado en los armarios y en la casa lo habréis repartido escrupulosamente entre las dos.

Mi prima abrió la boca, sorprendida.

—Pero si la casa es mía.

—Habíamos pactado que si tu prima venía a ayudarte era con esa condición. —Se volvió hacia mí—. ¿No te ha dado nada?

Yo tuve que negar con la cabeza. Mi tía frunció los labios.

—Irlanda, me has disgustado mucho. La codicia convierte a una persona en indigna. No lo habrás aprendido ni de mí ni de tu padre. Si eso es lo que te enseñan en el colegio, habrá que pensar en buscarte uno un poco menos exclusivo y un poco más humano.

Irlanda levantó la cabeza con viveza, pero no dijo nada. Mi tía continuó con sus quejas.

—Quiero que pidas disculpas a tu prima, y que remedies el daño de inmediato.

Ella se acercó a mí, y me pidió perdón con un hilo de voz. Yo aseguré que no había nada que perdonarle.

—Nunca se me ocurriría aceptar nada de todo esto que no fuera mío. Y nada de lo que hay en esta casa es mío. No la riñas. Irlanda se porta muy bien conmigo.

—Me marcho —dijo mi tía—. No estoy de humor. Me habéis amargado el día.

Las dos callamos, con la mirada fija en el suelo, y bajamos a la cocina para guardar la comida y preparar algo de almuerzo. Yo callaba, avergonzada de algo impreciso, del sentimiento de no estar a la altura de su gesto arrogante. Más tarde, cuando yo la imaginaba en la siesta, Irlanda me llamó. Había abierto el cuarto arcón, y acariciaba los tules amarillentos.

—Los repartiremos, por supuesto —concedió—. Es imposible oponerse a mi madre cuando se le ha metido algo en la cabeza.

Yo sonreí.

—Me parece muy bien. Los repartiremos como tú digas.

Irlanda me miró, y creí ver en sus ojos un punto de decepción. Continuó.

—Pero, Natalia, piensa, ¿para qué los usarás tú? Me encantarían estos vestidos antiguos para una fiesta. Este verano me han atado aquí, pero en el otoño me espera otra gala en el colegio, y un baile en Navidad. ¿Sueles ir a alguna fiesta? Pero estos vestidos son estrechos. Mira qué cinturita. ¿Crees que te servirán? Casi no me entran —continuó, colocándose uno ante el cuerpo. Dio varios pasos de baile y luego me miró de arriba abajo, como si calculara mis medidas—. Bueno, tú sabrás. Tú sabrás qué uso quieres darles, si prefieres que se pierdan en el olvido, como antes. Quizás quieras mantenerlos guardados para que nadie los vea. Siempre puedes conservarlos como reliquias.

—Son tan míos como tuyos —le dije, y recogí el álbum de la abuela, que había caído al suelo—. Quizás los vista también algún día. Ya sabes lo que dijo tu madre. De hecho, a mí me pertenecerían dos terceras partes, porque tú no tienes hermanas.

—Qué lástima que ya no viva Sagrario. Así te quedarías las tres cuartas partes con la bendición de mi madre.

Yo retrocedí, estupefacta. La voz de Irlanda había sonado ruin. Se alzaba frente a mí, sonriente y dulce, como siempre, en la venganza a su modo porque no le cediera los arcones. Yo le volví la espalda y la dejé mientras se probaba velos y sombreros. Salí al jardín y comencé a llorar, sentada en uno de los bancos de piedra.

Ella había recibido todo. Era guapa y elegante; la rodeaban dinero y amigas, una madre joven y alegre y hasta un hermano. Y yo no tenía nada, nada más que una hermana a la que no le gustaba quedarse en el cementerio y mis pesadillas con animales que me perseguían, y ahora también quería quitarme esos arcones.

Las nubes de la tormenta se despejaban. Me sequé los ojos y apreté el álbum con fuerza. La rabia me movía a ser injusta. Yo contaba con la pequeña y sus preguntas extrañas. Y con mamá, y con papá, y con el amor heredado de Sagrario, y con el herbario. Quizás aquel álbum lograra entretenerme, ahora que abandonaría por unos días mis plantas. Había recogido ya tal cantidad de ellas que no me quedaban planchas libres, y las restantes estorbaban por todas partes, fuera de casa y dentro.

—¿No podrías encontrar sitio para tus hierbajos en otra parte? Cuélgalos, o dales otra traza. Quítalos de aquí. Quítalos de allá —me pedía Irlanda de continuo—. Tengo miedo de pisarlos y estropearlos. Claro —añadía, para hacerme rabiar— que tampoco creo que se perdiera demasiado.

Las flores se quedaron en la torre, resguardadas de la humedad, y casi todos los días subía a controlarlas y veía cómo el cielo cambiaba de color a cada poco, siempre en huida de las nubes.

—Dedicas demasiado tiempo a los hierbajos —decía Irlanda—. No conozco a nadie a quien le gusten tanto las plantas. ¿Es que no hay nada más que te interese? ¿Leer, por ejemplo? ¿O algún tipo de deporte, o jugar al ajedrez?

Había compuesto aquel herbario durante toda mi vida, desde que a Sagrario le había resultado imposible sostenerse en pie. Yo obtenía las plantas y ella completaba las fichas con los datos de sus libros y en diccionarios. Luego mi hermana perdió el interés, pero continué aumentando la colección. Quedaban pocas láminas de aquella primera época en que las dos juntas trabajábamos; las suplanté por ejemplares más hermosos, o mejor prensados.

Miré a Irlanda, que barnizaba una cajita de marquetería, y luego contemplé el manzano tras la galería del salón. Sagrario no estaba allí, retenida posiblemente por las ramas de los laureles del bosquecillo.

Pensé que tal vez fuera cierto, y me estuviera convirtiendo en un ser extraño, inclinada sobre la prensa, y con mis paseos de loca por el campo. De modo que decidí olvidarme del herbario por algún tiempo y buscar alguna diversión distinta. La voz de Sagrario descendió desde el bosque, con un tinte melancólico: *Dejo el mundo sin poder bailar, sin sentir más besos que los imaginados, sin dar a mi mente más placer que el imaginado en las tardes soñolientas cuando miro hacia las esquinas ocultas del parque*.

Y entonces aparecía aquel álbum. Si Irlanda acertaba, mis errores de antes de conocerla habían sido muchos. Quizás el mundo se rigiese de un modo distinto al que yo imaginaba. Cabía en lo posible que existiese una vida distinta al goteo incesante de los minutos del reloj y las persecuciones nocturnas en círculo de los espíritus, en esos salones en los que las

jovencitas bailaban con pretendientes de verdad, y jugaban con gatos que ronroneaban, y la vida no les asediaba ni les perseguía la muerte.

Una sola vida y ésta será la tuya. Con tus recuerdos, con los segundos que vuelan y las tímidas argucias para alargarla. Y el reloj que no para y que termina en la muerte… Qué horrible, qué horrible.

Existía algo más que el vacío del mundo tras las esquinas que no doblábamos. Si yo había estado equivocada, poca cosa me quedaba ya y resultaba inútil que me aferrara a los recuerdos del pasado. Entonces meneé la cabeza. «Una cosa es renunciar al herbario —pensé—, y otra construir el mundo de nuevo». Me puse en pie y salí del jardín, en dirección al prado.

La tierra de los campos que rodeaban la colina se abría, arada y sanguinolenta, y alimentaba maíz. Más allá de la colina una segadora azul, de ruedas enormes, apilaba hierba amarillenta, tan silenciosa que parecía muy lejana. A un borde y otro del camino se me cruzaron un par de mariposas mareadas que se perdieron entre el trigo, salpicado de vez en cuando por amapolas y acianos. Respiré pausadamente. «Nada de plantas», pensé.

El enfado contra Irlanda se moría. Sabía que esos vestidos ya eran suyos. «Se los regalaré en cuanto regrese —resolví—. ¿Qué me importan a mí esos trapos? Ahora que falta Sagrario ya no me queda nadie más que ella para que me guíe en el camino a la vida nueva. Y será una vida tan nueva y tan feliz que ni siquiera necesitaré ropa, ni comida, ni nada de lo que haya necesitado antes». Me sentí generosa y magnánima y las urracas graznaron, dándome la razón.

El prado se extendía por detrás de la colina cubierta de árboles. Me pertenecía desde que yo lo había descubierto. Era un lugar encantado, y ninguna sombra dañina osaría acercarse, porque había trazado un círculo con una vara de fresno, y además, brotaba un arroyo vivo, y los espíritus no cruzaban sobre el agua corriente.

En aquel sitio mi hermana y yo nos habíamos subido a los árboles y chantajeado a los mayores para que nos construyeran la cabañita, y todo lo que no perteneciera a mi mundo debía quedar fuera. Cuando los mayores se acercaban a vigilarnos nosotras arrojábamos piedrecitas al arroyo, y de pronto ellos se quejaban del frío, o encogían el cuello entre los hombros, y

nos dejaban de nuevo a solas. *¿Duermes, Natalia? Debes de estar dormida. No oigo tu voz, de modo que debes de estar dormida*. Bajo la sombra de los árboles, en la esquina norte, aún quedaban junquillos pálidos y narcisos amarillentos y tardíos.

Entonces di un respingo. En el recodo de la fuente, a la altura del camino, encontré a Gabriel, frente al tronco de un castaño viejo. Me daba la espalda; se volvió y me llamó.

—Se está secando —dijo, y señaló el árbol—. Quedan muy pocos ya. Ahora sólo plantan árboles para madera. —Hizo una pausa y continuó sin mirarme, mientras jugueteaba con un enorme medallón que pendía de su cuello—. ¿Qué es? ¿Un castaño?

—Sí —contesté, con mucha timidez. Desde el disgusto de Irlanda y sus amigas evitaba hablar con él. Se movía como si flotara en el aire, y sus ojos mostraban la fijeza fantasmagórica de los que han participado en los bailes oscuros.

—En estas tierras se dice que por cada castaño muerto muere un hombre.

—No exactamente —rectifiqué—. En los castaños se esconden las almas de los muertos. Y también en los robles, los serbales y los saúcos. Los saúcos son brujas transformadas, y debes pedirles permiso antes de cortarlos, porque de lo contrario sangran, y la maldición cae sobre quien lo corta.

—¿Qué maldición?

—No lo sé. La maldición.

Sabía perfectamente cuál era la maldición, pero no me pareció prudente revelársela a aquel ser cuyos esfuerzos para mantenerse en esta realidad resultaban evidentes. Preferí no mencionar nada y callarme sobre esos temas, o de lo contrario la hueste de espíritus solitarios podría llamar a sus puertas y llevárselo, para incluirlo a él mismo en la danza de la maldición. Pude verlo tras las huellas de los visitantes del otro lado en el rocío de la hierba, en uno de sus paseos matutinos. Gabriel hundió sus dedos en el musgo de la corteza.

—Yo conocía el dicho de otra manera. Cuando murió mi padre, a una de las amigas de mi abuela se le escapó que era en castigo por haber cortado el

castaño que crecía detrás de mi casa. La humedad lo había podrido, y quitaba toda la luz de la ventana de la cocina; pero el caso es que mi padre lo mandó cortar, y una semana más tarde se mató.

No dije nada.

—Otro —repitió él—. Otro castaño seco. ¿Vas a pasear? ¿Regresarás para la comida?

—Sí…

—No te alejes mucho. El otro día mataron una víbora en la revuelta del camino hacia el pueblo.

Me sentí incómoda y continué hacia el prado sin apenas despedirme. Gabriel, con sus cabellos largos y las manos demasiado finas para dedicarlas a los trabajos del campo, se me antojaba escurridizo como un pañuelo de seda, que era sin duda lo que habían encontrado en la revuelta, un pañuelo enroscado y crujiente y no una serpiente de cabeza triangular.

Recordé sus ojos, pero la pupila, aunque sombría, conservaba su forma normal, de modo que el espectro de la víbora no lo había tomado. No aún. «Tendré que advertirle para que no camine en solitario bajo los árboles o se lo llevarán», pensé. Se encaminó hacia la casa. Lo vi acercarse a Roberto desde lo alto de la colina, y juntos entraron en la casa.

Mientras tanto yo llegué al prado. La cancela estaba cerrada y salté tres veces sobre el arroyo y comprobé que el círculo mágico no se hubiera deshecho. Las cosas continuaban casi como siempre, casi como las seguía viendo en los recuerdos. *¿Duermes, Natalia? Te escucho tan lejana que debes de estar dormida. ¿Y sueñas? Cuéntame tus sueños. Hace tanto tiempo que duermo que ya no encuentro tiempo para fantasías. Otro castaño. Otro castaño. No te alejes. He dormido demasiado tiempo*.

Cuando me sentí segura busqué el sitio de la cabañita y corté varios junquillos, pero a pesar de mis precauciones la tranquilidad había huido. Noté algo extraño en el prado. La voz de Gabriel me perseguía, y la curva que formaban sus labios al sonreír se mezclaba con la imagen de la víbora y con los vestidos ceñidos.

Esa idea me llevó a cuestiones más prácticas. El talle de Irlanda podía abarcarse con una mano. Me medí la cintura con las mías, inquieta. Había visto cómo Sagrario perdía peso en la cama, cómo se comía cada bocado

por obligación y se desvanecía hasta la nada, y cada día, después de la cena, yo me sentaba a comer de nuevo, hasta que se me llenaban los ojos de lágrimas, en un intento por mantenerme fuerte, robusta, sana. Me consolaba que el espejo viera la muerte derrotada. Y ahora me vencían los vestidos demasiado estrechos.

Decidí que de momento la muerte se contentaría con Sagrario, y que yo no corría peligro aunque dejara de comer. En todo caso, comenzaban a importarme de nuevo aquellos vestidos. Me incliné sobre el arroyo, pero el agua corría con demasiada velocidad para que me reflejara.

Los mayores habían contado alguna vez que en el arroyo encontraban truchas, pero debieron de inventarse esas historias. No hubo nunca peces allí; en todo caso, alguna sirena de río que se peinaba, o un tritón, con dientes de pez, asomado sobre el agua. Aun así, sería difícil que llegaran hasta allí con objeto de tentar a nadie, porque a los espíritus de los ríos los consideraban mudos y vergonzosos, y a lo más que llegarían sería a robar mi rostro en el agua, y ni siquiera eso, porque siempre preferían los cabellos dorados.

De todos modos, conocía mi rostro aun sin espejo, y por un momento me imaginé mientras descendía de una carroza, con un vestido vaporoso y con un corsé inverosímil. Las dos amigas de Irlanda recogían la cola de tul salpicada de diamantes y trataban de adularme sin atraer la atención de nadie. La fuente del jardín gorgoteaba con agua de violetas, y bajo la luna el palacio relucía cubierto de escamas de plata. Y allí me esperaba el príncipe.

Como un recuerdo muy antiguo regresó la idea de sentarme en un banco con un libro sobre las rodillas a la espera de que alguien se sentara a mi lado, pero me irritó mi incapacidad para distinguir el rostro del amor según Sagrario. Lo único que recordaba era el gesto de alisar las arrugas de sus pantalones. Me senté para invocarlo mejor. Las estrellas y la espuma que rodeaba al amor de los poemas se confinaban en la visión del jardín del palacio, con un príncipe al que, como en los sueños, sólo lograba atisbar los ojos. Definitivamente, el tiempo avanzaba y me alejaba de mi cauce, de mi hermana. Se avecinaba la hora de crecer.

Vagué mucho tiempo por el prado, y a la vuelta, inquieta por la presencia extraña de algo que no era mío en mi universo, arranqué unas

cuantas hojas del castaño y recorrí las nervaduras con los dedos, como si quisiera descubrir mensajes secretos.

7

Irlanda obedeció a su madre, y cuando llegué a casa encontré que ya había separado los vestidos. Incluso mostró la deferencia de incluir en mi lote dos de los más bonitos, en un gesto condescendiente y lleno de gracia. Se había reservado dos velos de novia y todos los vestidos de telas blancas. No disfruté de mi triunfo; me lo empañaba la discusión de la tarde y sentía que no era sino una claudicación por su parte.

Puse buena cara. No me importaba el desplante de Irlanda. En ese momento pocas cosas me importaban. Deseaba que mi entrada en el mundo nuevo de cosas de gente crecida fuera arrolladora y triunfal, y pensé en que me acercaría luego a pedir perdón al anciano monstruo del saúco y cortaría una ramita, y la metería en mi almohada para que me protegiera.

—Si continúas con tus paseos sola, por ahí, te crecerán helechos en la ropa —dijo Roberto.

—No te metas con ella —le contestó mi prima—. También tú sales al monte y no te decimos que volverás con erizos en la espalda.

Sobre la mesa me esperaba una carta de mi madre. Corrí al jardín mientras la abría, casi trizando el sobre, y la leí sentada junto al brocal del pozo, bajo mi ventana, protegida por la masa negra de los laureles de olor asfixiante. El calor movía los aromas con tanta calma como el viento las nubes, y de un momento a otro me envolvían y me dejaban. Mi madre hablaba de la lenta marcha de las cosas, y de cómo el verano había llenado las calles de grillos invisibles, y la pequeña me enviaba un bonito dibujo de una princesa escondida en una torre y una luna monstruosa. Sonreí cuando desplegué el dibujo. Luego continué leyendo y me cambió la expresión.

> La desgracia nos ha llevado de la mano durante demasiado tiempo, y llegó la hora de levantarse y continuar. Este año se te hará duro, y quizás no quieras ni pensarlo; pero creo que debes prepararte para asistir al mismo colegio que Irlanda. Tu tía y yo hemos hablado mucho de ello y pensamos que será lo mejor. En él encontrarás más oportunidades que en el tuyo; su nivel de idiomas no tiene rival, muy bueno, y mantienen un programa de intercambio. ¿No te gustaría estudiar medio año en Estados Unidos? Ya tienes algunas conocidas en él, y sobre todo a tu prima. Aún no sé cómo las preocupaciones no me dejaron verlo más claro antes. Sé que toda mi atención la ocupaba tu hermana, y que, aun queriendo, no hubiéramos podido permitirnos un colegio así. Has sido un ángel durante todo este tiempo, conmigo y con la niña, y créeme que me dolía ver tus renuncias, porque no se me escapa que te hemos sacrificado por tu hermana. Pero ¿podrías echármelo en cara, si estuvieras tú en mi lugar? Algún día sabrás lo que es tener hijos.
>
> Ahora, por mucho que nos duela, ya se acabó, y quisiera resarcirte y mimarte mientras puedo. Un día te marcharás de mi lado y crearás tu propia familia, y ya apenas te veré. ¡Qué rápido crecéis! A veces me engaño pensando que aún eres una niña; se me hace duro aceptar que ahora no me queda más niña que mi pequeñita. Tu carta le hizo mucha ilusión y ahora sólo piensa en escribirte.
>
> Pórtate bien, trabaja en lo que te manden y observa de cerca a Irlanda. Estoy muy contenta de ese cambio de colegio. Nada me dolía más que presenciar cómo mi sobrina se convertía poco a poco en una señorita, mientras mis niñas se hacían mayores antes de tiempo, soportando cargas que de nadie dependen. Llámanos en cuanto puedas. Tu padre te manda un beso, la pequeña un dibujo, y yo todo mi amor.

Mi madre, tan afable y resignada. El mundo ya no pertenecía a las personas como ella. Hubiera debido nacer en el tiempo de su abuela, en que las damas tocaban el piano y redactaban esquelas, y repartían pan entre los desarrapados. Sus manos blancas, su melancólico aire señorial no encajaban en la realidad en la que las cosas cambiaban demasiado de prisa, y no bien se aprendía una cosa se hacía vieja, sino más bien en las telas suaves de los arcones.

Oscurecía, y los atardeceres ya no se encendían como los de la semana anterior. Los matices violeta teñían lentamente las nubes. Respiré a pleno pulmón el olor de los laureles y supuse que ningún espíritu podría vivir por siempre en esas ramas aromáticas sin volverse loco, de modo que me consideré a salvo allí aunque avanzara la noche.

Intenté decidir si la noticia de que acudiría al colegio de Irlanda era buena o mala. Aquellas muchachas no me habían atraído. Las chicas de mi colegio también se preocupaban de temas insípidos y no sabían sentarse a tratar sobre los temas serios de la vida. Luego recordé que en el prado había optado por los bailes y los vestidos de princesa; correspondían a aquel

ambiente, con aquel chico cuyo nombre no recordaba que llevaba un prendido con una rosa blanca.

Entonces vi que Gabriel caminaba hacia mí y me inmovilicé. Quise esconder la carta, o aparentar naturalidad, al menos. Era la segunda vez en ese día en que se me acercaba. «Puede ser uno de los espectros —me dije —. Ha tomado su forma porque le es imposible la lucha contra el olor de los laureles». Se sentó en el otro lado del pozo, frente a mí. Yo le miré de reojo. La filigrana de metal del pozo enmarcaba su cuerpo.

—¿No tienes hambre? Hemos cenado sin ti, y casi no te hemos reservado nada.

Negué con la cabeza. Él se inclinó hacia mí por encima del pozo y yo me eché hacia atrás, asustada. Recordaba su fuerza y la repentina tensión de sus brazos cuando empuñaba el mazo, y sentí de nuevo miedo a morir, y prometí que no dejaría de comer, y que regresaría al prado y cruzaría el arroyo las veces que fuera necesario. *Estás dormida. ¿No recuerdas? Duermes profundamente*. Él sólo había recogido el dibujo de la carta y lo observaba con una sonrisa.

—Me lo ha mandado mi hermanita —dije yo, aliviada.

—¿Eres tú? —preguntó. Alejó el dibujo de su cara y lo comparó conmigo—. No; tu pelo es más oscuro. Se parece más bien a Irlanda.

—Sólo tiene cinco años, pero es tan modosita y tan formal que parece una persona mayor.

—Los niños dejan de serlo al contacto de la enfermedad y la muerte. No sabía que tuvieras una hermana pequeña. Sólo me habían hablado de Sagrario.

Me volví hacia él. En todo el tiempo de mi estancia allí, nadie había mencionado a mis hermanas, ni me habían preguntado por ellas, excepto el comentario hiriente de Irlanda esa mañana. Sagrario surgió de nuevo, medio escondida tras la maleza y los castaños del bosque. Gabriel miró alrededor, pero pareció no verla, y me tranquilizó comprobar que su extraña mirada no se debía a que se asomara a través de las ventanas del mundo oscuro.

Sin embargo, nada más fácil que imaginarlo en la noche, en un vagar eterno, con una sonrisa helada en la cabeza que portaba bajo el brazo, un rastro de sangre tras él que alertara de su muerte a quien lo encontrara.

Encontré presagios tristes en el camino, madre, y aún no sé si vivo o muero, tarareé. Era una vieja canción.

—Cuando Sagrario murió yo creí que la nena no lo comprendería. En el funeral jugaba con las flores cosidas al paño que cubría el altar. Mis padres esperaron preguntas, o que imaginara que estaba dormida. Pero lo entendió todo, y recuerda perfectamente quién acudió al entierro y quién no, quién le dejó flores y quién no. A veces la dibuja tal y como la vio en el velatorio, tendida y enflaquecida; la primera vez que enseñó uno de esos dibujos mi madre se echó a llorar, y yo traté que creyera que hablábamos de un ataúd de cristal y de una princesa dormida.

—Os destrozaría el corazón.

Vi de nuevo la expresión horrorizada de mi madre ante mí y afirmé con la cabeza. Sagrario levantó el brazo y me saludó con la mano, aún a distancia. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y me llevé la mano a la cara. Me dolía el pecho, como cuando comía algo muy amargo, o cuando estaba a punto de romper a llorar, pero no me encontraba del todo segura de que se debiera a mi hermana.

Giré sobre mí misma y fijé la mirada en el agua del pozo, que olía a humedad, al cuerpo escamoso y mojado que despedía la tortuga de Sagrario. Gabriel no intentó consolarme. Escuchaba con comprensión, como quien oyera algo muy lejano, algo que no le afectara en modo alguno. Con esa misma serenidad, mi madre había visto lamentarse a los demás en el entierro, con su vestido negro de cuello subido y la crucecita de oro sobre el pecho.

—Yo tenía poco más de siete años cuando cortaron aquel castaño. Recuerdo que jugaba junto a él, y que veía el tronco infectado con unos gusanillos blancos que se ocultaban en agujeritos. Mi padre se disparó un tiro en la cabeza tiempo después. Jugaba con mi mecano cuando escuché el ruido. Lo creí un petardo que hubieran escondido en el hueco de una pared, y que se hubiera llevado el ladrillo en la explosión. Los petardos podían hacer eso; me lo habían enseñado la semana anterior. La gente corría por la casa, dejaban toallas llenas de sangre sobre la alfombra, llamaban a una ambulancia y lloraban a gritos, sin prestarme atención. «Debe de haber muerto alguien», pensé. Cada vez me encontraba más gente, más ruido, más

sirenas de ambulancias, más sangre que nadie se preocupaba por ocultar, más llantos a gritos, y nadie se acordó de hacerme saber que mi padre había muerto. Me aferré a los barrotes de la escalera y los subí sentado, uno a uno, hasta que llegué de nuevo a mi habitación, y jugué con el mecano hasta que vinieron a por mí.

Su voz resonaba un poco, de vuelta del eco del fondo del pozo. Esa noche la luna se asomaría al agua y esmaltaría las palabras de Gabriel, y al día siguiente las encontraría suspendidas frente a mi ventana, plateadas y nítidas como pompas de jabón. *¿Duermes, Natalia? ¿Estás segura de continuar despierta?* Era posible que alejaran a los trasgos y que no entraran en mis pesadillas. Pero también entraba en lo factible que no dejaran que la tortuga saliese, si ya había alcanzado mi habitación.

—Esa mañana yo le había pedido que luchase conmigo. Me prometió el coche rojo que yo ansiaba por mi cumpleaños, y me había levantado en vilo, hasta que me colocó a horcajadas sobre su cabeza. Me aferré a su pelo. Muchas veces he tratado de imaginar qué pasaría por esa cabeza para destrozarla de esa manera. También yo siento que a veces no puedo controlarla, pero me invade el pavor ante lo que pueda encontrar al otro lado. ¿Y si no hay nada? ¿Y si de pronto, después de nuestros esfuerzos en este mundo, encontramos un comienzo en otro, nacemos de nuevo, crecer, descubrimos ese mundo y entonces nos matamos porque no lo soportamos, y renacemos otra vez aquí?

Entendí que a Sagrario le agradara.

—Yo no creo en otros mundos fuera de éste —dije—. Creo que todo se concentra aquí; que la vida se acaba y comienza aquí, que se repite múltiples veces, y que nada es tan complicado como parece. A menudo me asalta la sensación de que atravieso algo ya vivido y que me encuentro en caminos que ya he andado, como si repitiese una y otra vez la misma historia.

—Ojalá yo pudiera pensar de ese modo. Nada después de este mundo, una existencia simple y luego el descanso.

Yo no había mencionado nada de un descanso, pero él ya me había malinterpretado tanto que no merecía la pena explicarle nada de nuevo. Quizás, a pesar de todo, fuera un mensajero del lado oscuro y me estuviese

poniendo a prueba. Parecía humano, pero la línea de sus labios era demasiado fría, y un reflejo tétrico aureolaba el herraje del pozo.

—Es triste la niñez en las proximidades de la muerte —dijo al fin.

Su sombra caía a mis pies; él miraba hacia el bosquecillo, y en su cuello se destacaba la misma suave tensión que percibía en los miembros de Irlanda, en los de todas las personas muy esbeltas. Me sostuvo la mirada de nuevo, y con la mano extendida me marcó el camino hacia la casa. El pozo no se parecía a una fuente con olor a violeta, ni había luna aún, pero yo ya había soñado eso.

Comí muy poco. Irlanda, quizás con la conciencia aún ocupada por la riña de la mañana, me preguntó si me encontraba bien. Yo asentí, y culpé al calor.

—Nos cocemos a fuego lento, y mañana hará aún más calor —dijo Roberto—, pero Irlanda ha tenido la idea de cenar por la noche en el salón de la galería. Allí correrá el aire. Quizás ceda el bochorno.

—La comida de mi madre aún está recién hecha —explicó Irlanda, muy animada—. Quiero engalanar la mesa como en una fiesta de etiqueta. Algo así como la decoración que hubiese deseado para la gala de primavera, que resultó tan cursi y acartonada. Con muchas flores y mucho oro, y todos los cristales relucientes y los suelos encerados.

Me gustó que de pronto las cosas salieran como yo quería, y que los bailes comenzaran tan pronto. Por la mañana, cuando Roberto comprobaba trampas e Irlanda aún dormía, tracé con una varita de fresno un círculo alrededor de la casa. Así seríamos libres para abrir los cristales de la galería y ninguna sombra se asomaría. Sólo permití un pequeño hueco en el que coloqué una rama de laurel, para que Sagrario se colocara encima y pudiera espiarnos desde fuera de la casa, con su cara de cera suspendida en la oscuridad.

El día pasó muy rápidamente, porque restaba mucho por hacer. Buscamos velas y candelabros, y limpiamos la araña central, tan vieja ya que tenía poco arreglo. Irlanda colocó uno de los sillones fraileros sobre la mesa y subió encima para pasar un paño a los prismas de la lámpara. Se le desprendió una hilera, y la tira de lágrimas de cristal se desparramó sobre la

mesa, y comenzamos de nuevo, porque el gato se había colgado de ellos y no había manera de convencerlo para que los soltara.

Roberto trataba de arreglar el reloj de cuco que yo recordaba siempre parado. Remendó el fuelle y probó a moverlo con el dedo. El sonido del cuco nos persiguió durante toda la tarde, hasta que las horas se correspondieron a la apertura de ventanitas del cuco. Las dos nos precipitamos para verlo.

—Es muy gracioso —dijo Irlanda—. ¡Qué pena que nos falte música!

—Canta tú algo —dijo su hermano—. Si no hace mucho frío, saldremos afuera y podremos dar un paseo en mitad de la noche.

Para el mediodía nos sentíamos agotadas, pero bastante orgullosas de nuestra labor. Sobre la puerta que comunicaba con el pasillo habíamos colgado dos telas antiguas, bordadas con oro e hilos verdes. Habríamos encendido la chimenea, pero el calor apretaba tanto que nos conformamos con papel de plata arrugado, unas llamas fingidas. Adornamos la mesa con centros de manzanas rojas, musgo y hojas grisáceas de eucalipto, y los cuatro sillones de respaldo alto se encontraban dispuestos alrededor. Irlanda y yo colocamos los platos, y una sorpresa envuelta en cada servilleta; una figurita, un pastillero de porcelana, un pañuelito de encaje…

Gabriel trajo entonces dos candelabros de plata renegrida de diez brazos, aunque uno de ellos sólo conservara nueve. Los había encontrado en su habitación, pero desconocía cómo limpiarlos. Al dármelos, me retuvo un momento de la mano.

—No te he devuelto el dibujo —dijo, en voz baja, y me deslizó el papel con la princesa en la torre en el bolsillo de la bata.

Se alejó, y reparé de nuevo en la tensión delicada de la nuca. Le seguí con la mirada un momento. Entonces me sobresalté. Irlanda me observaba con la cabeza ladeada y aquellos ojos huidizos que había aprendido a velar con las pestañas. No dije nada. Froté con sales los candelabros, y los envolví en enredadera verde. El cuco dio las nueve y media, y súbitamente, anocheció.

Entonces corrimos a vestirnos, y yo saqué agua del pozo para lavarme la cara y conseguir los colores rosados del frío. En la maleta guardaba aún el vestido verde de Sagrario, con el cuello de encaje marfil e incrustaciones de

pasamanería. Lo había lucido en una entrega de premios, un año antes, con el vuelo amplio para que no pudieran ver sus piernas. El espejo neblinoso me reflejó, verde y temblorosa, como si me inclinase sobre agua o metal. *¿Duermes?*

Irlanda apareció en la cena con un vestido blanco del arcón. Parecía, en medio del salón recién salvado, una muñeca antigua. Yo abrí la boca cuando entró y le dirigí una débil mirada de rencor que rechazó, orgullosa. Sonrió a Gabriel, y él, que mordía su medallón verde, parpadeó un momento, sorprendido. Se sentó en una de las cabeceras y ya nadie miró para otra cosa que no fuera a Irlanda aquella noche.

Sus manos aleteaban mientras comía, y se mostró aguda y risueña, tan amable conmigo como podría haberse mostrado mi propia hermana. Cantó cuando se lo pedimos, con una expresividad y un gusto conmovedor. Nunca antes la había escuchado. Abrimos una botella de vino y brindamos en su honor, aunque ella se negó, con modestia, a cantar de nuevo.

El gato ronroneaba a sus pies, y alzaba la cola azul de vez en cuando, con abrumadora calma. Yo me sentí aparte, extraña, culpable. El vino me había desenmascarado las ganas de llorar. «Irlanda no tiene la culpa», me decía. Era como era. Espigada como un junco, gentil, perfecta. Era mi prima, y todo lo que yo tenía. Me repetía esto sin cesar, mientras sonreía como un autómata, aunque mis sonrisas no atrajeran ya la mirada de brillo misterioso de Gabriel.

El verano nos ofrecía las estrellas más hermosas, pero me pareció que brillaban en un ángulo nuevo, deformado, un deambular sin rumbo que estremecía la piel ya habituada al calor constante y desolador de aquellos días. «Quizás, pese a todo, esto no sea más que un sueño». Con el fondo de la noche, los cristales de la galería reflejaban el resplandor de Irlanda y la transformaban en un hada que flotaba en la oscuridad.

Escudriñé en las tinieblas, esperando ver a Sagrario, pero mi hermana me había abandonado en danza con los espíritus de su cortejo, y me había dejado el reflejo de Irlanda en su lugar. El reloj de pared había rejuvenecido su mecanismo, y el cuco sólo se asomó a vernos dos veces. Pero nunca hasta entonces una noche me pareció tan larga.

8

Irlanda dominaba a la gente a su antojo, y tras esa noche, segura de su control sobre todos nosotros, ya no buscó mi compañía con tanta frecuencia como antes. Nuestros caminos se separaron, aunque sin duda debiera haber sido yo la que correspondiera a su amabilidad y a sus esfuerzos de todo el verano y mi obligación hubiera sido correr tras ella.

La imagen de aquellas extrañas amigas, tan sometidas, me lo impidió. Prefería el abandono y la soledad, dos sensaciones que ya conocía, a adentrarme en el campo de atracción de Irlanda, del cual nadie parecía a salvo; y me aterraba repetir alguna vez aquel gesto de la sensata amiga morena, que elevaba sus hombros liberados al dejarnos.

De modo que yo, rechazada por decisión propia, me distancié del camino que llevaba al nuevo mundo que aún anhelaba en silencio. Adelantaba poco trabajo. Vagaba ociosa todo el día, y ya no me interesaban las plantas. Sola en mi habitación, me acodaba en la ventana sobre el pozo, sentada en uno de los arcones de la discordia, y me aislaba de lo real. Las nubecillas volaban por el cielo, cada vez menos rojo y más violeta.

Percibía con desaliento cómo nos cercaba el otoño. Mi tiempo de destierro acababa; regresaría a casa y todo habría sido un sueño hermoso y amargo. Un verano que podría recordarse en un instante, en una hora, en unos pocos días robados a la vida que se avecinaba después y nada más.

Mis primos aparecían a lo lejos, en paseos sin prisa, y a veces Irlanda reía y dejaba caer la cabeza hacia atrás, y yo me retiraba de la ventana, con el consuelo de que al menos Gabriel no estaba con ellos. Quizás caminaba por el bosque, en busca de castaños a los que salvar, y pensaba en una manera de abrirme el corazón. Podríamos vivir para siempre en la vieja casa

del campo, con una verja de hierro forjado que rodeara las tierras y nos liberara de las acechanzas de los malos seres. Y seríamos tan felices, tan felices…

A veces, cuando mi tía se acercaba a la casa y me sorprendía, se enfadaba conmigo porque no salía al sol.

—¿Qué le voy a decir a tu madre si regresas a casa pálida y delgaducha? Sal a correr y salta por ahí fuera, al sol, como un lagarto. Cuando regreses de las vacaciones has de haber ganado peso, y te quiero morenita y guapa.

Y entonces Irlanda, con una sonrisa, me invitaba a unirme a ellos. Su hermano ya no discutía con ella y la miraba con arrobamiento. Él se parecía a su padre e Irlanda a su madre, y sin embargo, en ocasiones, por un gesto, se convertían en gemelos, aunque a Roberto le faltase el encanto de su hermana, la calculada gracia de sus movimientos. Cuando hablaba dejaba la frase un momento en el aire, en suspenso, hasta que una palabra, o un gesto imperceptible de Irlanda le mostraban que estaba de acuerdo con él, y finalizaba la frase con una seguridad que antes le faltaba.

La limpieza había finalizado hacía días, y esperábamos a que mis tíos regresaran de sus vacaciones de dos semanas. Las tardes morían sin drama, violáceas, y nos aproximaban la época de la siega y la recogida de la hierba. Las máquinas tragaban la hierba y la devolvían empaquetada en ruedas que tapaban luego con plásticos negros. La hierba se pudría muy lentamente y apestaba, pero los animales no la rechazaban, y el trabajo terminaba en dos o tres días. Yo recordaba la época en la que aún había carros de bueyes, y en los que un eje chirriante se escuchaba en la distancia, cuando la hierba se llevaba de camino a casa atada con cuerdas; y le dedicaba cierto rencor a las máquinas rojas, rencor por robarme el pasado.

Un jueves soleado Roberto me obligó a dejar mi habitación y a acompañarles al prado, con un gesto imperativo tan calcado al de su hermana que casi resultaba paródico. Irlanda deseaba desde hacía tiempo que recobráramos los lugares de su niñez, y ellos no me dejarían sola en casa.

Gabriel e Irlanda nos esperaban en el jardín, Irlanda con una sombrilla que en ella resultaba adorable y en cualquier otra hubiese parecido grotesca,

y dos grandes rosas, una purpúrea y otra blanca, en las manos. Me prendió una en el pelo, pero ella conservó la suya entre los dedos, y allí se mantuvo, fresca durante horas.

El prado, su última invasión, les pareció mágico y sombrío, un recuadro verde en el sol, y se extrañaron de no haberlo descubierto antes. Los junquillos se habían agostado, y ahora florecían violetitas escondidas entre el trébol, y escaramujo entrelazado con las zarzas, y, de vez en cuando, el azul añil escandaloso de las gencianas.

—Yo he estado antes aquí —dijo Irlanda, como si olvidara por un momento que la razón del paseo era el regreso a los sitios en los que todos habíamos jugad antes—. En este arroyo pescaba truchas mi padre, cuando yo era muy pequeña, y luego me construyeron una casita con la madera que sobró del arreglo del granero.

Irlanda avanzó con aire indolente hacia los restos de la cabañita, y ante mi sorpresa, Gabriel se incorporó y fue tras ella. Se sentaron aparte y nos olvidaron. Busqué alguna excusa para volver a casa, pero Roberto me retuvo, y me preguntó el nombre de cada una de las hierbecitas que nos rodeaban. Yo les espiaba de reojo. Irlanda se llevaba la rosa blanca al rostro y escondía la nariz en ella. Gabriel sonreía de forma lánguida, como casi a su pesar. El sol creaba bordes de oro en torno a su perfil; la nariz recta, la boca sobrenatural y una mandíbula dulce. El resto de su cuerpo permanecía en la sombra.

Los hombres siempre se enamoraban de muchachas hermosas, pero Gabriel me había hablado de la sangre de su padre, y de nacer y morir incontables veces en los mundos, y si se frotaba los ojos con las semillas de los helechos vería a mi hermana reclinada sobre mi hombro, observándome con curiosidad mientras yo contestaba con mi voz de siempre a las preguntas de mi primo. Me sentí algo más segura.

Irlanda trató de plegar la sombrilla y Gabriel se la quitó para cerrarla él y evitó que se pellizcara con las varillas. Entonces la seguridad se fue por donde había llegado y me cubrió un manto rojo. Deseé que mis manos contuvieran la fuerza de los chicos para romper mi vida y hacerla polvo.

Al fin, Roberto bostezó, con los ojos entrecerrados de aburrimiento, y nos dirigimos hacia la casa. Irlanda arrojó la rosa en medio de unas zarzas y

yo la escondí en mi bolsillo. Gabriel no se mostró amable con ella en lo sucesivo. Subí a la torre y prensé la flor, con tanta rabia como podían contener mis dientes apretados. Las urracas se removieron en los cables eléctricos, con un fastidio ejemplar.

Mientras cenábamos, Roberto garabateó una lista de las cosas necesarias del pueblo. Nos habíamos quedado sin comida. Hasta que mis tíos no regresaran, viviríamos de lo que cocináramos y de la fruta del huerto. Sometió la lista al criterio de Irlanda, y añadió huevos y dos pollos.

—¿Quieres que vayamos mañana? —preguntó Irlanda.

—Tú controlas mejor que yo lo que queda en la cocina. Pero ya sabes lo que dijo mamá de los bocadillos.

—No vamos a alimentar a la primita sólo de tonterías —dijo ella, con su voz de los primeros días, tan pura y dulce—. Iremos mañana, y en dos horas resolvemos el trabajo de la semana. Si nos vence la pereza, no haremos nada de provecho. Y no quedan latas para el gato.

—No le va a pasar nada porque coma de nuestras sobras.

—Eso es lo que tú crees. Además, debemos llamar a mamá.

Yo sonreí para mí, porque eso suponía que Gabriel y yo nos quedaríamos a solas toda la mañana, y antes de dormirme planeé cómo encontrármelo y qué decirle. Prepararía una ensalada mágica con hojas de capuchina y aceite de rosas que crecieran en una pared al este y me lo llevaría a comer al prado, y allí continuaríamos nuestra charla sobre los otros mundos en los que naceríamos, de los que nada sabían las muchachas bonitas de cabellos claros. Entonces los carros de bueyes aparecerían de nuevo, se convertirían en una carroza cegadora y regresaríamos al jardín del claro de luna.

Y viviríamos en la vieja casa del campo, caminaríamos bajo las ramas oscuras del bosque para preguntar cada noche a los viejos espíritus del bosque por nuestra vida. Escucharíamos el canto de los pájaros ocultos, y una mañana me sorprendería con una jaula dorada y un pajarito de vivos colores. Seríamos tan felices, tan felices. Nos sentaríamos cada noche junto al fuego, hasta que envejeciéramos tanto que se nos acabaran las palabras y sólo el pajarito cantara.

De pronto me aterró aquel silencio entre nosotros. Quise gritar y llamar a Gabriel, pero sus manos apenas envejecidas continuaron tranquilas sobre el sillón, atentas sólo al canto del pájaro, tan absorto que no notaba cómo el silencio y la distancia retorcían las paredes de la casa vieja y nuestra dicha, como una fotografía que se quema. Respiré. Prepararía una ensalada mágica con hojas de capuchina que comeríamos en el prado, y allí charlaríamos y el silencio nunca se atravesaría entre nosotros.

Pero Irlanda se acostó tarde, y amaneció con jaqueca. Roberto me lo contó preocupado, con el aire estremecido de quien no soporta el sufrimiento, y me pidió que le acompañara al pueblo. También mi madre me había legado jaquecas, y sentí pena por ella, porque el día era espléndido y el dolor casa mal con las mañanas alegres. Subí las escaleras y golpeé en la puerta de su habitación.

—Pasa —oí.

Era la primera vez que me permitían la entrada en el reino privado de Irlanda, y me deslumbró la luz. Las paredes, de un verde agua descolorido, retenían el sol y a mediodía el espejo del armario se desbordaría. Irlanda había colocado un tul blanco sobre su cama, a modo de mosquitero, y un reclinatorio de la capilla que habíamos desechado por apolillado, y sombreros adornados con flores de trapo y cintas de terciopelo en lugar de crucifijos.

—¿Jaqueca? —le pregunté en voz baja.

—Migraña —dijo ella—. A veces, en el colegio, me ataca tan fuerte que creo que me desmayo.

En una vitrina bajita guardaba la sombrilla de puño de nácar, bomboneras y cajitas de plata, y todas las pequeñas chucherías que arreglaba en las horas de la siesta. El arcón que le gustaba servía de mesilla, y un ramo de espino albar y de lirios dejaba caer un pétalo sobre él de vez en cuando.

—¿Necesitas algo? —le pregunté.

—Cierra las contraventanas, por favor —pidió—. Roberto las ha dejado abiertas, y quiere que me levante, pero él no entiende que prefiero dormitar, así, en penumbra.

Me senté en su cama y le cogí una mano.

—Tu hermano sale ahora para el pueblo. ¿Prefieres que me quede contigo? ¿O que te compremos cualquier cosa?

Ella negó con la cabeza.

—No, muchas gracias. Sólo quiero estar sola y en silencio. Debió de darme demasiado sol en la cabeza ayer.

—Cuando vuelva te haré una infusión con muérdago, salvia y tilo. Ya verás como te hace bien.

—No olvides la comida para mi gato.

La dejé en el cuarto a oscuras, y cerré la puerta con cuidado. Roberto me llamaba, y corrí a por mis zapatos. Mi cuarto apareció, crepuscular y húmedo, y me detuve un momento con la mano en el pomo, acongojada. Me descalcé con dos puntapiés, y abrí la ventana de par en par, mientras agitaba los brazos para que el olor a química del repelente de insectos se marchara con las medicinas de la agonía de Sagrario, las almohadas culpables. «Esta tarde —pensé— me consolará la puesta de sol». Roberto apretó la bocina, ya irritado, y bajé las escaleras.

El pueblo conservaba la tristeza que aun en los días de verano mantienen los lugares lluviosos. No encontré casas nuevas en la calle única, aunque Roberto me aseguró que más hacia la iglesia planeaban construir un barrio entero; su padre había comprado, hacía algunos años, la vieja casa del médico.

—Será la siguiente que arreglemos —dijo Roberto—. La venderemos cuando el pueblo crezca.

Me la señaló con el dedo, una hermosa casa estrecha y alta, blanca y canela, con azulejos bajo el alero y una palmera polvorienta tan alta como la casa. En una de las ventanas quedaba un tiesto verde abandonado. Como en nuestras paredes tapizadas, las voces se habían apagado, y los muebles parecían fantasmas bajo las fundas blancas.

Roberto calculaba en voz alta el precio que le darían los años, y lo imaginé haciendo lo mismo con la casa del campo, midiendo con zancadas la longitud del salón y decidiendo con su padre si dividirían el jardín o lo venderían en el mismo lote. Nos desviamos hasta la parte trasera de la tahona, y cuando ya entrábamos en el horno miré hacia atrás. La calle desierta se iluminaba a intervalos por la cruz de neón verde de la farmacia.

El tiesto esmaltado, empequeñecido en la distancia, me observaba con aire digno y triste.

Compramos harina, carne, leche, chocolate, tres docenas de huevos, dos pollos, aceite y una bandeja de pastelitos de a bocado, que le gustaban mucho a Irlanda. Quizás el pueblo resucitase los domingos, cuando caminaran en hilera hacia la iglesia, pero en la mañana que comenzaba a nublarse sentíamos la necesidad de carraspear y caminar con pasos fuertes en los comercios y esperamos a que se asomasen los dueños. Desconfiaban de los pesos modernos, y comprobaban las cuentas a mano, y envolvían las cosas en papel de estraza, las esquinas minuciosamente dobladas. Retenían luego los paquetes contra el corazón antes de dárnoslas. La gente del pueblo siempre nos había odiado.

En otro tiempo, la misma época de las amatistas de brillo ya apagado y los velos de novia salpicados de hilos de plata, en que mi familia se trasladó al campo por primera vez. Primero llevaron a hombres del pueblo para que levantaran las paredes de la casa de verano, que construyeron con rudimentarias plomadas, y arrastraron piedra desde las montañas para elevar las ojivas de la capilla. Los capataces de mi familia visitaban las obras a caballo, sin ojos más que para los muros que se elevaban despacio, siempre demasiado despacio para su gusto. Hincaban los talones al caballo y daban media vuelta, envueltos en las miradas de admiración de los hombres del pueblo.

Pero entonces llegaron ellos, los altivos miembros de la familia, y entre todos la más arrogante, Hibernia la Bella, una mujer cruel y rígida, que vestía tiesos trajes negros de amazona, y que recorría sus tierras como un hombre, y calzaba unas espuelas erizadas en sus botines de charol. Se reía de sus pretendientes, mantenía una soltería insultante en una mujer tan hermosa, y no vacilaba en castigar con la fusta a hombres y caballos. Las mujeres de la familia, envueltas en sus velos para que no las viera el sol, murmuraban de ella cuando la veían llegar al atardecer, despeinada y con los labios prietos.

El verano pasó y la casa del campo quedó abandonada. La familia partió a la ciudad, en su huida del aburrimiento de la lluvia eterna, y los amantes del pueblo se daban cita en los jardines de la casa. Las palomas, que nunca

acabaron de asentarse en los agujeros redondos del palomar, agitaban las alas al rozar los tejados en los que no se posaban.

Hibernia la Bella regresó de improviso, una mañana de invierno. En un cobertizo había pasado la noche un muchacho del pueblo, un ladronzuelo de gallinas que le salió al encuentro. Hibernia le abrió heridas en los hombros y la espalda, a latigazos. Nunca se supo por qué mereció el muchacho ese castigo. Tal vez su sangre se encrespó al ver un extraño en sus dominios; jamás lograron que revelara lo que ocurrió. El pueblo se unió contra los señores, y se encerraron en un silencio hostil e irreductible.

La familia casó pronto a Hibernia, contaban que contra su voluntad. En una ocasión, cuando ella era una anciana de cabellos blancos que conservaba su mirada pétrea e implacable, se la vio de nuevo en la casa. Recorría las ventanas de una en una, los ojos perdidos en la distancia que las colinas le ocultaban.

Nosotros no podíamos luchar contra las historias; esperamos con paciencia a que nos atendieran, a que finalizaran los exasperantes ataditos de papel plegado y nos pidieran el dinero. Llamé a mi casa. Esperé tres pitidos y colgué. Volví a marcar, y al llegar al séptimo pitido colgué definitivamente. Hubiera sido imprudente arriesgarme a una tercera vez, tan indefensa en la cabina en mitad de la calle, y con Roberto apoyado contra ella, fumando y aburrido.

—Lo más probable es que hayan salido de compras con la nena.

Recogimos el correo, vi una carta de mi madre y dos para Irlanda, y emprendimos el regreso.

Yo observaba el rostro de Roberto, y cada vez me resultaba más extraño. Sólo sabía que aparentaba placidez y calma, que sonreía por todo y que prefería que la paz se espantara antes que dar su brazo a torcer. Encajaba con el perfil de quien se sentaría en un parque a aspirante del amor de Sagrario, de modo que quizás pudiera convertirse también en mi amor.

Lo imaginé años mayor, muy parecido a su padre, quizás con bigote, como él, especulador, olfateando ocasiones como un perro o un buitre y atesorando aún más el resentimiento del pueblo mezquino y envidioso.

Entonces me arrepentí de juzgarlo con tal dureza. Parecía preocupado, y me acordé de Irlanda y su migraña.

—¿Sabes cocinar? —preguntó, de pronto.

—Muy poco —dije yo.

—Sí que estamos arreglados —musitó él, y su pliegue de preocupación se intensificó.

Yo miré al suelo y no levanté la vista en todo el camino.

Había refrescado, y me froté los brazos para entrar en calor. El aire se llenó de plomo frío, y muy lejos, sobre las montañas del este, brillaban los relámpagos que torturaban a las aldeas de las montañas. Las ovejas dejadas a la intemperie, como era la costumbre, balaban como plañideras, acurrucadas en manchones desdibujados bajo la amenaza de los engendros de la lluvia.

Las contraventanas de la casa permanecían abiertas, y subí a la habitación de Irlanda con dos pastelitos. Llamé antes de entrar y esperé. Abrí la puerta con cuidado, pero Irlanda no estaba allí. Me arrojé de espaldas sobre la cama, y entonces recordé que tampoco había visto a Gabriel. Bajé tan de prisa que me golpeé contra la baranda y se me saltaron las lágrimas. Los hombres preferían a las muchachas hermosas. Y mientras yo desperdiciaba la mañana en el pueblo, Irlanda fingía un dolor de cabeza. Aquella luz en su habitación, tanta claridad… *Vigílalos de cerca, porque te robarán tu herencia trozo a trozo, y te quedarás sin nada, y yo poco más he de durar*.

De pronto aquello se había transformado en la pesadilla, y yo corría, huía de algo tan oscuro como la tortuga y que se encontraba en algún punto indefinible. Di la vuelta a la casa y encontré a Roberto apoyado contra la cerca de los establos, de charla con Gabriel.

—A Natalia no le gustará —decía mi primo.

—Se me había olvidado.

—¿Qué es lo que no me gustará? —dije yo, con una sonrisa forzada. Me temblaban los labios, y el corazón galopaba más allá del estómago.

—Los hombres que cultivan los campos de tus tíos han traído una vaca. Esperan que nazca el ternero uno de estos días, y han dicho que no tienen

espacio en sus cuadras para el parto. Me pidieron permiso para dejarla aquí, y yo se lo di. Se me olvidó.

Les aseguré que no me importaba.

—Está bien. Pero no me pidáis que vea a la vaca.

Me vi ordeñando a un monstruo cornudo y rojo, que se volvía hacia mí con la boca tenebrosa de la tortuga y apreté los ojos con fuerza para no contemplar más que a Gabriel recostado sobre las maderas de la cerca. Con esos tablones nos habían construido la cabañita, y me prometí revisarlos con atención, no fuera que algunas de nuestras tablas escritas con secretos hubieran acabado como remiendos de la cerca vieja.

Ya más tranquila, les pregunté por Irlanda, y Gabriel señaló hacia el prado con un gesto vago. Eché a correr. La encontré a medio camino. No quedaban rastros de su migraña, sus mejillas se habían sonrosado, y yo era tan feliz por saber que había pasado la mañana en el prado, lejos de Gabriel, que le di la mano y corrimos juntas hasta la casa, antes de que la lluvia nos ahuyentase definitivamente.

9

Irlanda ocupó esa noche mis pesadillas. Yo me encontraba en un foso y sin que la viera me seguía la tortuga de Sagrario. Comenzaba a correr con la presencia invisible, pero sabía que si avanzaba demasiado alcanzaría a la tortuga, y que, si me detenía, ella sería la que me daría presa a mí. Irlanda se asomaba al foso, y entonces reparaba en que me encontraba en el pozo del jardín. Ella se sentaba en el brocal, balanceando las piernas sobre mi cabeza, y yo gritaba para impedir que se cayera. Detenía mi carrera y entonces la que me daba alcance no era la tortuga, sino una vaca enfurecida que me acorneaba en el costado.

Al despertar me dolía de verdad el costado, que me había golpeado en las escaleras, en mi carrera en busca de Irlanda. El espino y el muguete que había recogido la víspera, una vana imitación del ramo de su cuarto, olían al moho encerrado del pozo del sueño. Abrí la ventana y arrojé las flores.

Pensé que en breve me sentiría fuerte del todo, porque ya me atrevía a levantarme en la noche; y que yo abriera la ventana además era una osadía en aquellos días en los que la tortuga se mostraba tan activa, y además Sagrario no me frecuentaba, y lejos, entre las colinas, galopaba el corcel infernal de la hermosa Hibernia. Luego me arropé en la cama, a la espera del día, que se retrasaba en mi habitación.

La tarde anterior había quedado nublada, y llovió durante todo el día, de la mañana a la noche. A veces el agua se filtraba por el techo y una gotera se unía al tictac del reloj que medía el tiempo. Me asomaba a la galería a cada poco, y deseaba con todas mis fuerzas que clareara, porque no hacíamos más que sentarnos junto a la chimenea y alimentar el fuego con ramitas.

Si Gabriel estuviera allí, le pediría que me enseñara a jugar al ajedrez. Él me atendería con paciencia y se dejaría ganar para que yo pensase que aprendía rápido. Pero estaba sola. Sagrario ya no se acercaba hasta las ventanas, como antes hacía, y ahora lamentaba no haberle alcanzado una manta para que se abrigase del frío de las noches. Las hogueras fantasmales no darían calor.

Quizás Sagrario añoraba su cama, sus mantas cálidas, o incluso su almohada. Era friolera. Me había mostrado egoísta al pensar tan poco en ella últimamente. Yo partía las ramitas y las añadía poco a poco a las llamas; restallaban en el paso hacia su muerte.

Irlanda se entretenía en recortar pedazos de papel de aguas y pegarlos en sus libros nuevos. Hojeé alguno de ellos cuando me aburrió el fuego, pero la notaba vigilante, temerosa de que los estropeara o se me cayeran, y los cerré sobre la mesa.

—Natalia, para quieta. Busca algo que hacer. Me estás poniendo nerviosa —me pidió, al fin.

—¿Dónde están los chicos?

—En el pueblo.

En el pueblo. Contemplé la lluvia, aburrida.

—Llueve como si quisiera llover toda la vida.

—Siempre llueve por esta época. Demasiado nos ha acompañado la suerte. Este verano no nos ha abandonado el sol.

¿Qué harían en el pueblo? Quizás bien calzada y con un abrigo sobre los hombros pudiera salir un rato. Llamaría a Sagrario a voces por los campos, y revisaría el círculo mágico del prado para que nadie penetrara allí jamás. Entraba dentro de lo posible que encontrara colillas de Roberto, negruzcas, entre la hierba. Irlanda levantó de nuevo la cabeza.

—¿Por qué no compruebas si tus plantas siguen secas?

—Siguen secas. He subido esta mañana a la torre porque me asustaba que las estropeara la lluvia.

—Entonces haz galletas. La cocina está encendida, y a los chicos les gustaron el otro día. —Di unos pasos hacia la cocina y la oí murmurar—: ¿Cómo puede no interesarte nada más que tus estúpidas plantas?

Llamaron a la puerta cuando yo buscaba la harina. Se asomó uno de los labradores, que preguntaba por los chicos. La vaca estaba tranquila, pero a la tarde se pasaría de nuevo por allí, y en todo caso, Roberto ya sabía dónde vivían. Dormiría en el establo, con la vaca, de todas maneras. Si a nosotros no nos importaba.

Yo contesté que no nos importaba, sin consultar a Irlanda. Ya que Gabriel tomaba decisiones, no veía por qué yo no había de tomarlas también.

Los chicos regresaron a mediodía, y sólo entonces nos dijeron que habían comprado fuegos artificiales, para celebrar otra fiesta antes de que los mayores regresaran. Hablábamos de esa fiesta mítica desde hacía días, como si tras ella nos enfrentáramos a otro mundo desconocido y desagradable. Transportaron las cajas de madera con todo cuidado para que las cañas no se mojaran, y se nos prohibió acercarnos al granero.

Después de la hora de la comida escampó por un rato; las nubes del color de la pizarra se doraban lentamente por un tajo que el sol había abierto. Me asomé a la ventana de la cocina, con anhelo de un arco iris entre el cielo plomizo. Entonces cogí un chaquetón de mi primo y sus botas de goma y me escabullí por la parte de atrás de la casa, antes de que lloviera de nuevo y la voz sensata de Irlanda me obligara a regresar. Me oculté entre las ramas de los laureles y luego corrí hacia el prado verde y perdido más allá de la colina, mientras llamaba a media voz a mi hermana, con el miedo repentino de que ya no estuviera allí y de que las máquinas hubieran devorado las violetas y los junquillos ya secos.

El arroyo culebreaba a su antojo, con el hechizo del círculo roto; pero eso podía remediarse. Sin embargo, los gestos de Irlanda se habían quedado impregnados en la tierra, fijados allí para mucho tiempo por la lluvia entre la hierba, más intensos en los alrededores de la cabaña, donde el suelo amarilleaba por la acidez de las sonrisas, y casi imperceptibles en los juncos de las esquinas.

Me detuve junto a los árboles, ya grises como el cielo, y retrocedí. «Aquí me construyeron una casita. Mi hermano y yo jugábamos durante horas, y nos peleábamos por la llave, y guardábamos la caña de pescar de mi padre». La voz de mi prima surgiría cada atardecer, una imagen

alabastrina con la sombrilla minúscula. «Yo he estado antes aquí». Aquel lugar ya no me pertenecía. Cerré la cancela de alambre y maderos y la aseguré con tres vueltas de cuerda. Me puse de puntillas y durante un momento sentí lástima cuando miré los restos de la cabañita. Arañé la madera de la cancela y corrí con los pies perdidos en las botas enormes.

Paré a descansar al llegar a la colina; no me quedaba aire en los pulmones y respiraba a sorbos entrecortados. La vieja casa mostraba una mancha pálida de sol, en la esquina de mi habitación, y desaparecía a toda velocidad, porque el roto entre las nubes se cerraba y amenazaba con agua.

Entonces, muy cerca del castaño moribundo, escuché pasos y vi una sombra que se movía en dirección a la fuente. Era un muchacho desconocido que me daba la espalda. Se arrodilló junto al agua y arrojó agua sobre sus hombros recorridos de heridas rojas.

Levantó la cabeza y pareció mirar a través de mí. Yo no me escondí, y él tampoco se inmutó. Sin duda sabía que su enemiga era otra. En la pileta de la fuente flotaban unos hilos de sangre. Se cubrió de nuevo y desapareció entre los árboles.

Las nubes se apelmazaron y comenzó a lloviznar. Caminé hacia casa, pensativa. Si los fantasmas tardaban tanto en morir, ya nunca recuperaría el prado. Ahora quedaba para los gorgoteos de los genios acuáticos y los saltos del agua, y reirían en los días de lluvia como aquel, recuperado su reino. Luego olvidé el prado para siempre y continué mi camino muy despacio, colocando un pie exactamente ante el otro y tambaleándome, porque las botas no me permitían equilibrios.

Esa noche nació la ternera. Les había tenido en pie hasta la madrugada, una noche interminable, bochornosa, eterna. El labrador llamó por la noche; el becerro nacía de través, y pedía el favor de que los chicos le ayudasen. A media noche Irlanda también quiso acercarse, y yo me quedé sola.

Me acosté en el salón, harta de la lluvia, de aquel día interminable y de las horas en blanco. «Hoy es noviembre —decidí, malhumorada—. Llueve como si se terminara el mundo, y en días como éstos, sería mejor que así fuera».

Disfrutaba de la primera vez que me quedaba sola en la casa. Las maderas crujían de ventana en ventana como si la anciana Hibernia

continuase su peregrinar y atisbase por las ventanas los pasos del ladronzuelo que se le había escapado. Y la tortuga regresó.

Yo corría en la fosa y la tortuga me perseguía, pero esta vez la veía de frente y su rostro arrugado de serpiente vieja abría y cerraba la boca ante mí. Me había petrificado, y el foso era redondo y por más que corriera no encontraría un final. Desperté casi gritando, y me llevó un tiempo recordar que habían pasado muchos años, y que yo había matado a esa tortuga.

Busqué a tientas el vaso de agua de la mesilla, y tardé en recordar que me había tumbado en el sofá del salón. «Ya no duermes —me dije—. Has regresado. Por esta vez estás a salvo». Sentía las sienes vivas, el cerebro vuelto al pasado, y sólo me salvaba el encontrarme cerca del fuego, dentro del círculo que había trazado en torno a la casa. Aquella tortuga estaba muerta.

Sagrario tenía cinco o seis años, y mis padres le compraron una tortuga grandecita, porque ella no podía moverse mucho y la tortuga no era muy veloz. A mí no me gustaba cómo caminaba sobre las patas cortas; y tampoco me divertía en el agua, donde mostraba su vientre amarillo de culebra. Pero Sagrario le había cogido cariño al bicho, e incluso dormía con él sin temor a aplastarlo.

Una mañana desperté y me sorprendió el olor a humedad. Entonces abrí los ojos y encontré la cabeza de la tortuga a dos centímetros de mí, en mi almohada; me miraba fijamente y abría y cerraba la boca negra. Me arrinconé contra la pared, lejos de ella, y la tortuga caminó hacia mí sobre las sábanas. Luego dio la vuelta, y siguió el camino de la mesilla hasta la cama de mi hermana.

Desde entonces la idea de que en cualquier momento la tortuga podría pasearse sobre mi cuerpo me persiguió. Pedí que la metieran en una jaula, pero a Sagrario le divertía seguirla por la casa, y mi madre no tenía corazón para privarla de eso. Era aún muy pequeña, y ya sabíamos que no viviría mucho.

Esperé armada de paciencia a que el bicho se muriera como se nos habían muerto los peces de colores, pero cuando pregunté a mi padre por su edad me contó que las tortugas podían vivir siglos. Me asusté. Veía a la

tortuga por todas partes; cada vez mayor, más similar en todo a un monstruo, más repugnante.

Yo entré en la cocina y la tortuga comía lechuga en su rincón. Mi madre había salido con mi hermana, y mi padre dormía en su habitación. Entonces agarré la hoja de lechuga, y la tortuga no la soltó. Tiré de la hoja y la tortuga, haciendo presa con su boca afilada, se arrastró sin dejarla. La golpeé y la pisoteé como para librarme de un demonio, hasta que vi que su cuello se había alargado y ya no se movía. Toqué el caparazón con la punta del pie. Permaneció inmóvil. A patadas, la oculté tras la mesa de la cocina.

La descubrieron patas arriba a la noche, y todos creyeron que alguien la había aplastado con la silla. Sagrario lloró durante varios días y no quiso que le compraran otra tortuga, ni ningún otro animal con el que pudiera encariñarse y luego sufrir. Mi hermana miraba por la ventana, con la carita triste y sin nada que hacer. Mientras tanto, desde aquella misma noche, fuerte por lo reciente de su muerte, la tortuga comenzó a visitarme. Me desperté gritando. Mi madre me consoló, me hizo beber un vaso de leche caliente con miel y apagó de nuevo la luz, pero yo no concilié el sueño.

Al día siguiente enterré en una caja a mi muñeca favorita, y la canica más bonita de mi colección. Esperaba que así la tortuga se aplacase. Lloraba al desprenderme de ellas, de modo que sabía que el gesto era válido. El sacrificio y los remordimientos se revelaron inútiles. El monstruo asesinado resucitó para perseguirme sin fin, por las noches, como sólo los muertos, los aparecidos, hacían.

Escuché un mugido largo y dolorido de la vaca, y supe que esa noche, como la primera de la muerte de la tortuga, ya no dormiría. Me levanté, me lavé la cara y recordé que esa mañana había amasado pasta para galletas. Saqué de nuevo el recipiente y los moldes y comencé a cortarlas. Los chicos e Irlanda desayunarían con ellas. Pondría un beso en una y la reservaría para Gabriel.

Más tarde apareció el dueño de la vaca. Se llevó dos cubos de agua y me invitó a que viera la ternera.

—Los animales no nacen bien sobre el suelo de cemento. En cada granja debería quedar un establo con tojo y hierba, y las cosas irían mejor.

Yo me recosté contra la cocina, y sentí el calor contra el moratón del costado. La tortuga había olfateado una nueva vida, y se había acercado a robarla. Había sido yo la que la había retenido en la telaraña de mi sueño, y no la insensible de mi hermana, bailando quién sabía dónde. Aquella ternera me debía la vida. Por primera vez yo era la causa de algo vivo, y no de la desaparición de lo que me rodeaba. Entonces me decidí. Saqué las galletas del horno, las envolví en una servilleta y caminé hacia las cuadras. Escuché carcajadas.

—Traigo galletas —dije, al entrar. Me asomé con precaución, espantada por el olor a amoníaco y sangre de la cuadra. Habían atado a la vaca lejos, y me animé a acercarme. Mis primos habían separado a la cría de su madre y la estaban lavando, y redoblaron las risas al verme.

—Traigo galletas —repetí.

—¿Y esperas que las comamos aquí? —dijo Roberto, atragantado de risa.

Pregunté qué ocurría. Crecía una marejada oscura en alguna parte. Intenté una sonrisa, pero había algo que no me dejaba, porque yo estaba lejos de la noche insomne de los otros y de la alegría de la tensión compartida y el acceso ya no se abriría de nuevo. Irlanda estalló de nuevo en risas.

—Hemos puesto ya nombre a la ternera.

Y fue cuando me lo dijeron, puedo jurarlo porque aún veo la cuadra y el paño mojado que tiraron al suelo, y el olor a vida del establo, fue entonces cuando empezó mi odio hacia ella y hacia el destino que me negaba de un modo tan cruel mi participación en los rituales de vida.

Corrí hacia la casa retorciendo la servilleta, mientras se desmigaban las galletas. Descubrí los libros que arreglaba Irlanda con papel de agua sobre la mesa del salón, y junto a ellos un platillo con ciruelas maduras y las primeras uvas, con la capa azulada de las frutas negras que nadie ha tocado. Cogí las uvas a puñados, abrí los libros y apreté los dedos hasta que no quedaron más que pellejos en mi mano, y un charco de zumo que empapaba las páginas y las encogía.

«Podría ser sangre —pensé—, podría ser sangre, podría ser sangre». Vertí la sangre de Irlanda sobre sus pulcros libros, y luego imaginé la casa

entera anegada en sangre, sus blancos vestidos, su habitación inmaculada. «Ojalá fuera su sangre, y la de Roberto, y la de Gabriel y la del mundo entero. Ojalá viviera yo sola en esta casa con mi hermanita, y mi madre, y mi hermana Sagrario, y ojalá muriera el gato, y la tía hipócrita y atolondrada, y el tío usurero, y los del pueblo, y la monja de costura, y la portera, y su hija, y todos los que no somos nosotros».

Me fui a la cama entre murmullos de atrocidades; esperaba encontrar despierto a algún siniestro espíritu de muerte, algún perrazo negro de ojos llameantes, grande como un caballo, y con piel de gusano que los encontrara en las cuadras, fuera del círculo de la casa y los devorase sin dejar más que huesecillos.

El perro vengador no acudió, y se acostaron cuando era ya de día, para no reaparecer hasta el siguiente atardecer, cuando yo ya me había calmado y me moría de hambre, y ya había mordisqueado hasta las galletas rotas de la servilleta.

Nada alteró mis costumbres, y no hubo cambios en Irlanda. Paseábamos juntos por las tardes, como siempre, y los chicos parecían no darse cuenta de nada, pero Irlanda apenas me miraba cuando planeábamos la fiesta magnífica, y yo me acostaba cada noche con la boca dolorida de tanta sonrisa falsa; y pensaba. La ventana del pozo no sólo me veía perderme en las nubes y el huerto enmarañado. Pensaba. Si nada me ayudaba, si los espíritus rehusaban venir en mi auxilio y los encantamientos de los círculos perdían su fuerza a las pocas horas, no me quedaba más remedio que renunciar a ellos.

La ocurrencia de la ternera con mi nombre le pareció divertida a Roberto, que bromeó sobre ello durante días. Irlanda notó mi malestar. Tal vez intuyó algo de mi marea interna, y recriminaba a su hermano con dulzura, mientras continuaba brillando como un sol.

Yo miraba a Gabriel de reojo, cuando él no me observaba. Sonreía como si no existiese en el mundo nada más que él. El silencio que nos acorralaba en mis pensamientos lúgubres le cercaba ya. Y creo que en verdad no me veía, perdido entre las paredes de su habitación secreta, a las que en aquel tiempo sólo la sonrisa radiante de Irlanda tenía acceso.

10

Irlanda se ocupó de la organización de la fiesta; al principio lo creí una suerte, porque tuve tiempo para haraganear a mi antojo y reflexionar sobre lo complicado que se volvía mi mundo, pero más tarde decidí que había sido una desgracia, porque no me permitió que levantara ni un dedo, y me sorprendí el pensamiento, lleno de rencor, que sólo ella se llevaría el mérito.

Durante un par de días insistí en que contara con mi ayuda. Pero Roberto desconfiaba de mí; ya le habían cansado mis galletas, y se alegró de que su hermana se hiciera cargo de todo, en la cocina, al menos; de modo que tuve la sensatez de admitir que la unión de los dos sería demasiado para mí y me conformé con lo que me habían reservado.

Irlanda nos había dado las consignas de no acercarnos ni a la cocina ni al salón de la galería y de buscar ropa bonita en los arcones. Incluso nos dio carta blanca para que curioseáramos entre sus trofeos, y yo me llevé a los chicos para mostrarles los trajes. Contábamos con tres uniformes muy antiguos, y un poco manchados, y yo pensaba vengarme del mal rato de la anterior cena con un fantástico vestido con sobrepelliz de terciopelo que había cosido con los restos de dos de los antiguos. Roberto y Gabriel me seguían por toda la casa, sin saber cómo actuar o ni siquiera qué movimientos les permitían los uniformes.

Con un poco de vergüenza les di acceso a mi habitación. Ovillé el pijama tirado sobre la cama y lo escondí bajo la almohada. El espejo brumoso apenas reflejaba más que manchas, pero no había encontrado ninguno más de cuerpo entero. Me arrodillé junto a mi primo con la boca llena de alfileres.

—¿Dónde has aprendido a coser? —preguntó Roberto.

—En clase —farfullé.

—¿En qué clase? No tenía ni idea de que aún se impartía costura en una escuela. ¿Qué más aprendéis? ¿Bordáis el ajuar?

—Todos deberíamos saber costura. Al menos, lo mínimo —repuse, con un hilo de voz, aunque odiaba los ojales y los festones. Rompí una de las costuras y deshice el dobladillo. Me hubiera gustado que me viera entonces la monja de costura, con sus cejas de golondrina asustada y su perpetuo aire de recriminación. Luego recordé que había enviado a un perro espectral a su encuentro y me sentí mejor.

Después de constatar que las guerreras no cerraban y que el pantalón quedaba corto escupí los alfileres y pensé en convencerlo para que cediera con la plancha. Roberto giró sobre sí mismo, y observó a su alrededor.

—Es un cuarto triste. ¿Por qué no te cambias a la habitación roja? Está junto a la mía, y entra luz todo el día.

Yo negué con la cabeza.

—Dentro de tres horas el sol baja sobre el bosque y veo cómo aparecen las estrellas. Lo prefiero a la luz.

—Hay demasiada humedad. Huele a frío.

Enchufamos una vieja plancha muy pequeña y de pico inverosímil a la toma de la luz y estiré las arrugas de un pantalón en un intento de que creciera. Ellos me observaron con sumo interés, cruzados de brazos y sin acercarse a la mesa, como si la plancha fuera un objeto peligroso. Gabriel sostenía entre los labios su medallón verde, y lo mordía. Irlanda me llamó desde la planta baja.

—¡Natalia! ¿Qué haces?

—Plancho.

—Baja al jardín y escoge algunas flores de tallo alto para la mesa. Yo estoy ocupada.

«También yo», pensé, pero obedecí sin chistar, porque no estaba sola y me preocupaba la opinión de los chicos después de mi fracaso como costurera. Les pedí que no tocaran nada, porque la plancha quemaba si no se andaban con cuidado, aunque no se les veía muy ansiosos por planchar, y salí al jardín, que me llenó los tobillos de agua; los últimos días habían sido frescos. Deambulé sin rumbo; habíamos acabado con casi todas las flores

para alegrar los jarrones de la casa en las tardes grises, y apenas me las arreglé con un manojo de adormideras sanguíneas que no llegaban para nada.

Pensé entonces en las dedaleras cargadas de campanillas encarnadas, y en la dulcamara que crecía junto a los escombros de los establos, y me pareció apropiado que los adornos de la fiesta de Irlanda fueran únicamente plantas venenosas; sin que ella lo sospechara, podría cubrir su pastel de azúcar con las bayas rojas y de solanina de la dulcamara.

A la pequeña le hubiera encantado la idea. Recordé que hacía tiempo que no le escribía una carta, y me propuse hacerle una tarta con flores de digital por su cumpleaños, como un secreto entre las dos.

El labrador, que frecuentaba la casa desde que guardaba allí la vaca, cerraba la puerta del establo y me hizo señas imperiosas para que me acercase. Apartó con cuidado unas ramas y me puso la mano en el hombro, invitándome a que siguiera la dirección de su dedo.

—Un cuco. ¿A que nunca habías visto un cuco?

En el enramado de laureles se escondía un nido con tres pajarillos, tres crías de urraca.

—El más crecido es el del cuco. La madre pone el huevo en el nido de la urraca, porque los cucos comen orugas venenosas y matarían a las crías. Mira si son listos. Escogen un pájaro más pequeño, otro le cría los hijos, y cuando el cuco crece queda como dueño del nido.

Era un hombre maduro, sin apenas marcas en el rostro, y su voz demostraba una admiración sin límites por la astucia del cuco.

—¿Qué pasa con las urracas pequeñas?

—El cuco las arroja del nido.

El hombre marchó camino adelante; yo aún espié el nido por un rato. «Llévatelas —pensaba—, llévalas a casa y críalas tú antes de que el cuco las mate». Sabía que si movía el nido la madre no se acercaría y las crías morirían de hambre. Pero me repugnaba la idea de estirar la mano hacia los pajarillos todo corazón desbocado y boca, con las plumas nuevas. «Vendré todos los días y cuidaré de las urracas», resolví, al fin, porque Irlanda se estaría impacientando. Quizás no fuera recomendable que yo interviniera en el orden de la naturaleza.

Peleé contra la plancha vieja y los uniformes durante toda la tarde, hasta que terminé aburrida; al final el aumento apenas se notaba, pero yo casi reventé de orgullo. Gabriel se ajustó a la cintura una vaina vacía que contuvo una espada que se había perdido entre los secretos de los baúles. Mi primo se vistió con la impresión de olvidarse de algo, y cuando hubo terminado lo recordó.

—Los fuegos artificiales —dijo, de pronto—. Ni siquiera los he preparado.

—¿Y si los vemos desde la torreta? —sugerí yo.

—No —dijo Roberto—. ¿Cómo se te ocurre? No es prudente. La torre es vieja. Puede caerse algo.

—Yo subo casi todos los días por mis plantas y no me ha pasado nada.

—Pues has hecho muy mal. Ni la torre ni la capilla contienen más que un montón de ruinas. Y con la pólvora allí… ¿Y si se incendia y causa una desgracia? ¿Qué les contaría yo a mis padres?

—Si yo no llevo nunca cerillas ni fuego. Y no fumo. ¿Cómo iba a provocar una desgracia?

Irlanda había encontrado la espada perdida. La había limpiado y Gabriel la empuñó, como un soldado enardecido, y dejó que Irlanda se la ciñera. Con un abanico de encaje y marfil, el mantón bordado que envolvía sus hombros y los escarpines de raso que apenas asomaban bajo la falda, nunca estuvo tan hermosa.

—Mirad qué he encontrado —anunció, y nos enseñó una de sus biblias con una lista de nombres en las primeras páginas, y fechas anotadas junto a los nombres. Las últimas hileras mostraban la misma letra inclinada y enrevesada del álbum—. Comienza con mi nombre y finaliza conmigo —continuó, riendo.

El último nombre anotado era el suyo, con el día de su nacimiento pulcramente reseñado. Irlanda apenas me llevaba tres meses. Quizás la abuela nos olvidó a Sagrario y a mí, o perdió la biblia. Esperé de corazón que el remordimiento de no incluirnos la hubiese torturado en la hora de su muerte.

—No comienza con tu nombre —dije yo—. Aquí pone Hibernia.

Mi prima movió la cabeza con desprecio.

—Hibernia es el nombre latino de Irlanda, Natalia. Significa «tierra de los hielos eternos». Mi nombre se remonta al menos a dos siglos en la familia —terminó, con aquella risa de cascada de agua que me destrozaba los nervios.

De modo que así se llamaba Hibernia la Cruel, con sus severos trajes de amazona y la pluma en el sombrero, la que fustigaba a los caballos con las mismas manos de Irlanda y causaba la misma admiración que ella. Me maravillé de no haberlo pensado antes y de haber soñado con ser como ella, con la vista perdida en el horizonte y las montañas. Traté de recordar lo que significaba mi nombre, salmodiado tantas veces, pero sólo acudió a mi mente la imagen de la ternerita en el establo.

Roberto se levantó y dejó la servilleta doblada sobre la mesa.

—Buscaré un sitio para las cañas de los fuegos artificiales.

—¿Dónde, al final? —preguntó Gabriel.

Roberto se encogió de hombros.

—No lo sé. Me cuesta decidirlo. La propuesta más brillante ha sido la torre.

—¡Sí! —exclamó Irlanda—. Roberto, desde la torre. Imagínate la escena, bajo la noche y las estrellas, viendo los fuegos artificiales en la torre. Puedes prenderlos desde el río. La torre, Roberto. Yo quiero la torre.

—Pero a mí me has dicho… —comencé yo.

Roberto dudaba, sin escucharme.

—Habrá que tener cuidado —dijo—. La hemos asegurado, pero tened cuidado. Pisad sólo en las zonas apuntaladas.

Yo incliné la cabeza sobre mi plato. Me sentí acechada por las lágrimas. Quizás la voz de Irlanda cambiara mis ideas y las envolviese en cajas nuevas, como hacía yo con los regalos. O tal vez ella gozase del don de evitar las escenas ridículas y las reprimendas de su hermano.

Tragué el nudo amargo de la garganta, pero me sirvió de poco. Intentaba que la muerte se espantara a fuerza de no comer, y sentía hambre. Dibujé trazos con el tenedor en la tarta desmigada y la alejé de mí. Entonces suspiré y me rehíce. Las cosas no podían ir peor. Sólo si se me descosía el vestido empeorarían.

Esa noche contemplamos los artificios desde la vieja torre. Gabriel e Irlanda se apoyaban con todo cuidado en la baranda nueva. Yo me quedé, obediente, contra la pared, sin una mirada para los fuegos artificiales. Hubiera preferido hundir la cabeza en las hierbas que se secaban. Hubiese querido que los montones rojizos de polvo seco me cubriesen, que hormigas me corriesen por la boca y gusanos por los ojos, o enfrentarme a los trasgos de llamas en la boca y manos como tentáculos.

El vestido antiguo me apretaba en el talle y no me permitía levantar los hombros. «Es un sueño. Estoy dormida», pensaba, y despertaré y mataré a la tortuga y veré el nacimiento de la nena, y leeré a Sagrario en las noches desesperadas. Pero una llamada que hurgaba con deditos perversos en mi interior se burlaba. *No duermes, Natalia. Nunca lo has hecho. ¿Tan cansada estás que ya no distingues los fantasmas de los mortales?*

Los fuegos volaron durante diez minutos, y yo me mordía la mano para no llorar. Irlanda y Gabriel se besaban mientras los fuegos estallaban y el olor a pólvora llenaba el aire, e Irlanda me vigilaba con el rabillo del ojo, segura de que yo no me atrevería a interrumpirles.

Mi nombre significaba «nacimiento». Lo recordé mucho más tarde, en la soledad y el crujido de tablas de mi habitación de la que no salí en varios días. Tumbada en la cama, buscaba figuras conocidas en las manchas de humedad del techo; esperaba la llegada de la muerte, que ya no podía tardar, ahora que yo misma me parecía tanto a una de las sombras que acechaban en las sombras de los laureles negros. Se decía que descansaban durante el día en lugares oscuros y fríos. Sólo al ponerse el sol salían de allí, solitarios, hambrientos de sangre y de vida.

Gabriel se presentó en mi cuarto la quinta mañana de mi encierro, después de que Roberto se hubiera alejado, renegando de mí. Me había negado a hablar con él, aún resentida por la idea de la torre. Me había tendido sobre la cama, vestida pero despeinada, y me sentía tan lejos de todo como una nube. Gabriel abrió la puerta. Sus rasgos rebotaron contra el espejo, y la luna lo reprodujo un momento multiplicado en todas las paredes antes de devorarlo.

Mientras hablaba no aparté los ojos de su boca; un día se había inclinado hacia mí en el pozo, con la mano tendida. Hacía tanto tiempo de

eso que la tarde del pozo y el fantasma de Sagrario entre los árboles lejanos se habían perdido en mi cabeza, sustituidos por tantas otras angustiosas tardes que se sucedieron.

—A Roberto le da miedo acercarse a ti —dijo, con voz alegre—, después de cómo le has despachado las otras veces. ¿Qué te duele? ¿Tienes fiebre?

«Aún queda tiempo, Gabriel —pensé—, ahora que aún no te atan a ella más que unos besos en la torre». Su perfil de cuento de hadas, los ojos melancólicos y ausentes se extraviaron en las contraventanas que ocultaban las tardes amoratadas. Una marca roja, como un rasponazo, le recorría el brazo y continuaba hasta el hombro, oculta bajo la tela. «El tiempo volará y yo me convertiré en un espectro del agua, ajada y maligna junto al pozo, vestida de algas y sargazos y llamaré por ti para atraparte en mis aguas profundas y estancadas. Pero tú puedes liberarme. La princesa de la torre no era Irlanda, sino yo, y tú cuentas con tu espada para abrirte camino». Gabriel me miró con lástima.

—Comprendo que añores tu casa, pero regresarás pronto. Nos quedan pocos días aquí. Sal con nosotros a disfrutarlos. ¿Cómo puedes permanecer en este cuarto hora tras hora, mientras el tiempo corre? ¿No te aburres? ¿No sientes la humedad?

«Huye conmigo y yo encontraré el modo de sentarme junto al fuego para mirarte, y no dejaré que el silencio anide sobre la chimenea. Convénceme de que no es un sueño». Gabriel no me atendió. Evitó mirarse en el espejo y abrió la ventana. Entonces se acercó a la pared y desgarró un pedacito de tela. Dio varios pequeños tirones.

—Dios mío —musitó—. No me extraña que estés enferma.

Bajo las paredes tapizadas del cuarto había crecido una capa de moho y telaraña. Yo recliné la cabeza en la almohada.

—Levántate ahora mismo —ordenó él—. Báñate y sal al sol. Y come algo. He cogido manzanas rojas del árbol grande. Sé que te gustan. Yo cambiaré tus cosas.

Hubiera deseado que la vida continuase así, con sus órdenes y la sensación de que bastaba obedecerle para estar a salvo, con el trazo de su cuerpo en la oscuridad. Tiró de mí hasta levantarme y me colocó una

chaqueta sobre los hombros. Como en la tarde del pozo, tendió su mano para mostrarme la puerta. Hubiera besado aquella mano.

No había nadie en la cocina. Acaricié las manzanas y mordisqueé una con desgana, mientras pensaba en la plaga silenciosa que se extendía en mi cuarto de anochecer. Eran curiosas las cosas. Jugaban a esconderse, y nada era lo que parecía, y el mundo giraba y giraba y trastocaba todo lo que conocíamos.

El gato de Irlanda se tendía a lo largo del rayo de sol de mediodía, y me acuclillé junto a él para acariciarle la cabeza. Recordé la época en que le tenía pánico y sonreí. Me sentía muy mayor, casi vieja. Entonces el gato se sobresaltó, se arrojó contra mí y me arañó la cara. Grité. Roberto acudió a la carrera.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le has hecho al gato?

—Sólo le he acariciado.

Roberto levantó las manos.

—¿Cómo se te ocurre jugar con él con lo mal que te llevas con los animales?

Irlanda había tomado al gato en brazos y enterraba su cara contra el pelaje azulado.

—Pobrecito mío. ¿Te has asustado?

El pómulo me palpitaba, y notaba la mejilla manchada de sangre. Roberto reaccionó al fin y me miró la herida.

—No es nada. Un arañazo.

—Podría haberme sacado un ojo.

—Y tú podrías haberte estado quieta. El gato no te habría atacado si no te hubieras metido con él.

Le rechacé de un manotazo y me llevé la mano a la herida. Roberto dio un paso atrás.

—Estás loca —dijo—. No hay quien te entienda.

Gabriel se acercó hacia nosotros.

—Tus cosas están ya en la habitación roja —me miró y señaló mi cara —. ¿Qué te ha pasado?

—Le ha arañado el gato —dijo Irlanda, con la sonrisa bajo sus ojos de nuevo huidizos.

Empujé a Gabriel y salí corriendo de la cocina.

—¡No quiero que nadie toque nada mío! ¡No quiero cambiar de habitación! —grité—. ¡No os acerquéis a mí! ¡Dejadme tranquila!

—¡Estás loca! —gritó Roberto—. ¡Loca de atar!

Cerré la puerta a mis espaldas y me recosté contra ella; me tapé los oídos, y les deseé la muerte. Al fin y al cabo, algún día morirían, y era ese momento el que yo elegía por ellos para hacerlo. Llamé a Sagrario en mi ayuda, y también al tiempo para que corriera veloz y les trajera en seguida el fin. *Han muerto* —le expliqué al espejo—. *Las horas se han vuelto locas y les ha llegado el momento del fin*. Pero el tiempo continuó a su ritmo, y sólo me trajo unos golpes en la puerta, y la voz calmada de Roberto.

—Natalia, sé razonable. Abre la puerta. No puedes dormir en esa habitación malsana; la cubren hongos y enfermarás. Escucha. ¿Me estás escuchando? —Esperó un momento y luego continuó—: No soporto las escenitas. Creí que eras una niña sensata. ¿Me oyes?

—No quiero —grité yo—. Me gusta la vista de poniente, y el huerto con el pozo bajo la ventana, y este armario con un espejo que se traga todo lo que ve. ¿Por qué no me dejas en paz?

—Al menos esta noche —suplicó él, después de un silencio—. Si te empeñas en ese cuarto, mañana le quitaremos la tela y conseguiré que la piquen y le den una capa de cal; pero duerme esta noche en la habitación roja. Sal de ahí.

Durante un momento callé. Sagrario y yo dormíamos allí, y posiblemente fuera un sitio tan bueno como otro para encontrarla en esa noche acre. Obedecí y bajé junto a ellos. No levanté la cabeza de mi plato; no quería verlos. Me concentré en la comida, y tragué con esfuerzo los bocados; imaginé que cada uno de ellos era un deseo cumplido. Se habló poco. Roberto llevaba el peso de la conversación, y parecía contento de escuchar su propia voz.

El gato continuaba estirado al sol mientras comíamos, y yo no podía evitar vigilarlo. Llené un vaso con agua. Le habían pintado unas florecitas con esmalte. Margaritas y dalias, según parecía. «¿Las dalias son venenosas?». «No —contesté—, pero…».

Con la vista fija en el vaso pensé que me sería fácil preparar una cocción de digital y hacérsela tomar. Bebí el agua, pero la idea continuó. Los sonajeros colorados de la digital troceados, y un cuarto de hora bastarían para que el agua fuera mortal. Se lo contaría a la pequeña, mientras decorábamos su pastel de cumpleaños. Y luego cocería el hígado que el gato comía en esa cocción, y enterraría los despojos en el bosquecillo de laureles y castaños que se veía desde mi ventana. Podría.

11

Irlanda y sus vestidos blancos. Siempre blancos. Siempre blancos. Y el brillo claro que le salía de la piel. Se quedó en la puerta hasta muy tarde con una luz, de inspección por los alrededores; llamaba en voz alta a su gato. La veíamos con una linterna, un diminuto fuego fatuo, a través de la galería, flotante tras los cristales como los espíritus que extraviaban a los viajeros, emitían gritos terroríficos y retrocedían ante sus víctimas, a las que atraían hacia el abismo. *Encontré presagios en el camino, madre, y ya no sé si vivo o muero*.

—¿Qué has hecho con mi gato? —me preguntó, iracunda, sacudiéndose el rocío de la noche—. ¿Qué has hecho con mi gato?

—¿Qué iba a hacer? —dijo Roberto, al tiempo que apagaba el cigarrillo con energía—. ¿No ves que le tiene pánico? ¿Qué os pasa hoy a las mujeres de esta casa? El gato se habrá escapado para marcharse de ronda. Hay muchísimas gatas cerca. Aparecerá mañana por la mañana.

—Pobrecito mío. Mi pobre pequeñín —repetía Irlanda.

—Irlanda, basta por hoy. Déjale una latita en un cuenco a tu pequeñín y vete a dormir tranquila.

—Dejaré la puerta abierta.

—Ni se te ocurra acercarte a la puerta. Si el gato no aparece mañana, saldremos a buscarlo. Organizaremos una batida. Llamaremos a la policía si es preciso, pero déjame tranquilo por esta noche.

Abandoné la cocina en silencio, y subí las escaleras con la mente repleta de extraños presagios. La habitación roja era contigua a la de Irlanda, y casi tan luminosa como la suya. Me senté en el borde de la cama, tan cansada

como era posible sin haber muerto. Irlanda se coló en la estancia, con sigilo, y caminó hacia mí.

—Sé que le has hecho algo a mi gato. Sé que has sido tú quien estropeó mis libros, y quien me rompió la varilla del quitasol. Me sé de memoria todos los artificios que has empleado y que puedas emplear contra mí. —Calló un momento y luego prosiguió—: Pero ¿quién te crees que eres? ¿Has perdido alguna vez un minuto mirándote con detenimiento? ¿Piensas que eres lista? ¿Que eres más lista que yo? No tienes ni idea de lo que te espera en la vida —dijo, con indiferencia. Se inclinó sobre mí, de modo que yo veía perfectamente sus pupilas contraídas por la luz, y el temblor suave de las cejas—. Tú, con tus regalos estúpidos, con la colonia apestosa que pretendías que usase, y esa ropa barata y mal cortada. Y tus ridículas plantas y tus fantasías. Ni siquiera sabes de lo que te estoy hablando. Vives en tu propio mundo, como una niña encerrada en el cuarto de los juguetes. No ha nacido quien se me cruce en el camino sin yo quererlo.

Yo continué en silencio. Irlanda alzó la cabeza con altanería.

—Este curso estarás en mi colegio. No trates de mentirme. Lo sé porque mi madre me lo ha dicho, y en último caso yo rogaré que vengas, y tú vendrás. Y tu hermanita también. ¿Sabes quién manda en ese colegio? Me das pena. ¿Quién crees que ordenó a mis amigas que no te hicieran caso? Se sintieron felices de no tener que tratar contigo.

Me miró un instante, y luego continuó.

—Pero os hablarán, ¿sabes?, no diré de ti nada lo bastante malo como para que no saluden a dos primas mías. Quizás te veas acosada por chicos que quieran comprobar si es cierto o no lo que se cuenta de vosotras. Y dirán: «¡Qué extraño, una prima así, con lo recatada y estricta que se muestra Irlanda!». Querrán comprobarlo y sabrás lo que es rehuirlos, y lo que es una chica de la que todos hablen. Sé muy bien cómo lograrlo. No sería la primera vez. Romperme la sombrilla —susurró, insultada por el ultraje—. Eres como una cría. Te vengas con pequeños hechos en lugar de actuar. En el colegio sabrás —dijo, con un gracioso gesto de su mano— lo que significa la venganza. No tienes idea de hasta qué punto. Y Gabriel…

—Irlanda —dijo Roberto en el pasillo—, basta de charla. A la cama.

—Si mi gato no regresa mañana —añadió, ya en la puerta—, no sabrás hasta qué punto.

«Tendrás que ir tú a rebuscar entre los laureles por tu gato —pensé—. Por esta vez ya había agotado sus siete vidas». Escuché el portazo que dio la puerta de Irlanda, y cerré los ojos. Vi de nuevo ante mí sus pupilas pequeñas y me acurruqué bajo las sábanas. Si tan sólo la tortuga no regresara, si no regresara el gato azulado ni el fantasma de mi hermana, esa noche sería feliz.

El crujido de los grillos y la cama distinta me mantuvieron despierta. Mi vida, con su incesante mudanza de habitaciones. Sonaron las doce en el reloj de cuco y creí oír el suave chirrido de la puerta de Irlanda. Me incorporé, convencida de que la vería aparecer de nuevo y continuaría con sus amenazas, pero no hubo más ruidos que los de la noche, y continué mi tarea de alejar espíritus. Dieron las dos, las tres. Me pesaban los párpados, pero la noche tras la muerte del gato finalizaba, y su espíritu taimado perdería la mayor parte de su poder para torturarme tras esa noche, y por el día apenas habría nada que temer.

Pronto amanecería, y abrí la ventana para respirar el aire de madrugada. En aquel momento vi, junto al cobertizo del establo, la azada con la que había cavado entre los laureles. Abrí mucho los ojos. La había medio escondido allí, porque cuando salí del bosque Roberto regresaba de un paseo y se hubiera sorprendido de encontrarme con una azada en la mano. Y después de cenar, me olvidé de ella por completo, tras los juegos de luces de Irlanda.

Alcancé una chaqueta para abrigarme, con la intención de bajar a por ella. Si entonces me quedaba dormida, Roberto descubriría en la mañana la azada manchada de tierra más roja de lo normal. Debía limpiarla y colocarla con las otras. Evité las tablas con ruido y giré el pomo, muy despacio. Entonces la puerta de Irlanda se abrió con su rechinar apagado, y yo retrocedí.

Gabriel se deslizó de la habitación sin ruido, sonriendo. Irlanda le tomó de la mano y se apoyó en las puntas de los pies para besarle. Los hombros y la espalda de Gabriel mostraban señales rojas, caminos abiertos a zarpazos por las uñas de Irlanda. Se separaron. Gabriel le acarició la cara y se movió

en la oscuridad hacia su habitación. Irlanda cerró la puerta, y escuché su risa apagada.

Y yo había suplicado que me liberara de mi destino. A él, que durante esas noches había entrelazado su cuerpo con el de Irlanda, a él, poseído ya por otra magia de la que yo sabía que no se salía, el campo de gravitación de Irlanda. Mientras yo me encerraba en mi cuarto entre ensoñaciones, ella seguía con su dedo el sendero de vértebras de Gabriel, sus uñas clavadas para marcarle y que yo supiera en la mañana que había sido suyo.

No era justo. La sangre de su padre. Los nacimientos al otro mundo. La víbora muerta en la revuelta. Su figura en el pozo, las manzanas rojas cogidas para mí. Me ahogaba. Me estaba ahogando. Escapé a mi habitación de paredes de tela rasgadas por sus manos. Escondí la cabeza entre las manos y ahogué dos quejidos. La existencia se había roto. El verano había desaparecido, con mi débil tejido de esperanzas y deseos. Esa noche había ocurrido de repente antes que la del día anterior, porque era imposible que acabara de suceder, y ya nada detendría el avance del tiempo. Las horas no se sucedían ordenadamente, las consecuencias carecían de importancia y los actos no significaban nada.

Y de pronto el verano se me reveló no ya como el tiempo en que las rosas blancas florecían, o como los días que me reventaron el corazón hasta dejarlo sonrosado y sangrante, sino como una interminable sucesión de actos sin objeto; había entrado y salido, había cerrado puertas y abierto puertas, paseado y regresado a casa. Habíamos hecho camas en las que dormiríamos, y el sol nos había despertado, y habíamos vuelto a hacer las mismas camas que desharíamos después de entrar y salir, abrir y cerrar puertas, pasear y regresar a la casa.

Todos nos habíamos afanado en nuestros deberes, ellos partiendo leña y clavando estacas, y nosotras envueltas en nuestra guerra de flores y vestidos, como aprendizas de mariposas bajo el tictac del reloj. Eso había sido el verano, y ahora el otoño acortaba las tardes y las mariposas desaparecerían.

Me puse en pie ante el espejo. La sombra clara se zafaba de la niebla de la superficie del cristal como las crisálidas que se abrían. Pasé la mano por mi pecho y mis caderas. Los huesos se me transparentaban bajo la piel, y

sentía una a una la raya cálida de las costillas. Ahora era frágil, tan delgada como Irlanda, con las mismas muñecas quebradizas de Gabriel, tan flaca como había estado Sagrario cuando se precipitaba en la muerte, pero nada había cambiado. Mi esqueleto no poseía la elegancia del de Irlanda, mi cuello no se erguía como el suyo y jamás me convertiría en ella, sino en una falsa copia de motivos aprendidos, una estación de paso entre Sagrario e Irlanda, un ser que vivía una existencia amueblada con hechos ajenos y gestos aprendidos, una veleta que giraba furiosa entre mi norte y mi sur, agotada, tan agotada como entonces me sentía.

No había finales felices, no había bailes con príncipes misteriosos de mirada de agua calmada y mi sueño, como el de Sagrario, no se acabaría jamás. Todo se derrumbaba porque los cimientos eran falsos y de nada servía refugiarse en nostalgias, porque el tiempo no regresaba jamás pese a que la esfera del reloj fuera redonda. El mundo, el miedo, se extendían bajo la ventana como mi nuevo reino.

Necesitaba algo que me salvase del dolor. Repetí mi nombre muchas veces, pero recordé su significado; yo no quería sufrir ningún nuevo nacimiento, y callé. Y, sin embargo, hubo un tiempo en que mi solo nombre lo resumía todo, y en que pronunciarlo alejaba los temores. Hacía mucho tiempo de ello, todo un verano de ramas amenazadoras y sueños terribles, de atardeceres vistos desde la ventana y ropas robadas de arcones cuyos dueños habían muerto.

Ahora mi nombre se alzaba como lo único que me quedaba en una tierra que no era la mía, en una casa que ya no pertenecía a la familia, fuera de la historia de mujeres magníficas, Hibernias e Irlandas sin escrúpulos que marcaban las espaldas de sus esclavos, y sería lo único que quedara detrás de mí, en suspenso como los nombres y las ideas, y los amores que no eran tan sencillos como los imaginados desde una cama en un balcón que ofrecía vistas al parque. Porque, me alcanzara o no la tortuga, todo se complicaba por momentos, y la vida que no me permitía participar en sus ritos se convertía en un terreno hostil en que los fantasmas dejaban paso a Irlanda. Ella tenía razón. Yo no sabía nada de la vida; sólo que se hacía preciso ganar y yo ya me había hartado de luchas. Quería irme. Quería terminar de una vez.

Me vestí; bajé las escaleras sin miedo al ruido, arrojé la azada entre las herramientas del campo y me senté en uno de los bancos del jardín, estremecida por el frío, para ver, por primera vez en aquel verano, el amanecer.

Esperé a Irlanda, que nunca madrugaba, ovillada en uno de los sillones fraileros junto a la chimenea del salón. Había cogido frío, y me envolví en una manta. Convine con Roberto en que sería preferible que me instalara, por los días que me quedaban, en la habitación roja. Bajé la cabeza, dócil, cuando me recriminó por mi cabezonada del día anterior.

—Jamás os entenderé —acabó por decir, ante mi silencio—, aunque viva cien años, jamás sabré lo que os pasa por la cabeza.

Irlanda despertó casi a mediodía. Escuché sus canturreos mientras se bañaba, y sentí cómo bajaba las escaleras. Me incorporé en mi asiento.

—Irlanda —llamé, en voz no muy alta—. Ven, por favor.

Ella se acercó y se cruzó de brazos, observándome sin disimulo. Al fin accedió a sentarse frente a mí y a escucharme.

—Irlanda, no sigas. No continúes por ese camino. Te lo pido de rodillas. Yo rompí tu sombrilla, y manché los libros con vino. Y también rompí los resortes de la bombonera de plata, y he escondido en la bodega, con los trapos viejos, el vestido blanco de organza. —No mencioné el gato; no quería empeorar las cosas—. No lo he tocado. Te enseñaré dónde está. Si quieres mi parte de los arcones te la daré. La sobrecapa de terciopelo del otro día, que tanto te gustó, no la quiero. Pero no digas nada de nosotras en el colegio. La nena sólo tiene cinco años y es muy tímida. Si ahora entra con mal pie, nunca la dejarán tranquila. Por favor. Por favor.

Mi prima enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir con que no siga por ese camino? ¿Te he hecho daño? ¿Qué te he hecho yo?

—Irlanda, por favor.

—Explícame eso mejor. ¿Me he portado mal contigo? ¿No te hemos mantenido todo el verano con nosotros? ¿No te he tratado con cortesía? Has sido tú la que te has escapado y la que te has enredado en propósitos enrevesados en mi contra. Pequeña hipócrita, ¿qué esperabas? ¿Que anduviera detrás de ti como tu criada? ¿Eso querías de mí?

—Perdóname —supliqué de nuevo—. Me he acostumbrado a obrar a mi aire toda mi vida. No sé comportarme con la gente. Por favor.

Ella levantó la barbilla.

—Pedir perdón es fácil. Antes quiero comprobar cómo te portas. Ya veremos. Aún nos restan cinco días juntas. Si crees que olvido las cosas a la ligera, estás equivocada. Hay errores que no los remedian las palabras.

Los nervios y la falta de sueño me provocaban un pequeño temblor en las manos. Me levanté para coger otra manta y calenté un poco de leche. El sol entraba aturdido por la galería y las motas de polvo chispeaban mientras ascendían hacia la luz. Irlanda hizo ademán de sentarse; entonces recordó algo y le brillaron los ojos.

—Espera —dijo—. No te vayas. Mira. ¿Sabes quién me lo ha regalado?

Me enseñó con expresión de triunfo el medallón de Gabriel, la piedra verde grande, engarzada con sencillez. Recordé el ojo de la víbora despedazada que me miró a través de él la primera vez que hablé con Gabriel, juntos frente al castaño viejo. Aquel castaño se secó.

—Gabriel —dije.

—Gabriel —repitió ella—. Me dijo que quería ver sus reflejos sobre mi cuello blanco. Me acariciaba la nuca mientras hablaba. No imaginarías lo leve que tiene la piel. Hace semanas que pasa las noches en mi habitación. Ni siquiera lo sospechabas, ¿verdad? Me tiene despierta durante toda la noche, habla a mi oído, enreda sus manos en mi pelo. Y por el día me dice que siente mi olor en todas partes —suspiró con falso arrobamiento—. Debería habértelo contado antes. Al fin y al cabo somos primas. Estuve a punto de decírtelo ayer, pero creo que ha sido mejor así. Estaba furiosa contigo, y podrías haber pensado que quería venganza. Sé que tú pretendías ser… —hizo una pausa— su amiga. Y casi lo consigues —se acercó a mí, sin dejar de mirarme—. Ahora serías tú la que hundiera tus uñas en su piel.

Escondí las uñas en la palma y bajé la cabeza. Imaginé la piedra enterrada durante siglos en terciopelo de tierra, acompasados sus latidos silenciosos al corazón de Gabriel para despertarse sobre la garganta de Irlanda. Con sólo rozarla con la punta del dedo se desharía en cenizas, pero ya nadie esperaba al otro lado, y terminó el tiempo de las sombras adornadas con joyas fantasmales.

—Pero, en fin. ¿Qué culpa tiene la vela de atraer a los insectos? —dijo, y rió.

Se colgó de nuevo el medallón. Yo continué en silencio. Mi reacción la decepcionó. Pero yo asentí a lo que decía; y saqué agua del pozo cuando debiera haberlo hecho ella; pasé el resto de la mañana tras sus pasos, pendiente de ella hasta que Gabriel se unió a nosotras y desaparecí sin ser notada; y le regalé el álbum de la abuela.

Roberto se alegró al vernos juntas y en paz, y apoyó sus manos en nuestros hombros.

—Era hora de la paz en esta casa. Comenzaba a preocuparme. Ayer gritabais como niñas peleadas por un juguete. ¿Puede saberse qué os pasaba?

Irlanda golpeó la mano de su hombro, con falsa indignación.

—¿Cómo puedes ser tan entrometido?

A Roberto le gustó la salida, y no calló ya en toda la comida. Les faltaba por arreglar la verja del jardín. Creía haberla colocado del modo lógico, pero había comprobado que la del viejo huerto se abría hacia dentro, y quería cambiarla.

—Ojalá vendamos esta casa de una vez. No da más que trabajo.

—Ya todo se está terminando.

—¿Apareció el gato, Irlanda?

—Aún no.

Gabriel se había alejado de nuevo, tan perdido como los días pasados de verano idos para siempre. Se percató de que le observaba y me sonrió de aquella manera desganada con que a veces se movía. Yo sabía que Irlanda me miraba, y desvié la vista sin devolverle la sonrisa.

Esa tarde, a la hora de la siesta, regresé a mis láminas y a mi herbario. Demasiadas cosas juntas me conmovían; el castaño, la tierra roja domesticada, el recuerdo del gato de ojos fijos, el pozo que surgía tras la ventana y el delicado sabor a Gabriel encerrado entre las paredes de la casa. Extendí sobre la mesa las plantas secas y amontoné las láminas en el suelo. Me había retrasado mucho. Esbocé una sonrisa triste al encontrar las flores de la digital prensadas.

Me levanté y caminé por la galería. Las noches se mostraban generosas y pródigas, y aquélla prometía comenzar a las seis de la tarde. Las urracas volaban sobre el tejado, y me acordé del nido junto al establo. Cerré la puerta con cuidado y salí por la parte trasera.

Las urracas habían muerto. Las encontré entre las raíces del laurel, dos montoncitos de plumas mojadas. Sólo el cuco ocupaba el nido, más crecido y más gordo. Sentí deseos de hundir el nido con una piedra. Yo había prometido a aquellas crías que las cuidaría, y las había dejado morir. Ahora sus dos espectros se unirían a los de los seres que maté, a la tortuga golpeada, a Sagrario tras su confesión de la nostalgia por la vida, ahogándose bajo la almohada que apreté contra su cara hasta que dejó de moverse, al gato, que comprendió demasiado tarde que el veneno le aceleraba el corazón. A todos mis fantasmas.

Me abrí camino por el huerto caótico y las zarzas me rasparon las piernas. Corté dos adormideras de color lechoso y avancé hasta el muro bajo mi ventana para comprobar qué había sido de la gigantesca col lombarda. Se había podrido. A ninguno de nosotros nos gustaba la lombarda. Más lejos se escuchaba un chirrido metálico, como el de goznes que no encajan.

Mi prima había terminado su siesta y calentaba café en la cocina. Se asomó al oírme entrar y regresó a la cocina cuando descubrió que era yo. Me acerqué a ella con renuencia y dejé sobre la mesa las adormideras blancas. Luego ordené mis plantas en las láminas.

Irlanda pareció ablandarse con mi gesto y metió los tallos de las adormideras en el fuego para chamuscar los bordes y que vivieran más tiempo. Se apoyó en la puerta del salón con la taza de café en la mano.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo de siempre.

—Los hierbajos.

Yo callé. Ella avanzó hacia mí; caracoleaba como una yegua de raza.

—He recibido carta. Ya están preparando la gala de otoño. ¿Sabes?, no me decido entre arreglar los vestidos del arcón o encargarle uno nuevo a la modista. Continuaré con Gabriel algún tiempo más, y él ya los conoce

todos. Pero, por otra parte, nadie más los ha visto, y ya imagino el efecto de los vestidos de época en mis amigas.

Irlanda había cogido un pensamiento seco y jugueteó con él hasta que lo deshizo. Levantó la mano.

—Lo he roto —dijo, sin cambiar de voz—. ¿Era importante?

—Tengo más —dije yo—. Muchos más. Es una flor muy común.

12

Irlanda se encogió de hombros.

—A mí todas las hierbas me parecen iguales.

Le expliqué la manera en la que rellenaba las fichas y cómo pegaba las plantas planchadas. La falda de Irlanda levantaba brisa con sus idas y venidas y yo sujetaba bajo las manos mis tesoros.

—Son muy frágiles —explicaba yo— y no sé en qué pensaba cuando las subí a la torre. Sagrario y yo lo comenzamos hace muchísimo tiempo, para ganar un premio comarcal, y todavía el año pasado conseguimos otro. Lo recogió Sagrario.

«Un poco más larga la falda, mamá. Que no se me vean las piernas». Suspiré.

—Pero como cada vez trabajo menos en él, acabará amarillento con el sol o destrozado por el viento.

—El granero sería mejor sitio para guardarlo —dijo ella—. Se mantiene seco y no entra luz.

Nunca había pensado en el granero. La torre parecía tan confortable y perdida en el aire, cerca del cielo, que suponía el mejor destino para que las almas delgaditas e inofensivas de las plantas dejasen la tierra.

—Tu padre opinaba lo mismo. Luego le pediré a Roberto que me ayude a bajar las planchas.

—Roberto está ocupado. Si quieres, yo las bajaré contigo.

—No hace falta, Irlanda. No es urgente. Y pesan como plomo. Tu padre las subió a duras penas.

—Sí que es urgente. Te lo pido por algo —dijo, enarcando las cejas de modo significativo—. Si ahora no salgo contigo no tendré una excusa

coherente para verle. No querrás que me acerque a él descaradamente, como tú aquella otra vez que subiste a la torre.

Comprendí. Gabriel y Roberto arreglaban la verja del jardín. De vez en cuando rechinaba a tono con las voces de tenor. Les dediqué una mirada furtiva al pasar, pero ellos estaban preocupados por el hierro forjado, con los músculos marcados por el peso de la puerta. No me querían, pero me dejaban con vida, ellos, a los que habían otorgado el poder de romperme. Comprendí entonces la indiferencia total del mundo. No nos miraron. Gabriel se apartó el pelo de la frente y yo me prohibí un suspiro. Subimos a la torre y entre las dos alzamos las planchas de madera. Las dejamos caer de nuevo. Pesaban demasiado.

—Ya te lo dije.

—No importa. Que te las bajen los chicos al granero. Así no podrán aducir que no lo hemos intentado.

Se miraba una uña, rota al golpearla con las tablas. Llegaba la noche, que se deslizaba sin prisa desde las montañas del este. El prado condenado restallaría con las risas fosilizadas de Irlanda, que surgían de la hierba con la tarde. Irlanda pasó un rápido vistazo a las plantas.

—Me parece increíble la cantidad de basura que acumulas aquí.

—Esto es hierba de San Roberto —dije, y señalé una flor rosada—, y éstos los otros pensamientos. Mira, hay muchos. Y muchas rosas. Y estas hojas proceden del castaño del camino. Ya ves, se secó.

El aire brotaba delicioso, fresco pese a mis recuerdos de infierno agotador. Se mecía suave y enredaba con mis ojos. Los cerré antes de que la tierra invisible que traía me hiciera llorar. Irlanda escogió con cuidado una flor entre todas. Era la rosa blanca que ella había llevado en el prado. No pareció reconocerla, y la dejó donde estaba.

—No había regresado aquí desde la noche de los fuegos artificiales. Desde luego, se ha convertido en una ruina. La abuela la mandó cerrar, como la capilla, porque aborrecía este estilo, distinto al del resto de la casa, y no le faltaba razón. Este falso gótico, lleno de perifollos…

Se asomó a la baranda, en dirección a los chicos, y yo la imité.

—Fíjate. No les veo bien —dijo ella—. ¿Qué hacen ahora?

Habían encajado la puerta en los goznes y la abrían y cerraban. Yo miré hacia otro lado. Si lo repetían siete veces, el cortejo del mundo oscuro tomaría la invitación al pie de la letra y traería su camino hasta la verja; pero eso ya carecía de valor, porque imperaba la realidad de este mundo y alejé los pensamientos viejos. Dejaron la puerta en paz a la quinta vez.

—No deberíamos observarles desde aquí —dije yo.

—¿Por qué no?

—No está bien que les espiemos.

—No creo que les disguste demasiado. Estamos en la torre tomando el aire, ocupadas en lo nuestro. Ellos, que yo sepa, no hacen nada vergonzoso. Además, es imposible que nos vean desde este ángulo. Habla bajo.

Arrancó una chinita de la pared y la arrojó lejos. Cayó a poca distancia del pie de Roberto. Mi primo se sobresaltó, miró hacia todos lados y luego continuó trabajando. Irlanda rió.

—Mi hermano es definitivamente estúpido. —Luego sacudió la cabeza y permitió que el viento entrara en su pelo—. Es perfecto, ¿verdad?

—¿El qué? —pregunté, aunque yo pensaba en Gabriel.

—Todo. El mundo. Esta casa en el ocaso. Los pájaros. La vida. Yo.

«Es poco elegante vanagloriarse tanto», pensé.

Irlanda jugaba con el medallón y lo miraba al trasluz. Declinaba un atardecer lleno de reflejos cadavéricos que me pareció asfixiante. Peleó con el cierre por un momento, y desenredó la cadena liada en su pelo. Posó el medallón en la madera plana de la baranda y se frotó el cuello.

—Lo llevaba demasiado tirante. Pesa mucho. Gabriel dice que es una esmeralda auténtica sin tallar.

Enrollé la cadena en mi mano y lo contemplé un momento.

—Es precioso —dije yo.

Y con un golpe seco que arrastró todas mis fuerzas empujé a Irlanda hacia el sol que se escondía. La baranda cedió, y yo caí al suelo sobre los restos de la almena que se venía abajo. Oí un chillido de animal y el grito de Gabriel. La torre derrumbada se inmovilizó como un movimiento más en el tablero de ajedrez, y por un momento creí que Irlanda quedaría allí, suspendida, congelada en el aire ante mí como la recordé luego durante tanto tiempo.

En la mente noté el crujido de las cadenas que ataban su vida al cuerpo; las sentí rechinar y romperse, con el mismo sonido con que mi hermana se apagó bajo la almohada y quedó luego en silencio. Las piedras corrían bajo mis manos, y por un momento creí que yo también caería y que el camino hacia el otro lado se abría ante mí y me invitaba a seguirlo con una dulzura tentadora. Aquello era la muerte, la niebla suave junto al camino, la amnesia, la pereza. Todo el dolor hubiera acabado con que tan sólo aflojara las manos y comenzara el camino.

Muy lejos oí cómo Roberto subía las escaleras de tres en tres, y me sujetaba junto a él; me hizo daño en la muñeca. Entonces alguien efectuó el siguiente movimiento en el tablero. Todo se arregló, la realidad regresó a su velocidad normal y los colores, los olores y el ruido me golpearon, y me hicieron saber, como con un zarpazo brutal, que yo seguía viva. Miré hacia abajo. El camino había desaparecido. La hierba continuaba en su lugar, y salpicados entre ella, trocitos de vidriera de la capilla. Me llené de sollozos hipócritas y nada me estropeó la satisfacción de ver roto el hermoso cuerpo de Irlanda.

Así acabó el verano. Mis tíos ordenaron que derruyesen la capilla y la torreta, y se deshicieron rápidamente de la finca. Se les volvió a ver poco. Trataban de olvidar que alguna vez habían formado una familia, y que faltaba un miembro de ella. Nuestros consejos de que se retiraran al campo por una temporada y descansaran recibieron poca acogida. Pero, por supuesto, esta vez eran ellos los que habían perdido una hija.

Mis padres lloraron al verme viva, aunque se preocuparon por mis ansias de contar cómo la sangre había brotado de los pedazos de Irlanda. Mi madre repetía una y otra vez que las desgracias habían sido ya suficientes, y que nos merecíamos un descanso. La nena me cogía de la mano, confiada, a la espera del momento de encontrarme a solas y que le narrara toda la historia.

Roberto estudió alguna ingeniería técnica y se casó muy poco después con aquella empalagosa rubia. Nunca engordó, se dejó bigote, como su padre, y supervisó en persona la construcción del nuevo barrio del pueblo, que se llevó a cabo, al fin, y que sirvió para que todos, grandes y pequeños, añadieran fuego a las atroces leyendas sobre nuestra familia. A nadie le

importó demasiado, porque, al fin y al cabo, los del pueblo siempre nos habían odiado.

Gabriel sobrevivió en la realidad por algún tiempo más; pero, al cabo, las ideas devastadoras que acabaron con su padre lo inmolaron a él también, para convertirlo en un espectro pálido de muñecas abiertas en canal que cortejaba a las colegialas mortales para abandonarlas y que languidecieran hasta morir. Desapareció en silencio, como desaparece todo lo que viene de un mundo distinto, y yo me enteré de ello cuando ya hacía mucho que no sabía nada de él y lo creía a salvo, confundido y mezclado entre los hombres vulgares que adoraban a las mujeres bonitas y alegres y no perdían su tiempo con indagaciones en las vitrinas de la muerte.

Nunca hablamos de nuevo, hablar, nunca llegamos a sentarnos sin palabras, sin la menor preocupación por qué decirnos, como aquel verano. Alguna vez le vi, perdido en la penumbra de los pasillos del colegio, sin rumbo, sin sombra que le siguiera, con la hierba agitada por un viento invisible. Hice un ademán con mi mano para llamarle, pero me dio la espalda, alejándose con el mismo aire adormecido que le acompañaba en vida. Cuando se me llenaba el corazón de acíbar y mis manos anhelaban su sonrisa lejana y el gesto inmortal de su cuello, me llevaba el medallón a la boca y lo mordía, y su piedra verde brillaba, como guiña un ojo un viejo conocido.

La nena y yo fuimos acogidas con calor, herederas del cariño que Irlanda había sabido despertar en todos los que la conocían. Hubo fiestas de cumpleaños y un baile cada primavera y cada otoño, declaraciones imprevistas, y negativas inexorables.

La rubia que luego se convirtió en mi prima intentó formar un séquito a mi alrededor, pero le disuadió mi carácter retraído y la terca dedicación a mi familia y a mis plantas. No todas las cosas cambiaban, pese a todo. La curiosidad se cansó pronto de mí y continuamos con nuestra vida pacífica y retirada de siempre. Poco a poco la rutina cayó sobre nosotros y el tiempo se hizo dócil, sereno en su camino circular en torno a mi senda sin sorpresas ni sobresaltos.

A Irlanda le construimos una fosa con una cruz y una piedra de mármol blanco. Tuvo un entierro en el que la iglesia se abarrotó, muchas flores

sobre su tumba y luego ya nada. Sus amigas y sus adoradores, incluso aquel muchacho de la rosa blanca en el ojal, que gimoteó en el entierro y me rondó más tarde durante años, pertenecían a la vida, la misma vida de seres mayores y poderosos que continuaban en el mundo sin ocuparse de nada más que de lo que ella había anhelado y dirigido.

Yo, para compensarla de su abandono, la visitaba con mayor frecuencia que a mi hermana Sagrario, a la que sabía feliz con sus bailes en los campos verdes de la casa del campo, perdida entre los laureles y las varitas de fresno. Se había llevado a la tortuga, al gato y a las pequeñas urracas, y cuidaba de todos con dedicación. La seguían donde quiera que ella fuera, y la observaban a distancia cuando bailaba. Pero Irlanda no bailaba.

Durante tardes enteras me senté junto al ángel de su tumba. La pequeña jugaba a construir coronas de flores, y me hacía hablarle de la torre, del gato, del corazón despedazado de la lombarda y de cómo había dado fin a los sufrimientos de Sagrario, y de todos los espectros del verano, aunque mis padres siguieran sin aprobar los cuentos que yo narraba y hubieran preferido que viera un poco más la televisión y que en todo caso yo le leyera historias sobre niñas devoradas por un lobo y madrastras que envenenaban a sus hijas más hermosas con manzanas rojas. A veces le contaba los cuentos que mis padres deseaban, pero sólo cuando estábamos en el cementerio, sentadas sobre la lápida de Irlanda. A Irlanda nunca le habían gustado los cuentos.

Mientras la niña corría entre las tumbas con una cala entre las manos con la que espantaba a los gatos, yo charlaba con el ángel que custodiaba a mi prima para que no volviera a la vida y que alejaba el tiempo con sus alas plumosas. Su labor era inútil, porque Irlanda jamás se hubiera dejado ver en ninguna parte con el aspecto con el que la muerte la había dejado. Pero yo, en mi interés por complacerla, le contaba los avances del cortejo de Armando, los mimos que me prodigaban en el colegio y lo agradecida que le estaba por su herencia. Mi propia hermana sólo me había dejado el amor por un chico que leía en el parque, pero, como en todo, Irlanda la había superado ampliamente. Cuidaba de que la tierra no llenara de rojo la pulcritud seráfica de su casita nueva, porque a ella no le gustaría que nada blanco se ensuciara.

Allí enterramos su recuerdo y sus ojos fríos, y allí vivió por siempre, sin regresar jamás, sin visitarme en sueños, atrapada en la ronda laberíntica que yo había tejido durante tanto tiempo para ella, con tanto cuidado, con tanto cariño, con los espíritus nuevos de mis noches.



ESPIDO FREIRE. María Laura Espido Freire nació el 16 de julio de 1974 en Bilbao y es conocida literariamente como Espido Freire, dado que desde sus inicios como escritora firma sus obras sólo con sus apellidos.

Estudió en la Universidad de Deusto Filología Inglesa y la diplomatura en Edición y Publicación.

Después de ver publicado algún cuento, Espido debutó como novelista con *Irlanda* (1998), libro galardonado con el premio Millepage. Le siguieron *Donde siempre es octubre* en 1999 y también en ese mismo año su novela más conocida *Melocotones helados* por la que ganó el Premio Planeta con 25 años, siendo la autora más joven que lo ganaba. También por esta obra ganó el premio Que Leer. Otras novelas son *Diabolus in música* (2001), *Nos espera la noche* (2003), y *Soria Moria* (2007), con la que ganó el premio Ateneo de Sevilla. Su última obra es *Los malos del cuento: como sobrevivir entre personas tóxicas* (2013).

También ha escrito ensayos, cuentos y novela juvenil; colabora en prensa (*Público*, *ADN*, *El Mundo*), radio (*Onda Cero*) y televisión. Interesada en la enseñanza de la creación literaria, ha impartido cursos en diferentes universidades y ha fundado su propia Escuela Literaria.

This file was downloaded from Z-Library project



Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.



z-library.se singlelogin.re go-to-zlibrary.se single-login.ru



Official Telegram channel



Z-Access



https://wikipedia.org/wiki/Z-Library